

# LA SACERDOTISA DEL MAR

Dion Fortune

## LA SACERDOTISA DEL MAR

*"¿Cuándo se dará usted cuenta que no tengo otras expectativas que la de ser amiga suya?"*

"La señorita Morgan pertenecía a una secta de la que era sacerdotisa, la fría secta de las profundidades primordiales que exige a cambio el sacrificio de vidas humanas. Conmigo siempre fue muy amable. Yo no podía evitar recordar lo que había leído de los aztecas. Un esclavo era escogido entre las gentes del pueblo y recibía durante un año todo aquello que él deseara. Al cabo del año era sacrificado en un altar mediante la extirpación del corazón mientras aún se encontraba vivo. Al recostarme sobre las almohadas de seda de la señorita Morgan pensaba que aquello me podía ocurrir a mí si no me andaba con cuidado. Según la tradición, el corazón se extirpaba con un cuchillo de oro. ¿Cómo podían conseguir que el oro tuviera filo para hacerlo pasar a través de las costillas?...

Al volver en mí después de haber estado inmerso en aguas muy profundas, encontré a la señorita Morgan mirándome a los ojos con tal fijeza que parecía estar haciéndome agujeros en el cerebro dentro de mi propio cráneo.."

## CAPITULO UNO

Aunque para nuestros antepasados se tratase de una virtud, la costumbre de escribir un diario es en nuestros días considerado un vicio. Yo me declaro culpable de poseer este vicio, si de vicio se trata, ya que he escrito un diario durante bastantes años. Siempre he tenido una gran capacidad de observación, y bastante poca imaginación. Creo que soy más un Boswell que un Johnson. No creo que mi diario sea algo con valor literario pero ha sido para mí una válvula de escape. Sin el creo que me hubiera estallado la capa de los sesos en más de una ocasión.

Hay quienes consideran que las aventuras deben ser verdaderas aventuras, pero es difícil ser aventurero cuando hay personas que dependen de uno. Quizás mi vida hubiera sido distinta si a mi lado hubiera tenido una esposa joven deseosa de compartir la vida conmigo, pero mi hermana era diez años mayor que yo y mi madre una inválida. Durante mis años mozos, los negocios de la familia apenas cubrían las necesidades de los tres. Por tanto, la aventura no estaba hecha para mí a no ser que quisiera arriesgar a otros, y esto no hubiera sido justificable en modo alguno. De ahí mi necesidad de encontrar una válvula de escape.

Todos mis diarios se encuentran en un baúl de latón en el ático. De vez en cuando me he parado a leerlos pero realmente son un poco aburridos. Quizás todo el placer consistió en haberlos escrito. Son una crónica objetiva de cosas observadas bajo los ojos de un provinciano. Realmente de poca monta.

Empecé a leerlos para intentar poner en claro algunas ideas, y luego llegar a una síntesis. Es una historia curiosa y difícil de entender. Quizás yo sea la persona menos indicada para valorar esto en su justa medida. Es un capítulo extraño de la historia de la mente, y los datos tienen más interés que en cuanto a literatura se refiere.

Heredé el negocio de Inmobiliaria de mi padre. Siempre fue un buen negocio, aunque se trabaja con la especulación. Mi padre nunca pudo resistir la tentación de rehusar un trato. Si una casa había costado una pequeña fortuna en cuanto a su construcción, él tenía que hacerse con ella. Pero luego nadie quería estas mansiones así que mi negocio no era tan fácil de mantener. Me pasé los veintitantos y los treintitantos años de mi vida luchando por sacar las cosas a flote. Y realmente a la larga todo empezó a funcionar mejor.

Pero todo empezó con una discusión acerca de los problemas de dinero. Fue un domingo después de cenar. A mí en principio me horrorizan las cenas frías. El vicario había dicho un sermón que a mi modo de ver era bastante tonto. Pero a mi madre y a mi hermana pareció gustarles. No sé porqué pidieron mi opinión. Sin duda, lo mejor que yo podría haber hecho era callarme, pero no lo hice. Todo se complicó y terminé diciéndoles que yo era quien pagaba la comida en aquella mesa. Ellas no estaban acostumbradas a recibir un trato así. Eran asiduas a la Iglesia, y era difícil que alguien las ganara en temas religiosos. Salí dando un portazo, y comencé a subir los escalones de tres en tres. Fue entonces cuando tuve mi primer ataque de asma.

Ellas me oyeron y vinieron corriendo hacia mí. Yo estaba cogido de la barandilla. Entraron en pánico. Yo creo que también yo estaba lleno de miedo. Pensé que me había llegado la última hora. El asma es algo alarmante, incluso cuando uno está acostumbrado, y se trataba de mi primer ataque.

Sin embargo, sobreviví. Una vez tumbado en cama después del ataque pude poner en claro mis ideas y lo que había ocurrido.

Supongo que me habrán drogado, ya que entraba y salía del estado de conciencia y de mi cuerpo. Se habían olvidado de cerrar las persianas y la luz de la

luna daba directamente sobre mi cama. Yo me sentía muy débil como para levantarme y cerrarlas. Así que me dediqué a observar la luna. El cielo estaba cubierto por la niebla de las nubes. Me empecé a preguntar cómo sería el lado oculto de la luna. La noche siempre me ha fascinado, y nunca he llegado a entender del todo la maravilla que encierran las estrellas y el espacio. Ese espacio interestelar seguramente debe ser el principio de todas las cosas.

Mientras estaba allí, drogado, exhausto y medio hipnotizado por la luna, mi mente empezó a vagar. El espacio infinito, de color índigo oscuro, se hizo presente ante mí. Era la noche de los Dioses. En aquel silencio y aquella oscuridad debía encontrarse la semilla de todas las cosas.

Débil por el efecto de las drogas, mi mente comenzó a desprenderse de sus barreras. En todo hombre hay algo similar al lado oculto de la luna. En ese momento yo tenía el privilegio de ver mi lado oculto. Era como el mismo espacio en una noche de Dioses, y allí estaban las raíces de mi ser.

Sentí que me liberaba, y que de aquel momento en adelante mi alma nunca se iba a volver a cerrar del todo nuevamente.

Fue una experiencia extraña que me llenó de felicidad, y que me hizo afrontar la enfermedad con entereza. Pensé que quizás la propia enfermedad me abriría puertas que hasta aquel momento habían permanecido cerradas. Así permanecí varias horas. Ni siquiera tenía deseos de leer por miedo a romper el encanto que se había creado a mi alrededor. De día dormitaba esperando la llegada de la noche y de la luna. Al llegar comenzaba el proceso de comunión entre ella y yo.

En estos momentos no recuerdo muy bien qué nos dijimos el uno al otro, pero en cualquier caso llegué a conocerla muy bien. Regía un reino que no era precisamente ni material ni espiritual, sino algo específicamente suyo. En él había un constante movimiento de mareas, altas y bajas. Estas mareas nos afectan. Afectan el nacimiento y la muerte, y todos los procesos del cuerpo. Afectan el emparejamiento de los animales, el crecimiento de las plantas, y las enfermedades. También inciden sobre las reacciones de las drogas. Llegué a saber de todo esto comulgando con la luna.

A medida que nuestra convivencia era más intensa, más consciente me hice de las mareas, y toda mi vida comenzó a moverse con ellas. Mi vitalidad se incrementaba y disminuía de acuerdo con las mareas. Incluso mis escritos a la luna estaban relacionados con los ritmos.

Entretanto la enfermedad seguía su curso normal, como suele ocurrir con todas las enfermedades. Me sentía más muerto que vivo.

Mi familia se mostró muy atenta después del susto que se llevaron. Todo el mundo parecía estar muy preocupado por mí. Pero cuando llegaron a ser conscientes de que sería algo rutinario se empezaron a cansar y despreocuparse de mí de un modo espectacular. El médico me aseguró que ningún ataque de éstos me provocaría la muerte, así que cuando me venía uno mi familia se lo tomaba con filosofía hasta que hubiera acabado. Todo el mundo se armó de paciencia. Todos excepto yo. He de decir que nunca me los tomé muy filosóficamente, y cada vez que tenía uno me llenaba de pánico. Aunque uno sabe que no se va a morir, te llenas de miedo al quedarte sin aire.

Pues como venía diciendo todos parecieron acostumbrarse a mi enfermedad. Luego vino el cansancio. Era un poco pesado tener que llevar la bandeja desde el sótano hasta mi dormitorio. Era algo que incluso a mí me cansaba, así que decidí cambiarme de habitación. El único sitio factible parecía ser una especie de calabozo con vistas al jardín. Esto sin tener que quitarle a nadie su cuarto. Y debo reconocer

que aquel calabozo no era muy de mi agrado.

Luego se me ocurrió una idea. Al final de lo que llamábamos por pura cortesía jardín había dos viejos establos. Quizás podía hacerme una habitación allí mismo. La idea comenzó a obsesionarme, así atravesé los laureles del jardín, y me fui a echarle un vistazo.

La maleza había crecido de un modo desmesurado, pero conseguí abrirme paso. La puerta era de arco apuntado como la de una iglesia, y las paredes eran de ladrillos antiguos. Estaba cerrada con llave y yo no llevaba ninguna conmigo. Le di un golpe con el hombro y se abrió fácilmente. Ya estaba dentro de la cochera. En un lado se encontraban las caballerizas, y en el otro la habitación de los arreos. En un rincón una escalera de caracol conducía a un sitio oscuro y lleno de telas de araña. Subí con precaución ya que se encontraba bastante destartada, y me encontré en el pajar. Todo se encontraba a oscuras menos por ciertos haces de luz que entraban por las ventanas cerradas.

Abrí una de las contraventanas, y se me cayó en las propias manos. La luz del sol y el aire fresco comenzaron a entrar. Me incliné y me quedé totalmente impresionado por la vista.

El nombre de nuestra ciudad era Dickford, y sin duda como el propio nombre lo indicaba debía descansar sobre algún tipo de arroyo. Quizás se tratase del arroyo que tenía su salida en Dickmouth, un pequeño puerto que se encontraba a unas diez millas. Bien, pues aquí estaba ante mis propios ojos. Yo nunca había sospechado de su existencia a pesar de haber nacido en la zona. Se encontraba bajo una cañada y era de un tamaño bastante considerable, por lo que se podía ver entre los arbustos. Tenía su salida un poco más arriba y un viejo puente lo cruzaba más abajo con casas construidas sobre él. Nunca se me había ocurrido que la calle Puente fuese de hecho un puente. Aquí había lo que se llama un verdadero arroyo, de unos veinte pies de ancho, bordeado por auténticos sauces como si se tratara de un remanso del Támesis.

Me dediqué a inspeccionar el lugar. Estaba construido con solidez, al estilo Queen Anne, como nuestra casa. Realmente no había ningún problema en arreglar un par de habitaciones y un baño. En un rincón había una chimenea, y yo ya había visto un grifo y un desagüe abajo. Contento con lo que había descubierto volví a la casa, y no pude evitar mojarme por el camino. Sin duda no se podía esperar que los criados me llevaran bandejas allí cuando estuviera enfermo. Así que la otra única posibilidad era el calabozo. ¡Pues al diablo con el calabozo, y al diablo con los criados! Saqué el coche, y me fui a resolver algunos problemas que tenía pendientes. Y que los demás se las arreglaran con sus malos humores.

El negocio que tenía entre manos consistía en ver cómo podíamos transformarnos en los dueños de un grupo de cabañas. La idea era derribarlas para construir un garaje. En la última de ellas había una señora que se llamaba Sally Simpson que vivía allí desde hacía años y que no estaba muy dispuesta a moverse. Así que llamé a la aldaba de la pequeña puerta de Sally decidido a ser duro, cosa que no se me da muy bien. Pero era mejor hablar con ella que tener que recurrir al alguacil.

Sally abrió la puerta una media pulgada. Tenía una cadena. Me preguntó qué deseaba. Imaginé que en la mano tenía un atizador para el fuego. Yo estaba casi sin voz después de haber recorrido el jardín empinado. Me apoyé en la puerta y comencé a jadear como un pescado que acaban de sacar del agua.

Eso pareció impresionar a Sally ya que abrió la puerta y me hizo sentar en su único sillón. Luego se apresuró en hacerme una taza de té.

Me contó que no tenía más que una pensión de vejez y que gracias a la cabaña podía conseguir algo de dinero dándole té a los ciclistas. En la casa que nosotros le ofrecíamos a cambio no iba a poder conseguir nada. Así que esa era la razón de su terquedad.

Me vino una especie de oleada cerebral. Si el problema de mi vivienda iba a ser un asunto de criados, la solución estaba ante mis propios ojos. Le ofrecí a Sally el trabajo y los ojos se le llenaron de lágrimas. Según me contó su perro había muerto recientemente y se sentía muy sola durante el día y muy nerviosa durante la noche. Parecía que a ella le agradaba bastante que yo llenara aquel hueco. Así que todo quedó arreglado allí mismo. Yo me encargaría de poner el lugar en condiciones, y Sally y yo nos mudaríamos. Una vez instalados hablaríamos de la economía del hogar.

Volví a casa triunfante y se lo conté a mi familia. Pero la idea no pareció gustarles. Me dijeron que la gente comenzaría a hacer comentarios. Les contesté que sin duda una pensionista de la edad de Sally era un partido de lo más conveniente para mí. Al fin y al cabo nadie diría nada si ellos no lo hacían antes. Nadie tenía porqué enterarse que yo me había mudado ya que el sitio que yo había elegido no se podía ver desde la carretera. Me dijeron que los criados murmurarían, así que les contesté: "Al diablo con los criados". Mi hermana dijo que no podría traer a su club de amigas si yo vivía bajo un cariz de pecado con Sally al fondo del jardín. "¡Pues al diablo con el club de amigas!". Sin embargo, cuando mi hermana vio a Sally luciendo el gorrito negro de los días de fiesta tuvo que reconocer que se había excedido en sus comentarios. Finalmente todo quedó arreglado. A Sally le tocaron los establos a mí el henar.

Debo confesar sinceramente que el sitio me encantaba. Mi salón tenía cuatro ventanas dando al sur, y la habitación daba al este así que el sol me despertaba cada mañana.

Hice una chimenea de ladrillos, coloqué estanterías de pared a pared y empecé a coleccionar los libros que siempre había deseado. Nunca he podido tener todos mis libros en mi habitación por falta de espacio, y la idea de tenerlos distribuidos por toda la casa realmente no me satisfacía demasiado. Los libros que poseemos revelan algo muy íntimo de nosotros mismos. No me gustaba en absoluto que se encontraran al alcance de mi hermana. Además, con toda seguridad hubieran corrompido a su club de amigas y los criados hubieran tenido mucho que decir.

Supongo que se trata de un egoísmo de mi parte, pero no me apetecía que mi hermana visitara el establo. A su modo es una mujer decente y respetada en la ciudad, pero no tenemos nada en común. Era difícil mantenerla alejada. Todo cuanto podía hacer era poner un candado en la puerta y que llamara si su deseo era entrar.

Pero todo resultó mucho mejor de lo que esperaba. Cometió la torpeza de meterse con el trabajo de Sally. Yo admito que Sally no cocinaba muy bien pero era una magnífica cocinera. Por otra parte, mi hermana limpiaba muy bien pero no sabía guisar. Sally le dijo que ella trabajaba exclusivamente para mí y que se negaba a recibir otras órdenes que las mías. Mi hermana vino a hablarme. Le dije directamente que estaba muy contento con Sally y que no iba a echarla. A mí me gustaba la suciedad. Me hacía sentir en casa. La reacción fue rotunda. Me dijo que no volvería a entrar en el lugar mientras Sally estuviera allí, aunque yo me encontrara moribundo. Así que lo dejamos en eso, y he de decir que cumplió fielmente su palabra.

En resumen mi compañero Scottie y el doctor eran los únicos que me visitaban. Y les encantaba. El problema era que una vez dentro no había quien los sacara. Yo

no tenía más amigo que Scottie. No tenemos nada en común, pero es la persona en quien más confío. Hay quienes tienen peores bases para hacer una amistad.

Cuando yo comencé a trabajar para mi padre, Scottie ya estaba con nosotros. A lo largo del tiempo había desarrollado ese aire especial de funcionario que ha estado en una compañía toda la vida. Al llegar yo hablaba de mi padre como del Sr. Edward, como si su cargo lo hubiese obtenido en tiempos de mi abuelo. Incluso cuando está junto a mi cama no me trata de otro modo que de Sr. Wilfred. Y tenemos la misma edad.

Scottie siempre me gustó. Cuando mi padre murió y todo era una inmensa confusión, Scottie fue quien arregló los asuntos.

Al principio de mi enfermedad descubrí que yo no iba a servir mucho para los negocios. No podía soportar la rutina. Nunca he sabido subastar, ni siquiera en mis mejores épocas. Mi especialidad consistía en valorar. Puedo tasar cualquier cosa a excepción de las pinturas.

El médico me recomendó buscar un socio. Le pedí que lo comentara con mi familia. Lo hizo y se mostraron de acuerdo. Lo que no les gustó es que eligiera a Scottie. Montaron un lío tremendo, pero yo ya lo imaginaba. Admito que es de lo más ordinario, que su gusto para vestirse es deplorable; pero es más honesto y amable que cualquier otro. Además es un buen trabajador. Así que me aferré a la idea.

Después de haber hecho todos los arreglos convenientes me desentendí de la rutina, pero continué tasando. Era lo que más me gustaba. Tenía que salir y de este modo me ponía en contacto con gente interesante. En ocasiones se me pedía que asistiera a las sesiones de los tribunales como testigo experto.

Yo estaba muy contento con Sally y con mis libros, y todo el mundo empezó a comentar que era endemoniadamente insociable, pero Dios sabe que yo no hubiera sido así de haber existido el tipo de sociedad que a mí me hubiera gustado tener. Así que le saqué partido al asma en la medida de lo posible.

Leí cosas variadas y extrañas. Leí mucha Teosofía, y esto no podría haberlo hecho en la casa. Algunas cosas me gustaron y otras no. La idea de la Reencarnación me interesaba. Esta vida no ofrece muchas esperanzas, así que me embarqué en pensar en otra. Cuando no tenía nada mejor que hacer, solía pensar en esto.

Después de un ataque de asma siempre tenía que permanecer tumbado en la cama por uno o dos días. Solía recostarme, pensar y preguntarme cosas, y divertirme pensando en mis otras vidas. Es curioso que yo no sé crear el argumento de una novela para salvar mi vida, pero puedo construir las más elaboradas y fantásticas encarnaciones pasadas. Es más, después de pensar en ellas durante un día entero, soñaba con extraordinario realismo.

Me tumbaba y mi mente alcanzaba un poder de penetración que no poseía en otros momentos.

Lo curioso de este estado es que solía invertir el sentido de la realidad. Lo normal era lejano a mí, pero mi reino interior era rico y mis deseos eran órdenes. Cualquier cosa era factible con sólo pensar en ello.

También desarrollé el poder de "sentir con" las cosas naturales. Tuve mi primera experiencia cuando me puse en contacto con la luna. Luego comencé a leer algunos de los libros de Algernon Blackwood, y "La proyección del cuerpo Astral", de Muldoon y Carrington. Me dieron ideas. Muldoon no tenía muy buena salud, y cuando se sentía débil debido a su enfermedad podía salir de su cuerpo. El asma

también debilita. La única desventaja era que había que saber cómo regresar al propio cuerpo. Para ser franco, a mí no me hubiera importado no volver en mí.

## CAPITULO DOS

Ya he dicho que mi poder para desarrollar fantasías de reencarnación se fue desarrollando de un modo gradual. Esto es cierto en un sentido, ya que no en otro. En ciertos momentos no conseguía nada y de pronto daba un salto brusco. Luego volvían las temporadas en que no ocurría nada y de pronto un nuevo progreso.

Había leído en mis libros de Teosofía que la mejor manera de recordar reencarnaciones pasadas consistía en rememorar todo aquello que se había hecho a lo largo de un día en el momento de acostarse. Yo lo intenté pero creo que no sirve de nada. De hecho no se piensa hacia atrás sino que la mente se llena de escenas desconectadas y relacionadas entre sí de un modo distinto. Y esto no es lo mismo que un recuerdo de escenas enlazadas.

Siempre he sentido una fascinación especial por el Antiguo Egipto. Como en los reinos de la fantasía todo es posible, pensé que en otra vida yo había sido un egipcio. Sin duda entre el ahora y el entonces hay un largo lapso de tiempo, durante el cual imaginé haber dormido con los gusanos. Pero como esta es una ocupación bastante aburrida, decidí haber sido también un alquimista que descubrió la piedra filosofal.

Un domingo por la tarde me fui a la iglesia con mi familia como suelo hacerlo de vez en cuando, en pro de la paz, de la tranquilidad y del negocio. Uno tiene que hacer estas cosas al vivir en un lugar pequeño. El sacerdote comenzó a leer párrafos de la Biblia y lo hizo muy bien. Nunca imaginé que la Versión Autorizada fuese una literatura tan buena. El viaje a Egipto y el oro, el incienso y la mirra, y los Tres Reyes magos que fueron conducidos por la Estrella. Me quedé fascinado. Cuando llegué a casa busqué la Biblia que me habían dado para mi bautizo y a la que nunca había ni siquiera ojeado, a no ser bajo un impulso, y me la leí de cabo a rabo.

Leí de Moisés que había sido entrenado en la sabiduría de los Egipcios, y de Daniel que había sido educado entre los babilonios. Hemos oído muchas cosas acerca de Daniel en la cueva de los leones, pero no sabemos nada de él cuando estuvo sirviendo al rey de Babilonia, y sátrapa de Caldea. Otra cosa que me interesó fue el curioso negocio de la batalla de los reyes en el Valle, cuatro contra cinco. Amrafel, rey de Almiar; Arioch, rey de Elasar; Chedorlaomer, rey de Elana; y Tidal, Rey de Naciones. No sabía nada acerca de ellos, pero sus nombres eran maravillosos y me retumbaban en la cabeza.

Luego estaba Melchisedek, rey de Salem, sacerdote del Supremo Dios, que fue a conocer a Abraham, y que trajo pan y vino después de que la pelea hubiera acabado y que todos los reyes se encontraran en los hoyos llenos de lodo. ¿Quién era este sacerdote de una creencia olvidada a quien Abraham honraba? Yo admito que hay una cantidad de historias del Antiguo Testamento que no me parecen admirables, pero hay otras que son fascinantes. Así que decidí añadirme una reencarnación caldea.

Luego sufrí una regresión. En la sociedad de Teosofía local había una conferencia, así que fui a oírla y me pareció bastante buena. Pero después una señora se levantó y dijo que ella era Hipatia reencarnada. El presidente le dijo que no podía ser ya que Hipatia era la Señora Besant. Hubo una discusión y tuvieron que comenzar a tocar el piano para mitigar los gritos. Me fui a casa bastante desconcertado Chedorlaomer y Cía dejaron de tener mucho crédito ante mis ojos.

Me sentía un poco avergonzado de mis fantasías de reencarnación y decidí volver

a mis antiguos intereses de comulgar con la luna. El río bajo mi ventana se desbordaba, y por el sonido se podía pensar que la marea se había alejado de la costa. A la altura de nuestro jardín había una presa que marcaba el final de la marea. Cuando la marea subía se silenciaba, pero cuando la marea bajaba el río parecía una cascada de plata. Había también un olor diferente que me gustaba, a pesar de que no creo que fuera muy puro. El médico no entendía que un asmático como yo pudiera vivir sobre las aguas de un río. Luego llegó a la conclusión de que se trataba de agua salada. Pero de hecho creo que el asma mejoró cuando me hube desvinculado un poco de mi familia, y cuando les cerré la puerta del establo en plena cara.

De cualquier modo, el olor del mar me encantaba. El vapor de agua descansaba en una profunda garganta y nunca llegó hasta mi ventana. Pero la visión era la de una serie de piscinas y lagunas iluminadas por la luz de la luna. Los árboles parecían barcos en plena navegación. Cuando la marea bajaba se alejaba de la orilla. El agua salada empujaba hacia atrás el agua fresca de tal modo que las compuertas de la garganta tenían que abrirse. El sonido era espectacular. Parecía como si el mar y la tierra se estuvieran peleando.

El agua dulce intentaba empujar hacia atrás el agua del mar. Comencé a recordar lo que había leído en nuestra arqueología local. Unos pequeños promontorios se erigían como islas en la marisma salada y los caminos del mar los bordeaban. Estos promontorios cargaban limo que venía de las colinas de Gales. Si la marea subía, las salinas alcanzaban una profundidad de seis pies. Dutch William hizo los bancos, y el agua llegó hasta la iglesia. Debido a esto hay compuertas en Dickmouth que sólo se abren a media marea.

Entre nosotros y el mar todo es una marisma salada, y la ciudad se erige sobre un promontorio. Detrás hay un cordón sobre el que está la carretera. Volviendo a casa al anochecer uno puede ver las marismas llenas de vapor, milla tras milla. Cuando la luna brilla, parece como si fuera agua, y uno bien podría imaginar que el mar ha venido a inundar la tierra.

Siempre me ha fascinado la historia de la zona de Lyonesse, con sus iglesias inundadas cuyas campanas suenan. He salido a navegar en una barca de remos en Dickmouth, y he podido ver con toda claridad las paredes y torres de un viejo monasterio. Esto ocurrió cuando en cierta ocasión el río se desbordó. Fue una noche de tormenta.

También pensé en la leyenda bretona de la ciudad de Ys, y de sus magos. Por deslealtad una noche la ciudad entregó sus llaves y el mar entró y se hizo con ella. Yo comencé a hacerme preguntas acerca de Carnac, y de nuestro Stonehenge. ¿Quiénes habían sido los hombres que la habían construido, y por qué? Creo que había dos adoraciones, una al sol y otra a la luna. Parece ser que por ejemplo para los druidas, sacerdotes del culto del sol, las adoraciones al mar eran un culto tan antiguo como para nosotros puede serlo el adorar dólmenes o túmulos.

Pensé y no sé por qué que aquéllos que adoraban a la luna y al mar debían construir grandes fogatas para que el mar viniese y se las llevase. Me imaginaba una gran pira en las rocas que sólo dejaba de flamear una vez al año. La roca debía ser negra y debía estar cubierta por el limo del fondo del mar, y de braseros que conservaron el fuego sagrado y enormes peces que no desea ningún pescador. Debía ser una pira en forma de pirámide con llamas azules debido al mar. A medida que subía la marea el agua lamía las llamas. Se oían silbidos hasta que al final la cresta de la pira caía sobre el agua desplegándose. Las olas oscuras llevarían los braseros y los peces a las profundidades marinas. Estas visiones a veces parecían tener un sentido totalmente real para mí. En ellas podía hacer lo que raramente se hace en un sueño: podía oler el peculiar y ácido olor de madera quemada



extinguida por el agua salada.

Bueno todo continuaba igual, ni mejor ni peor. De hecho creo que en general me sentía mejor. Llegó la primavera y alrededor del 10 de marzo, cuando por supuesto estábamos llenos de trabajo en la oficina, tuve una experiencia de lo más curiosa. El doctor había decidido darme una buena dosis de narcóticos, ya que quería evitar que cayera en una situación límite. Mi último ataque lo había asustado mucho. Me encontraba tumbado y entredormido cuando me sobrevino una visión.

Me parecía que salía de mi cuerpo y que lo dejaba tras de mí, tal como lo describe Muldoon. De pronto, me encontré en las salinas en Bell Head. Recuerdo haberme sorprendido de los bancos de arena, que eran amarillos y no negros como son en la realidad. Lo que era agua era agua y lo que era tierra, era tierra. Es decir, no estaba todo mezclado como ocurre en nuestros días.

Yo me encontraba de pie en un promontorio rocoso. Había pájaros haciendo nidos a mi alrededor. Sobre mi cabeza y encima de un palo había una antorcha encendida. Detrás mío, en la playa estrecha había un barquito exactamente igual que los observables en los libros de historia. Yo debía alumbrarle el camino. Habíamos estado esperando días y días la llegada de un barco que venía desde muy lejos. Parecía ser que traería una sacerdotisa a la que debíamos adorar. El mar rompía los diques y se hacía con la tierra. Sólo ella podría evitarlo. De pronto, el barco apareció ante mis ojos entre la niebla y el anochecer. Era una embarcación larga y baja, de remos. Su único mástil portaba una bandera roja. Sobre la bandera estaban bordados los restos fantasmagóricos de un dragón carmesí.

Al acercarme yo comencé a gritar. Dejaron caer las velas y se acercaron remando hasta el banco de arena. Al pasar junto a mí pude ver una mujer sentada sobre una silla en la popa. Tenía un enorme libro sobre sus faldas. Al plegar las velas levantó la cabeza. Tenía una cara pálida y los labios escarlata. El pelo largo y oscuro parecía algas sobre el mar. Enlazando el pelo llevaba una banda de oro y joyas. Por unos pocos instantes nos miramos cara a cara. Sus ojos eran extraños, como los de una diosa marina.

Luego desapareció en la niebla del anochecer. Yo sabía que iba hacia un promontorio que se encontraba a algunas millas tierra adentro. Allí había un templo con un fuego perpetuo y sagrado para el sol. Debajo había una cueva donde el agua subía y se hacía con seres vivos. Se rumoreaba que la sacerdotisa del mar precisaba de muchos sacrificios para honrar a su dios.

Luego tuve que volver en mí y ayudar a Scottie con las cuentas, y no tuve tiempo para soñar con sacerdotisas.

En tiempos de mi abuelo había un señor que se llamaba Morgan y que había sido propietario de muchas tierras en la zona. A medida que fue envejeciendo puso sus propiedades en manos de nuestra compañía. Luego se marchó, dejando a una vieja hermana a cargo de todo. Parece ser que la señora tenía una sobrina, una mujer de origen extranjero. Seguramente era francesa. La señora dejó un testamento en donde la única heredera era la sobrina. Esto parecía bastante razonable ya que no tenía descendencia. Le dejó todo con la condición de que tomara el nombre de Morgan. Así que nuestra nueva cliente era la señorita Le Fay Morgan.

Mi padre, trabajando para la vieja señorita Morgan, hipotecó todas las tierras que habían sido la gran esperanza del viejo Coronel Morgan. Compró terrenos en Dickmouth, creyendo que sería una ciudad próspera, ya que el ferrocarril había llegado hasta nosotros, y se pensaba que pronto llegaría hasta la costa. Pero como suele suceder, los negocios del ferrocarril se vinieron abajo y no pudo llegar hasta el mar. Es decir, se vendió todo lo que tenía valor y se compraron cosas que no lo tenían.

Pensando en un boom turístico mi padre construyó hileras de mansiones familiares, tiendas y una arcada para la estación. La arcada era espantosa y sucia. Finalmente logramos alquilar todo pero se obtenían muy pocos beneficios. Debido a esto la compañera de la señorita Morgan, que debía haber vivido como una reina con la herencia que le tocó, sólo recibió lo suficiente como para mantener cuerpo y alma juntos.

Después de haber hecho los contratos de arrendamiento, el ferrocarril consiguió arreglar todos sus problemas y llegó hasta nosotros. Así que todo se revaloró al cambiar de manos, pero nosotros habíamos alquilado ya por plazo de veintiún años.

Yo pude comenzar a enviarle cheques más decentes a la señorita Morgan en pago de sus últimas propiedades, así que ella gozó de algunos años de prosperidad en compensación de los malos tiempos.

Tuvimos que cambiar muchas cosas después de que los arrendamientos se hubiesen revalorizado. No me pareció conveniente seguir poniendo parches a los malos negocios de mi padre. Vendí varias cosas entre ellas la espantosa arcada, que en los últimos años había sido considerada una estructura peligrosa. Pero me dio pena vender más. Pensé en llegar a un trato con la señorita Morgan, y encontrar dinero para reconstruir y compartir los beneficios con ella. Sin duda se trataba de un buen negocio.

Scottie debía ir a Londres para ser testigo de un problema legal de un cliente suyo, y yo le sugerí que llamara a la señorita Le Fay Morgan. Volvió, como la paloma de Noah, pero no precisamente con buenas noticias. Se había encontrado con el escándalo. Parece ser que había ido a la dirección que aparecía en nuestros libros, y se encontró con una especie de escondite transformado temporalmente en un estudio. Todas las sillas no tenían patas, así que tuvo que sentarse en el suelo. Alrededor de las paredes había divanes hechos con colchones puestos sobre el suelo y con colchas persas sobre ellos. Los colchones estaban asociados con camas en la mente de Scottie, y no era sorprendente que se encontrara atónito. El comentó que al ver los colchones supo que algo extraño sucedía y al entrar la señora supo que tenía razón.

"¿Hace cuánto que mantenemos negocios con la señora?" —preguntó.

"Sólo Dios sabe" —le contesté. "Su nombre ya estaba en los libros cuando yo nací."

"Buenos, ¿Qué edad crees que tiene?" —dijo Scottie.

"Bueno. Yo tengo 36, y ella ya era mayorcita en la época de mi padre."

"Yo le dije que quería ver a la señorita Le Fay Morgan" —dijo Scottie— pero ella me contestó que era la señorita Le Fay Morgan. Entonces le dije que se mantenía muy bien para su edad, y ella se sonrojó y me contestó que sería mejor que yo arreglara los asuntos por carta. Le contesté que sí."

Por tanto la señorita con la que habíamos estado haciendo negocios por años no era la misma con que se encontró Scottie.

Aquello nos colocaba en una situación difícil. ¿Debíamos encontrar a la verdadera señorita Le Fay Morgan? Le echamos una ojeada a la correspondencia, que era tan numerosa como la misma Biblia y la firma era siempre la misma a lo largo de los años. Las primeras páginas, las de en medio y las últimas eran las mismas. Fui a hablar con el director del Banco. El y su cajero las miraron y consideraron que todo estaba en orden. Volví junto a Scottie y nos comenzamos a rascar la cabeza. Aquella misma tarde llegó la correspondencia y nos quedamos aún más perplejos. Era una carta de la propia señorita Le Fay Morgan anunciando que estaba en el

Grand Hotel, en Dickmouth y pedía que yo fuera a entrevistarla y mostrarle sus propiedades.

"¿Irás?" — me preguntó Scottie.

"Por supuesto que iré" —le dije.

"Pues no lledes dinero".

### CAPITULO TRES

Me fui a Dickmouth, entré en el Grand Hotel y pedí por la señorita Le Fay Morgan. Era alta y sutil. Llevaba un turbante de terciopelo negro con un broche de diamante y un abrigo negro de piel con un gran cuello y puños. No podía ver su cara porque el turbante le cubría las orejas. Además el cuello lo tenía subido. Por sus movimientos se podía decir que era una hermosa mujer.

Es curioso recordar el primer encuentro con una persona que juega un papel tan importante en nuestras vidas y ver si uno tiene algún tipo de intuición de lo que va a suceder. Me dio la mano y nos presentamos.

"¿Sr. Maxwell?"

"Sí"

"Yo conocía a su padre"

No supe qué decir. No podía decirle cara a cara que era una mentirosa. La conduje hasta mi coche y no volvió a hablar. Evidentemente era una mujer que sabía mantenerse callada, y esto es algo muy importante si uno sabe cómo manejarlo.

En el coche se mantuvo silenciosa. Yo sentí que tenía que decir algo así que hice comentarios acerca del lugar. Ella asintió y eso fue todo. Pero yo me hacía más consciente de su presencia a medida que pasaba el tiempo.

Había planeado un tour circular, y aparcamos el coche en un punto estratégico. Entonces supe algo más acerca de ella. Sabía bastante del negocio de inmobiliaria. Conocía términos de construcción y todos los pequeños trucos, y entendía bien las cosas. Eso no es algo que todo el mundo adquiere, ni siquiera con la experiencia.

Habíamos llegado hasta una casa al final de la explanada. Era una villa bastante antigua que se erigía sobre sus propios cimientos, pero estaba muy deteriorada y desde las ventanas se podían ver las marismas alrededor del estuario. Miré y pude ver cómo se avecinaba una tormenta. "Será mejor que esperemos hasta que haya acabado" —dije yo.

Ella miró las colinas y asintió.

Nos encontramos en una especie de estudio con un fuego de gas. Noté que había un contador de cinco peniques en la cocina así que metí una moneda y encendí el fuego. No había nada sobre lo que sentarse. Pero ella resolvió el problema sentándose en el suelo apoyándose contra la pared. Extendió sus piernas y cruzó los tobillos.

"Me gusta sentarme en el suelo", dijo.

"¿Es por eso por lo que le cortó las patas a las sillas?"

La pregunta me salió inconscientemente, ya que hasta ese momento había sido estrictamente profesional con ella.

Se rió con una risa dorada y profunda que me produjo una sensación extraña.

"Me temo que yo era demasiado para su compañero" —dijo.

"Sí, me temo que sí" —le contesté, no sabiendo qué decir.

"No es el tipo de persona a quien se le puedan explicar las cosas" —añadió después, y ambos nos empezamos a reír.

Sentí instintivamente que había algo especial en la señorita Le Fay Morgan. Era toda una personalidad, y por tanto se le podían perdonar muchas cosas.

El agua de la tormenta golpeaba contra las ventanas y distrajo nuestra atención. Yo quería a toda costa volver a la seriedad profesional, si es que eso era posible estando sentados en el suelo. Pero la señorita Morgan no quería profesionalismos. Ya había avanzado bastante y se estaba aprovechando de ello.

"Quiero hablar con usted" —dijo.

Intenté recomponerme y me puse en guardia.

"Su socio no tuvo ningún problema en llamarme una ladrona. Y si no me equivoco ya me estaba llamando una asesina".

"Realmente me gustaría saber qué ha sido de la señorita Morgan" —dije.

"Yo soy la señorita Morgan"

No le contesté. Llovía a cántaros y ninguno de nosotros quería andar con el tiempo que hacía. Tampoco era cuestión de levantarse y cerrar la puerta de un portazo.

"¿No me cree?"

"No estoy en situación de juzgar, pero es difícil verla bien con ese cuello"

Levantó las manos y se desabrochó el cuello.

Era una mujer morena, de ojos marrones y cejas negras, ligeramente aguileña. Su piel era de un color oliva pálido. Más crema que oliva, de hecho. No tenía maquillaje en los ojos ya que no era necesario. Tenía los ojos pintados de color rojo escarlata. Tenía manos largas y blancas con las uñas pintadas de rojo, como si se las hubiera bañado en sangre. Así que en resumen estaba como para echarle el guante a cualquier soltero del lugar. Al abrirse el abrigo noté un perfume aromático pero no dulzón. Era un olor raro, con bastante almizcle.

"¿Qué edad cree que tengo?", preguntó.

La mire. Tenía la piel suave y sin arrugas, como si fuera de terciopelo. Nunca en mi vida he visto una piel tan bonita. Pero sus ojos no eran los de una jovencita. No tenía patas de gallo y la piel era tersa como la de una mujer joven, pero en los ojos tenía esa expresión de tranquilidad que sólo la da la experiencia. Ciertamente no era una mujer joven, a pesar de su figura. Pero era difícil de creer que se tratase de la señorita Le Fay Morgan. Me volvieron los comentarios de Scottie.

Pareció adivinar mis pensamientos.

"Así que no cree en el poder de los salones de belleza para preservar la juventud de uno?"

"No hasta el punto que lo ha hecho usted" —dije con franqueza.

"¿Ni siquiera con un tratamiento glandular?"

"Francamente, no".

"¿Y suponiendo que esto viene ayudado por el poder de la mente?"

Entonces dudé. De pronto, me vino a la mente otra cara que había visto y que me hizo recordar a la suya. Era la cara de la sacerdotisa del mar de mi visión, la que estaba en la gran silla esculpida en la popa del barco leyendo el libro con los grandes broches.

El efecto fue extraordinario. Por un momento volví a encontrarme en el estuario a la hora del crepúsculo. Supongo que mi cara debe haber reflejado lo que sentía, porque los ojos de la señorita Le Fay Morgan comenzaron a brillar como lámparas.

Volví en mí y la miré. Era una situación curiosa. Ahí estaba frente a mí envuelta en sus pieles, y yo con mi viejo impermeable.

"Yo no soy joven en absoluto" —dijo. "Si se fija, ya lo verá. He cuidado mi piel, y mi figura se ha cuidado a sí misma, y eso es todo"

Sus gestos no eran los de una mujer joven, pero su nombre está en nuestros libros desde hacía un siglo. Así que por lo menos debía estar en los setenta, y esto era demasiado para creerlo.

"Bueno, señorita Morgan", dije, "Realmente su edad es algo que no nos concierne. Enviaremos los cheques a la dirección que lo hemos hecho siempre, y estaremos satisfechos de recibir los recibos. Supongo que no estoy en condiciones de opinar. Usted parece muy joven, pero si opina que es el resultado de los cuidados que se prodiga, no voy a discutirlo"

"Yo pensaba que usted era un experto en antigüedades" —dijo ella con una sonrisa un poco sardónica. Me hizo reír. Se levantó y comenzó a andar por la habitación. "¿Cuánto tiempo cree que va a durar la tormenta?" —preguntó.

"No demasiado. Tan pronto como aclare, saldré y cogeré el coche"

Intenté ver hasta qué punto el silencio entre nosotros nos comprometía. Por supuesto que ella no era la primera compañera de la señorita Morgan. Es verdad que yo no sé demasiado de mujeres, pero no hasta ese punto. Algo sí que era cierto. Yo no iba a transformarme en un detective ni me iba a meter en una camisa de once varas por motivos puramente altruistas. No puede decir que ella me gustara. De hecho me producía desconfianza, pero al mismo tiempo me parecía excitante.

Me sentía muy ansioso. Lo mejor era no hacer nada hasta haber hablado con Scottie y Headley, nuestro abogado. No íbamos a meternos en un lío si había algo raro en el asunto. Crucé la habitación intentando pasar desapercibido. Me doblé el cuello del impermeable y salí por la puerta. Llovía a cántaros, y hacía tanto viento que el cuello se me bajó. Me fui al coche, recogí a la señorita Morgan y la conduje hasta su hotel. Se mostró muy maternal conmigo por haber salido en la lluvia. Quería que tomase el té con ella pero me negué diciendo que debía volver a casa a cambiarme. No quería saber nada más del asunto al menos por aquella tarde.

Por supuesto ocurrió lo inevitable. Me vino un resfriado y tuve un ataque de asma.

La señorita Le Fay telefoneó a la oficina para concertar una cita conmigo. Como Scottie le dijo que yo estaba enfermo se ofreció a sí misma. Se interesó mucho por mis síntomas pero Scottie no le dijo nada en absoluto. Finalmente parece ser que uno de ambos colgó el teléfono aunque nunca he sabido cual de los dos fue.

Scottie fue a ver a Headley, y le explicó la peor versión que pudo, pero Headley le dijo que se callara. No se puede hacer una investigación sin pruebas, y no había ninguna prueba por lo que yo podía intuir. Scottie volvió a hablar conmigo, pero me hice el medio inconsciente. Si tienes que sufrir de asma, lo mejor es sacarle provecho.

Scottie volvió a la oficina más calmado, aunque le hizo la vida imposible al chico.

El chico que trabaja con nosotros es bastante inteligente. Si lo es para el trabajo, también lo es para escuchar las conversaciones. Al haber escuchado la conversación entre Scottie y la Srta. Morgan había llegado a sus propias conclusiones. Al entrar ella la tarde siguiente preguntando por mí, no fue a buscar a Scottie sino que, asumiendo toda la responsabilidad, le contó todo cuánto sabía.

Pero no sólo hizo esto sino que la condujo al sótano, luego por el jardín, hasta llegar a mi cuartel general. Entraron, y la hizo pasar a mi cuarto sin pararse a pensar si yo estaba de acuerdo o no.

Yo me encontraba en pijama y bata y no precisamente en condiciones de recibir a nadie. Gracias a Dios que estaba afeitado.

"Como soy la responsable de su enfermedad, pensé que era mejor venir a excusarme", dijo la señorita Morgan.

Yo estaba tan sorprendido que apenas podía mirarla. Además acababa de recibir una dosis de medicación y esto no permite que la mente funcione con rapidez, y además uno suelta la lengua con facilidad. Me iba a incorporar en el sofá, pero ella me lo impidió cubriéndome con una manta, de lo más maternal. Luego se sentó junto a mí en un gran pouf donde yo solía poner la bandeja.

"¿Por qué no está en la cama?" —preguntó.

"Porque odio estar en la cama. Prefiero levantarme y andar."

Al no haber conocido mujeres poco convencionales, no sabía cómo manejarla con ella.

La señorita Le Fay Morgan empezó a sonreír.

"¿Va en contra de la ética profesional hacer amistad con un cliente? —dijo.

"No. No va en contra de la ética profesional, pero creo que un hombre es tonto si lo hace".

Me miró fijamente y creo que intuyó que yo no me encontraba muy bien. No hizo caso de mi impertinencia y continuó la conversación.

"¡Qué habitación tan acogedora tiene usted!" —dijo.

Le sonreí con gratitud.

"Siempre me he preguntado cómo serían las casas de la gente que lo sabe todo de casas" —dijo.

Pensé que si hubiera visto la de Scottie, o nuestro edificio principal, se hubiera quedado muy desilusionada.

Empezó a andar y mirar mis libros, y yo empecé a temblar. No me gusta en absoluto que nadie se interese por mis libros. Revelan muchas cosas. Especialmente la señorita Morgan, que debía ser la última palabra en sofisticación y yo no lo soy. Tengo una colección miscelánea. Creo que observó mi reacción. Era una persona muy perceptiva. Se fue hacia la ventana y miró hacia afuera. Yo no era responsable del paisaje, así que eso no me molestó.

Luego oyó el sonido del río.

"¿Es el río?" —dijo.

Asentí.

"¿El que sale a Dickmouth?"

"Este es el Dick estrecho, el ancho aún no he podido descubrirlo. No aparece en los mapas" —le dije.

"No existe. El nombre original de este río es Naradek.

"Narrow Dick" es sólo una corrupción de la palabra original"

"¿Cómo lo sabe?"

"Porque siempre me han interesado estas cosas" —me dijo.

"¿Dónde lo leyó?" —le pregunté ya que la arqueología de la zona me interesaba a mí también y creía saber bastante, aunque esto era una sorpresa.

Sonrió de una forma rara.

"Si se lo dijera, no me creería, igual que no cree cuando le digo que soy Vivian Le Fay Morgan."

Había algo familiar en el nombre que distrajo totalmente mi atención. No podía recordar dónde lo había oído antes, o que significado estaba relacionado a él.

Volvió a sonreír. "Soy en parte bretona, en parte galesa" dijo. "Mi padre me llamó Vivian inspirándose en Vivian le Fay, la bruja mala joven que estuvo junto a Merlin en su vejez. Quizás me iba bien el nombre pero a la señorita Morgan nunca le gustó, lo odiaba. Cuando me dejó su dinero estipuló que yo tomara su nombre".

No me agradaba en absoluto oír toda aquella sarta de mentiras. No me iba a dar por vencido tan fácilmente, así que no hice ningún comentario y cambié de tema.

"Aún no me ha dicho porqué el Narrow Dick viene de Naradek".

"Le gusta la arqueología, parece" —dijo.

"Entonces quizás me pueda decir dónde puedo encontrar la cueva de Bell Knowle dónde el sol se levanta y baja".

Estuve a punto de contestarle, ya que sabía el lugar exacto dónde se encontraba la cueva. Tenía en mente una imagen fotográfica de ella. Se encontraba en la ladera de un monte, y en dónde había un río seco que se llenaba sólo cuando llovía. De pronto recordé que lo único que sabía acerca de la cueva lo aprendí en aquel sueño de la sacerdotisa, y que la mujer frente a mí se parecía mucho a ella. No podía hablar. Estaba atónito.

"He tenido una experiencia muy curiosa hoy después de la inyección. Soñé con esta región en los tiempos prehistóricos. Había una cueva en el mar que ahora ya no existe. Sé de qué cueva se trata. Usted me ha sorprendido con sus palabras, "¿usted también ha soñado con ella" —dije.

"No he soñado con ella, la he visto en un cristal".

"Dios mío, ¿Adonde quiere llegar?".

"Eso es lo que yo quisiera saber", dijo ella.

"Imagino que no me creerá si le digo que usted estaba en mi sueño. Si usted cree eso, yo creeré que usted es la señorita Morgan. Le Fay o Le Fay Morgan, para el caso es lo mismo".

Me miró, y sus ojos brillaron como lo habían hecho cuando había visto el efecto que produjo sobre mí el día que se descubrió la cara. "Sé que está diciendo la verdad" —dijo despacio. "Sé que me reconoció cuando le mostré la cara. Pongamos las cartas sobre la mesa, Sr. Maxwell. Usted dígame lo que sabe y yo haré lo propio".

Así que se lo conté todo. Era difícil ser coherente y por supuesto no empecé por dónde debía. Sin embargo ella consiguió enterarse de mi relato.

"Usted llegó a la sacerdotisa a través de la Luna, ya que la luna rige el mar. No son dos experiencias distintas sino dos caras de la misma experiencia. Ahora yo le contaré mi parte y luego usted podrá juzgar."

## CAPITULO CUATRO

Realmente la historia de la Srta. Morgan era increíble.

Sus antepasados habían sido una familia de hugonotes de Bretaña que se habían asentado en Inglaterra cuando tuvo lugar la revocación del Edicto de Nantes. Se habían casado con otros refugiados franceses y luego con ingleses, y todo se había desarrollado pacíficamente hasta que el último de la generación se había casado con una galesa. Así que los troncos celta, bretón y gales se habían unido. De allí venía ella. Soy una fey (hechicera) tanto de naturaleza como de nombre. Luego se murió su padre y ella tuvo que arreglárselas por su cuenta. Se unió a un grupo de pantomima, y comenzó a abrirse camino. "Mi mayor éxito fue cuando interpreté el papel de la Reina Endemoniada en "Jack y la judía Beanstalk"

Yo le creí. Sin duda debía haber sido una magnífica Mefistófeles femenina. De cualquier modo había sido una existencia precaria, y cuando tuvo la oportunidad de conseguir un puesto con la Srta. Morgan a través de un primo común a ambas, lo aceptó.

En aquellos días estaba de moda el espiritismo. La vieja Srta. Morgan era una gran aficionada y le pidió a su nueva compañera que la ayudara cuando dio una fiesta para algunos vecinos. La mesa, que hasta ese momento sólo se había movido sobre sus patas, comenzó a bailar un jig irlandés.

La señorita Morgan se había estremecido hasta la médula de los huesos. Desde ese momento en adelante se pusieron a trabajar con todas sus fuerzas. Después de la mesa consiguieron una Planchette, y la Planchette comenzó a hablar acerca de una cueva: "Si la encuentras encontrarás la llave que abre todas las puertas". Naturalmente la Srta. Morgan se quedó impresionada al saber que yo me había enterado de la existencia de la cueva en el modo en que lo hice. Le dije todo cuánto sabía desde un punto de vista arqueológico. Bell Knowle era en realidad Bel, o Bael Knowle, el monte del dios sol, dónde en otros tiempos se quemaban fogatas la víspera del mes de mayo, la noche de Beltane.

Planchette había dicho que la cueva se encontraba frente a un río, y que solía llenarse cuando subía la marea. Pero la Srta. Le Fay Morgan no sabía que el río había desviado su curso en el siglo XIII, y que ahora desembocaba del lado opuesto de Bell Knowle. Incidentalmente un monasterio había sido arrastrado por las aguas. Según la tradición el grupo de monjes que vivían allí llevaba una existencia un tanto disipada, y una noche oscura mientras tenía lugar una fiesta, el río cambió su curso y acabó con todos ellos. Los ojos de la Srta. Morgan brillaban como lámparas. Parece ser que se relacionaba con su historia. Como me sentía animado, la invité a que diéramos un paseo en bote para inspeccionar el lugar. Así que arreglamos una cita. Lo malo sería tener que inventar una excusa para Scottie y mi familia.

Aparentemente la Planchette les dijo muchas cosas entre las cuales estaba la información del río Naradek. Esto se consiguió a través de otro médium que se hacía llamar Sacerdote de la luna. Parece ser que en el continente perdido de Atlanta ya existía un río Naradek, y fueron los colonos que se hicieron con el dominio de nuestra región los que dieron origen al nombre del río. Este médium también recitó un himno referido al río.



*Mi alma se mecía Naradek abajo;*

*El río discurría en la vida, ágil y enamorado.*

Ella echó la cabeza hacia atrás y comenzó a cantar y recitar, con un tono cálido y bajo. Yo pensé que ese sería mi fin. Ya estaba en sus manos. De un modo quizás incoherente ella me estaba diciendo la verdad, y yo lo sabía.

Uno de los monjes del monasterio logró tener comunicación con ellos y les explicó quizás con una cierta ansia que no habían sido unos degenerados como suponía la tradición sino que se dedicaban a investigar los orígenes de las cosas. Uno de los experimentos que habían hecho había salido mal y por eso había tenido lugar la catástrofe.

Este monje comentó que nuestro distrito había sido el centro de una civilización muy antigua, y que uno de los hermanos había comenzado a explorar terrenos que nadie había investigado nunca. Lo que descubrieron los había dejado tan fascinados que se metieron de lleno en el asunto. El abad principalmente.

La Srta. Morgan arregló después de esto misas para todo el mundo.

Así que buscaron a alguien más y esta vez apareció un espiritista que dijo ser el que se había comunicado con el viejo abad a través del monje. Este individuo era conocido por el nombre de sacerdote de la luna. Aparentemente estaba ansioso de revivir la adoración. Parece ser que el viejo Abad quería ponerse a trabajar de nuevo. Dios sabe porqué con el ejemplo del monasterio inundado a sus pies. Pero estas cosas tienen un encanto especial.

La Srta. Morgan comenzó a envejecer y Le Fay tuvo que dedicarse a cuidarla día y noche. La vieja Srta. Morgan le hizo prometer que continuaría con el trabajo tan pronto como pudiera. Le dijo también que le dejaría dinero bajo esa condición, aunque por supuesto no apareció en el testamento. Y luego, gracias a mi desafortunado padre, se perdió gran parte del dinero. Así que todos los planes quedaron en ascuas. Ahora, sin embargo, que las cosas estaban mejorando, la Srta. Le Fay quería volver a investigar y pedía mi ayuda. "¿Me cree ahora?" —dijo finalmente. "Sí, por supuesto"

Luego entró Sally con el té y se echó hacia atrás como si hubiera visto una aparición. Se quedó titubeando en el aire. Sin embargo, al final decidió que la hermosa Sra. me podía hacer bien, así que fue a buscar otra taza y cortó más pan y mantequilla.

Arreglamos que tan pronto como yo me encontrara bien yo la llamaría al Hotel en Dickmouth, para ir de expedición en busca de una casa. Así que al día siguiente me levanté al mediodía, fui a la oficina y comencé a ver las listas de residencias en las zonas de Dickmouth, y Starber que pudieran satisfacer las expectativas de la Srta. Le Fay Morgan.

Cuando Scottie supo lo que yo estaba haciendo aspiró profundamente pero dejó de quejarse. En Escocia los negocios son los negocios.

Ella quería algo aislado, con habitaciones amplias y un sótano, y que estuviera tan cerca del mar como fuera posible. Blasfemé al pensar en la oportunidad que casi había regalado y que le venía muy bien. Luego recordé que sí había un sitio, y que era de su propiedad. Fuera de Dickmouth en el río Dick había una gran extensión de terreno que daba al mar. Al final había un fuerte desmantelado que la Oficina del Ejército había abandonado; y mi padre la había recogido para beneficio de los Morgan. El había pensado que se podía transformar en un buen hotel, con un campo de golf detrás. Pero se olvidó de preguntar acerca del alcantarillado antes de comprarlo, y cuando supo que dependía de tanques de agua de lluvia, se dio cuenta

de que no sería un buen hotel.

Así que llamé a la Srta. Morgan y le dije que el sacerdote de la luna ya tenía el templo arreglado, esperándola. Le dije que pidiese un canasto de comida en el hotel y convine en pasar a buscarla por la mañana temprano.

Me preguntaba cómo se las iba a arreglar con sus zapatos de tacón alto si yo no conseguía llegar con el coche hasta el fuerte; pero al llegar al hotel vi que se los había cambiado por otros más prácticos pero elegantes. También llevaba un chaquetón suelto gris y verde, con un gran cuello de piel. Sobre él solamente le asomaban los ojos. Los holgazanes que estaban tomando el sol la miraban. Nunca antes había tenido la experiencia de ir con una mujer a la que otros hombres miraban, y sentí que la sensación me agradaba.

A pesar de que podíamos ver la enorme extensión de Bell Head en la parte más alejada de la bahía, tuve casi que conducir de vuelta a Dickford antes de hacerlo, ya que el ferry no llevaba coches.

Sin embargo, pudimos llegar al puente que permite la entrada de las camionetas de carbón. Y entramos en las marismas.

Aquí la tierra cambió. Este era el país que yo había visto en mi sueño cuando conocí por primera vez a Morgan Le Fay, si realmente era ella, cosa que yo me creía a medias.

Esta parte de la marisma estaba dividida en diques y en los prados se podían ver pastar a las vacas. Pero a medida que avanzamos los diques desaparecieron y la tierra aparecía cubierta de agua y de los viejos dioses. Sólo la carretera se encontraba en condiciones y junto a ella había garzas que no nos hacían ni caso, y pensé que si se hablaban como era su costumbre, no nos podrían ver mejor que los que nos veían los peces.

Me volví hacia la Srta. Morgan y le dije: "Aquí es dónde tuve que alumbrarle el camino entre la niebla la primera vez que la vi".

No pude ver si sonreía o no dentro de aquel cuello, pero su voz sonaba profunda y cálida: "¿Lo recuerda entonces?" "Quizás" —dije yo. Y me concentré en conducir ya que estaba muy sorprendido de mis propias palabras. Teniendo tan poco que ver con mujeres, suelo ser o bien demasiado brusco o demasiado formal. De cualquier modo, necesitaba concentrarme en conducir ya que estábamos en un tramo de carretera dónde la hierba estaba muy crecida.

A nuestra izquierda Bell Knowle surgía como una pirámide perfecta entre las marismas. Los pinos crecían en los pliegues, pero su cresta era indócil a los vientos. Y bastante nobles vistos desde ese nivel.

Al pasar le indiqué el hueco que en mi opinión contenía la cueva del mar, y desde aquel punto de ventana que da un montículo de diez pies le indiqué la fosa zigzagueante marcada por el resplandor del agua estancada, que era todo lo que quedaba del antiguo río Dick antes de que hubiese cambiado su curso e inundara el monasterio.

Por supuesto ella, siendo mujer, quería desviarse para inspeccionar la zona. Pero era imposible hacerlo ya que no había ningún tipo de puente más cerca que el de Starber, a unas tres millas más adelante. El pueblo más cercano a Dickmouth, era éste si se lo podía denominar un pueblo. Realmente hoy en día, no era más que un pueblo de pescadores. En sus tiempos había sido un puerto bastante grande, y se lo mencionaba en el libro del Doomsday como tal, ya que la corriente del río mantenía el puerto abierto, pero cuando el río cambió su curso la gloria del pueblo desapareció, y ahora solamente los barcos que podían llegar a la playa lo podían

usar. Detrás del pueblo, sin embargo, quedaban los vestigios de las líneas largas de ladrillos que habían sido desembarcaderos pero que desde entonces habían sido utilizados como una cantera para construir y pavimentar todo el distrito; y sólo las trincheras que marcaban la base de la construcción permanecían en pie.

Mi padre había comprado lo que quedaba de todos estos terrenos y había construido bastante de sus magníficas casas de piedra que no servían para nada. Yo recuerdo muy bien cuando de niño iba con él en su bicicleta antes de que las motos se pusieran de moda entre nosotros, y de haber visto los enormes bloques de piedra partidos en dos antes de ser utilizados. Se trataba de una albañilería verdaderamente ciclópea, y el cemento, rebajado con agua, era de tal consistencia que era más fácil cortar la piedra que el material utilizado para unirla. Si yo hubiera conocido el secreto de aquel cemento actualmente sería rico. No tenemos nada así hoy en día.

Se lo mencioné a la señorita Morgan, y se empezó a reír.

"¿Sabe usted que Starber es el puerto es Ishtar? Ese era el sitio al que yo quería llegar cuando usted me hizo tropezar con un banco de arena cuando estaba con sus fantasías como ahora?".

El malecón conducía la carretera a través del lecho poco profundo del antiguo río Dick. Aquí se podía observar con claridad los restos de lo que evidentemente había sido un antiguo sendero pisado por los pies de esclavos, cuando ellos debían conducir los barcos con las velas ya plegadas a través del cauce zigzagueante del río, de las marismas hasta Dickford. Allí estaban esperando los hojalateros de las colinas que vivían detrás del cerro. Aprovechándose de la elevación del terreno, había un sendero estrecho que conducía al mar. Seguimos este sendero ya que nos llevaba por una ruta indirecta a la granja en ruinas al pie de Bell Head, que era propiedad de la señorita Morgan.

Lo miramos por encima de un muro de piedra que también estaba en ruinas que separaba un patio estrecho del pantano. En su tiempo había sido blanqueado como es costumbre en esta zona. Pero la cal había casi desaparecido, salvo en algunos trozos. Las piedras eran tan grises como la hierba del pantano.

La casa era baja como una caja, como si hubiera sido dibujada por un niño sin ningún tipo de imaginación. No parecía existir vestigios de un jardín, aunque sí había un trozo de vegetación exuberante que indicaba dónde había estado la pila de estiércol demasiado cerca de la puerta de atrás. Bell Head tenía la forma de un león tumbado, con la cola hacia el mar mientras que la granja estaba ubicada entre sus patas protegiéndose de este modo de los vientos del oeste. La inclinación que conducía al pecho del león había tenido terrazas aunque en épocas más recientes las excavaciones habían acabado con ellas.

La señorita Morgan inmediatamente se dio cuenta de la forma aleonada del terreno, e indicando las terrazas entre las patas dijo: "Ahí cultivaban viñedos".

"¿Quién?", pregunté yo totalmente sorprendido.

"La gente que hacía uso de Bell Knowle como templo. Yo volveré a cultivar viñas si regreso".

Luego llegamos a una carretera que había sido construida por el Departamento de Guerra, y parecía como si alguien en vez de fijarse en el terreno hubiera dibujado una línea con una regla sobre un mapa, dejando que los soldados excavaran según su gusto y gana.

Esta línea iba diagonalmente por la ladera inclinada del final de Bell Head, y al llegar a una curva estrecha sentí miedo de que el coche se fuera hacia atrás

rodando. Después de aquella curva tan peligrosa la carretera seguía recta por todo lo largo del terreno que daba al mar.

Encima de nosotros sobre la cima de un montículo había pilas de piedras que le interesaban a la Srta. Morgan. Yo no quería que se entretuviera mirándolas, así que continué conduciendo hasta que llegamos a la carretera que bajaba y vimos el fuerte. La Srta. Morgan se sentía emocionada.

Era un sitio pequeño y hundido para protegerse de los cañonazos, y construido de tiza, por el mismo arquitecto sin imaginación que había proyectado la carretera. La puerta estaba desencajada y dimos una vuelta al patio para entrar. Detrás de nosotros estaban los cuarteles. Delante, un semicírculo para los cañones. Al frente había un promontorio que destacaba sobre el agua. En días de tormenta era de imaginar que las olas lo cubrieran fácilmente.

La Srta. Morgan echó un vistazo y comentó que el sitio era ideal para ella. Sin embargo no tenía apetito todavía sino que prefería subir a la cima angulosa del promontorio que estaba a unos 50 ó 60 pies del agua. Se quedó junto a las olas contemplando el mar.

Me sentí incómodo al verla subir, porque si se hubiera deslizado por aquellas piedras, nada la hubiera podido salvar, con aquella marea tan fuerte. Así que la llamé para que volviera. No me contestó, sino que se quedó allí mientras yo me fumaba tres cigarrillos. Daba un paso hacia atrás cada vez que las olas se acercaban al subir la marea. Su abrigo de paño gris verdoso se confundía con el mar. En aquella oscuridad grisácea, los pliegues de su abrigo flotaban como una bandera al viento.

Luego se quitó el sombrero y se soltó el pelo que llevaba sujeto con una peineta de concha de tortuga. La miré fascinado. Jamás había conocido una mujer que se comportase así. Me fumé un cigarrillo. Sin embargo mi excitación no había disminuido al terminarlo. Y como pensé que ya llevaba bastante rato allí, bajé intentando ayudarla a subir.

Se volvió hacia mí y me dio la mano. Yo pensé que era para sujetarse, así que se la cogí para ayudarla. Pero me hizo bajar junto a ella. Siguió sujetándome.

"Ven a sentir el mar" —dijo.

Me quedé sin hablar apoyado contra el viento, como lo estaba haciendo ella. No hacía frío, sino que un viento cálido nos envolvía. A nuestros pies había un chapoteo insistente de pequeñas olitas. Y también se podía oír el tronar constante de las olas dando contra las rocas. Era fascinante. El mar, profundo y fuerte nos rodeaba.

Luego comencé a sentir el repiqueteo de las olas contra las rocas. Eran como campanas. Era como si el mar estuviera latiendo por dentro. El latido aumentó, y luego pude oír un sonido metálico como si los palacios del fondo del mar estuvieran abriendo sus puertas.

"Mi querido niño, te vas a caer" —dijo ella.

Me volví, atónito, y me encontré con la señorita Morgan sujetándome la mano.

Volvimos a bajar por las pendientes, y yo me volvía para ver si los dioses del mar nos seguían. Me había parecido haber estado en el lugar dónde se unen las puertas de dos reinos.

Comimos y la llevé de vuelta al hotel. Me alegraba que el lugar le gustase aunque sentía haber sido un muy mal compañero.

Al despedirnos a la puerta del hotel me tocó el brazo y me dijo. "¿Cuándo va a

darse cuenta que no tengo otras expectativas que las de ser su amiga?".

Me quedé tan sorprendido que no pude pensar en nada para decir. Me parece que murmuré algo sin pizca de gracia y me fui tan pronto como pude.

## **CAPITULO CINCO**

Era curioso que en el momento menos pensado hubiese aparecido la compañía que yo necesitaba y que había estado buscando. Pero no sabía muy bien cómo manejar la situación. Mi manera de comportarme no dejaba traslucir mis verdaderos sentimientos. Decidí que la próxima vez que me encontrara con la señorita Morgan me tomaría un par de copas para ver si mis inhibiciones desaparecían.

Pero algo me consolaba. Ella me había encargado transformar el fuerte en un sitio habitable. Así que la tendría que volver a ver no una vez sino varias. Tenía la esperanza de que con el tiempo y la costumbre me desenvolvería mejor.

Estuve viendo qué empresa se podía hacer cargo del trabajo. No quería contratar a la gente de siempre por temor a las habladurías. Finalmente encontré la persona idónea. Reparaba iglesias y era un especialista en ese tipo de edificios. En nuestra zona las iglesias eran muy bonitas.

Este hombre que se llamaba Bindling trabajaba con un grupo. Eran tres hombres más y el hijo de Bindling que era completamente idiota. Iban de un sitio a otro en un carro de heno con un par de caballos. Una vez firmado el contrato tuvieron que subir con el carro por aquellos senderos difíciles. Tampoco eran personas que trabajaban con mucha prisa. Pero no se detenían nunca. Así que finalmente acababan el trabajo a tiempo, y a veces antes que otras compañías más ortodoxas. El idiota era un magnífico escultor. El problema consistía en que para bajarlo del andamio a la hora de comer no podían hacer sonar la campana porque de lo contrario bajaba demasiado rápido arriesgando su vida. Pero realmente era el sostén del grupo.

El viejo Bindling se marchó al fuerte y llegó allí después de una semana. Entre una semana y diez días. Tuvo que subir por aquella carretera del Ejército y bordear la curva cerrada. Sólo Dios sabe cómo pudo hacerlo. El fuerte había sido construido para parar el fuego de los cañones, así que era necesario simplemente repararlo, pero la estructura básica ya existía. Ya no quedaban cristales en las ventanas ni puertas debido a la acción de los viajeros que pasaban por allí. También encontraron que había algo muerto en el agua. Resultó ser un grajo, y qué difícil era pensar que un simple pájaro hubiese podido volar tan alto y llegar tan lejos.

Yo soy capaz de realizar el trabajo de un arquitecto aunque no poseo un título, así que mientras el Sr. Bindling y su grupo se dedicaban a pescar el grajo, me dediqué a tomar medidas. En principio todos creíamos que se trataba de una oveja.

Mi idea era transformar un sitio que parecía una cárcel en un templo para mi sacerdotisa. Así yo la llamaba a la señorita Morgan, aunque por supuesto enteramente a sus espaldas. Nunca me hubiera atrevido a decírselo cara a cara aunque estoy seguro que le hubiera encantado. No se trataba de un trabajo fácil. Era difícil cubrir aquella estructura de piedra. Me dediqué a leer un montón de libros de arquitectura de todo el mundo. La señorita Morgan nunca se llegó a enterar que su casa seguía el modelo de un templo azteca. También me inspiré en un viejo monasterio de los Apeninos que había sido transformado en una villa. El arquitecto había mantenido la severidad original pero rompiendo la estructura a la altura de las ventanas, y haciendo la pérgola más ligera.

Puse mis ideas en orden y pensé que se acoplarían bien al fuerte. Luego hice un

dibujo a escala y se lo mandé a la Srta. Morgan que en estos momentos se encontraba en Londres. Me mandó una carta muy agradable. "Al ver su habitación supe que Ud. era un artista, pero no imaginaba que era un artista de tamaño categoría".

Obviamente era imposible seguir a rajatabla el modelo y tener una pérgola cubierta de enredaderas. Cualquier planta con excepción de la hiedra hubiera desaparecido al poco tiempo, siendo sustituida por hiedra. Así que diseñé una pérgola construida de piedra con plantas marinas y animales esculpidos en la piedra. Casi me muero al intentar pescar fucos gigantes que me sirvieran de modelo. El viejo Bindling que me salvó cogiéndome del cuello, me dijo que cualquier lugar que va a ser un sitio sagrado siempre pide el sacrificio de una vida, aunque se trate de un humilde y pequeño belén. Debido a ésto él sólo se dedicaba a reparar iglesias pero no a construirlas. Por supuesto no tenía ni la menor idea, que en ese momento estaba construyendo un templo para los dioses del mar.

Me dediqué a diseñar los dibujos de la pérgola y me quedé bastante contento con los resultados. Se los mandé por correo a la Señorita Morgan que en este momento estaba de vacaciones en el continente. Parece que le encantaron los dibujos y consiguió que los reprodujeran en una revista de arte. Luego los enmarcó. Ella nunca llegó a saber que los tuve que volver a dibujar para que el idiota los reprodujera.

Había conseguido romper con la monotonía del edificio poniendo arcos góticos en todas las ventanas. Había un puente bastante inestable a la entrada del fuerte. Reemplacé la madera podrida por piedra siguiendo el ejemplo de uno que había visto en Cumberland. La entrada, que tenía forma de túnel y que daba acceso al patio, la decoré con enormes puertas dobles de roble, copiándolas de una catedral y decorándolas con bisagras de hierro. Las bisagras me las hizo nuestro herrero local. Era una verdadera obra de artesanía. Mi hermana no dejaba de observarme y de vigilarme. Pero parecía ser que la providencia se puso de nuestro lado, y las bisagras fueron expuestas en una sala de arte. Luego las llevaron a Londres. Así que nuestra familia consiguió una cierta gloria. Mi hermana se fue calmando. Además, pensaba que la Señorita Morgan andaba por los noventa.

"¿Aún tiene todas sus facultades?" —me preguntó un día.

"Yo creo que sí, aunque Scottie opina que es muy frágil".

"Realmente esta era la opinión de Scottie, aunque no en el sentido que podían creer mi madre y mi hermana."

Se fueron acostumbrando a que yo me fuera al fuerte. El aire del mar era maravilloso para mi asma, así que todo parecía estar a mi favor.

Trabajamos en el fuerte todo el verano, y de decir que fue un éxito. Desde la tierra parecía las ruinas de una abadía ya que tenía ventanas góticas. El tejado era plano y lo teché con piedras como si se tratara de una cabaña de Cotswald. Quedó bastante bien.

Las tres astilleras para los cañones tenían escalones de forma semicircular y balastradas esculpidas con caballitos de mar y otros animales marinos. Construí una escalinata que llegaba hasta las rocas con pasamanos, ya que no deseaba que la Señorita Morgan se cayera al mar como casi me había ocurrido a mí. También hice un maravilloso balcón serpenteante que daba a la playa. Era una especie de cala que daba al mar, justo debajo del sotavento. Aquí llegaban grandes cantidades de madera. Pensé que la Señorita Morgan cocinaría con aceite por lo que no necesitaría carbón. Cuando el idiota no tenía nada que hacer lo hacíamos pescar madera, o hacer un fuego. Yo quería conseguir una buena cantidad de madera seca

para recibir a la Señorita Morgan. La llama azul de la madera es hermosa.

Entonces empezamos a trabajar con la curva para que no fuese tan peligrosa. Los camiones de muebles subieron sin problemas aunque he de admitir que fue muy difícil. Ella envió un hombre y una mujer para que se encargaran de la granja. Eran gente de Cornwall, campesinos de mente estrecha. Pero laboraban.

Vivirían en la granja e irían al fuerte para ocuparse de las tareas domésticas.

Pusieron el lugar en condiciones, aunque los últimos toques los tendría que dar la Señorita Morgan. Terminé mi trabajo y me dediqué a echar una última ojeada. Aquella tarde llegaría ella.

Sólo podía llegar en el tren de las 5.15. Luego tardaría una hora hasta llegar al fuerte, así que yo tenía suficiente tiempo.

Me dediqué a pasear y a despedirme de mis animales marinos. De pronto un coche deportivo entró por la arcada. Era la Señorita Morgan.

Me quedé tan sorprendido que no supe decir otra cosa que "Hola", que sin duda no es la mejor manera de recibir a un cliente.

"Hola ¿que tal está?" —Dijo ella sonriéndome. Llevaba una gabardina de seda con un cuello duro que le tapaba las orejas.

Los Trethewens salieron a recibirla, y luego tuve que presentarle al Señor Bindling. Yo no quería que el idiota se acercara porque como babeaba y tenía otros defectos no era muy presentable. Sin embargo, el viejo capataz acudió en mi ayuda. Le puso una caña en la mano para que se fuera a pescar maderas. Aquello hizo que el idiota se olvidara de la Señorita Morgan.

El viejo Bindling y yo le mostramos todo, y se quedó encantada. El fuerte tenía los cuarteles de los oficiales en una punta y una barraca en la otra. Yo había transformado la barraca en un mirador y la había cerrado con ventanas. En el espacio de la estufa había construido una chimenea con dos asientos en los ángulos. En cambio de perros de fuego diseñé unos delfines gordos que estaban sentados sobre sus colas llenas de rizos. Me los hicieron en una fundición de Bristol.

Todo el mundo los estaba admirando cuando de pronto ocurrió algo que llamó mi atención. El idiota Bindling se estaba deslizando por las rocas. No era cuestión de dar explicaciones así que corrí hacia él. Pero no pude llegar a tiempo. Lo vi caer hacia el mar y no quedó ni rastro de él.

Me quité la chaqueta con intenciones de ayudarlo. Era un acto totalmente estúpido ya que no había ni la más remota posibilidad de salvarlo. Por suerte el capataz me detuvo. "De nada vale que des tu vida por la suya dijo".

Los otros se quedaron paralizados de horror mirando como había desaparecido el cordero de la luna. El viejo Bindling se levantó el sombrero, no en son de reverencia sino para rascarse la cabeza.

"Bueno no sé qué decir", dijo finalmente volviendo a colocarse el sombrero.

"Quizás haya sido mejor" —dijo el capataz.

"Quizás, pero la sangre es demasiado llamativa en el agua".

Yo estaba temblando pero la Señorita Morgan permaneció inmóvil. Se mostró amablemente fría con el viejo, lo que me hizo desconfiar. Recordé las palabras de Bindling, que un templo siempre pide una vida al ser construido. Pues ya la tenía. Los dioses del mar lo habían intentado tres veces consecutivas y finalmente lo habían conseguido. En mi sueño la sacerdotisa del mar pedía el sacrificio de muchas vidas.

La Señorita Morgan me quiso preparar una copa pero no encontró nada así que me ofreció té. Pero yo quería volver a casa. No me sentía muy bien y tenía sentimientos confusos contra ella.

Lo sucedido no era culpa suya, pero yo tenía la sensación de que lo que ella representaba había puesto fin a la vida del joven.

No intentó retenerme al ver que yo no deseaba quedarme, pero me acompañó para despedirme. ¡Luego el coche parecía no querer arrancar! La noche anterior habíamos estado usando los faros y se había quedado sin batería. De haber tenido un poco de sentido común hubiera llamado a Trethowen para que lo arrancara pero yo puse todo mi peso sobre el acelerador y no conseguí nada. Me incliné sobre el coche y recé pero de nada valía. La Señorita Morgan llamó a Trethowen y él y su mujer vinieron corriendo. Afortunadamente él sabía de mi asma. No soy un espectáculo precisamente agradable cuando tengo ataques y siempre tengo la sensación de desagrado de que me vean y al mismo tiempo no me gusta estar solo.

Me llevaron dentro y me sentaron en un sillón, me preguntaba qué se podría hacer, ya que no había teléfono y era imposible llamar a un médico. Me di cuenta que tendría que pasar por ello sin morfina. El propio ataque en sus formas más agudas no suele durar más de un par de horas, pero siempre son dos horas muy largas.

Los Trethowen querían prepararle algo a la Señorita Morgan, pero ella no quería nada. Se quedó mirándome. La oí murmurar "Esto es terrible" y me di cuenta que no tenía tanta sangre fría como parecía. Anduvo por el cuarto y luego se volvió a mí. "Daría cualquier cosa por ayudarle" —dijo. Pero no se podía hacer nada.

Luego se sentó en el brazo del sillón y me rodeó con sus brazos y yo me incliné sobre ella.

El ataque pareció mejorar y me quedé dormido, ya que hay un punto en que la propia naturaleza responde.

Así que la profecía de Scottie llegó a ser verdad ya que dormí con la Señorita Morgan pero no como él pensaba.

Me consiguieron una cama ya que a la mañana siguiente me desperté allí. Me sentía débil pero en paz. El ataque había acabado y mi corazón había respondido mejor que de costumbre ya que no se podía observar efectos secundarios que generalmente viene producidos por las drogas.

La Señorita Morgan me había puesto en su propia cama en el ala este del fuerte que recibía la luz del sol a través de una ventana. Yo me desperté al amanecer y vi un glorioso camino de oro pálido producido por el efecto de las crestas de las olas.

Era bastante romántico el hecho de despertar al amanecer en la habitación de la Señorita Morgan y mirar alrededor. Ella lo había decorado con tonos azules, grises y verdes que producían el efecto de agua de mar transparente.

El cabecero de la cama estaba esculpido representando una ola a punto de romper. Estaba pintado de plateado con pequeños brotes verde-azulados iridiscentes y en la media luz del amanecer tenía un aspecto realista.

Todos los objetos del tocador eran de plata y había un montón de botellas de las más diversas formas de cristal. Parecía el laboratorio de un alquimista medieval. Sólo necesitaba un astrolabio y un atanor y una o dos retortas para completar el cuadro.

"La señorita Morgan pertenecía a una secta de la que era sacerdotisa, la fría secta de las profundidades primordiales que exige a cambio el sacrificio de vidas



humanas. Conmigo siempre fue muy amable. Yo no podía evitar recordar lo que había leído de los aztecas. Un esclavo era escogido entre las gentes del pueblo y recibía durante todo un año aquello que él deseara. Al cabo del año era sacrificado en un altar mediante la extirpación del corazón mientras aún se encontraba vivo. Al recostarme sobre las almohadas de seda de la Señorita Morgan pensaba que aquéllo me podía ocurrir a mí si no me andaba con cuidado. Según la tradición, el corazón se extirpaba con un cuchillo de oro. ¿Cómo podían conseguir que el oro tuviera filo para hacerlo pasar a través de las costillas?...

Al volver en mí después de haber estado inmerso en aguas muy profundas, encontré a la Señorita Morgan mirándome a los ojos con tal fijeza que parecía estar quemándome agujeros en el cerebro dentro de mi propio cráneo.

Era una sensación curiosa permanecer allí tumbado mirando a la muerte cara a cara, pero con placidez. La vida no me deparaba mucho, aunque yo sabía que llegando a un límite me aferraría con intensidad.

Todos mis intereses giraban en torno a la figura de la Srta. Morgan. La otra alternativa era volver a casa, tener asma, pelearme con mi hermana y vender cosas inútiles a gente inútil.

Después de tomar aquella decisión me volví a quedar dormido y cuando me desperté la Sra. Trethowen estaba en mi habitación con una bandeja. Me traía el desayuno. La Srta. Morgan entró y me habló. Como de costumbre yo no tenía mucho que contar. Además estaba más afónico que un gallo, y no me había afeitado. Seguramente tenía los ojos rojizos. Así que desistió de hablar conmigo. Cogió un libro, y se sentó a leer. Había enviado a Trethowen a enviar un telegrama a mi familia para que no se preocuparan. Decidí aceptar la invitación de quedarme por un fin de semana. Era incapaz de ponerme en pie, y dudaba de poder hacer en las siguientes veinticuatro horas.

Era bastante agradable estar en aquella habitación soleada con la Srta. Morgan, oyendo el ruido del mar. Aunque ella no me prestara atención, la sentía allí conmigo. En ocasiones como ésta me parece llegar al alma de las personas. Sé exactamente lo que están pensando y cómo se sienten.

Así pasamos todo el día hasta que llegó la tarde. Desde aquella habitación no podíamos ver la puesta de sol pero nos llegaba el reflejo. Salió la luna llena y una vez más pude observar la luz sobre las olas del mar.

Como solía ocurrirme al ponerme en contacto con la luna, mi otra naturaleza resurgía. Yo sabía que el mar poseía una vida muy intensa y que aquí en el fuerte estábamos en estrecho contacto con él, ya que el mar nos rodeaba tan de cerca que casi éramos como una isla. En épocas de tormenta el rocío del mar parecía lluvia.

Toda la habitación era como agua de mar a la luz del sol. Incluso el vestido que llevaba la Srta. Morgan era verde y su cuello lucía un collar de zafiros con formato de estrellas que acaparaban la luz. Era un vestido extraño, medieval de shantung brillante que dibujaba su figura. El cuello era descolado cortado formando un cuadrado en que le llegaba casi a la cintura. De mangas largas pegadas al brazo acabando forma de boca de pez en los puños. Se había pintado las uñas de un tono gris perla. El efecto era extraño e inhumano.

De pronto mis pensamientos se vieron interrumpidos.

"Wilfred. ¿Qué sabes de la luna?"

Le dije que me había puesto en contacto con la luna después de mi primer ataque de asma y podía sentir sus mareas, sabía cuando actuaban los poderes de

la luna. Si decrecían o se fortalecían, si eran fuertes o poderosos o retrocedían como el mar junto a la playa. Le dije que creía que las mareas de la luna influían sobre todas las cosas en una manera de la que no éramos del todo conscientes y que aunque no entendía esto creía que algún día lo llegaría a entender. Quizás llegaría a saber algo más mientras permanecía sentado después del ataque de asma.

Asintió. "Sí", dijo. "Así te llegará. Si consigues con el asma lo que yo con mi cristal."

Le dije que sabía que se debía a las drogas. Pero lo negó.

"Anoche no tomó drogas. Aunque sea un hombre enfermo es una de las personas más vitales que he conocido. Y lo curioso es que cuanto más caído está más vital es. Tiene un tipo de magnetismo extraño, Wilfred. Supongo que ese es el problema. Quizás usted magnetiza."

Eso era cierto, porque de algún modo siempre me sentía muy vital cuando me encontraba flácido después de un ataque. Mi mente se ponía en estado de alerta y lúcida, incluso cuando no podía ni siquiera tener una taza entre mis manos. Era en estos momentos, de hecho, cuando tenía una lucidez anormal que me había permitido mirar detrás de la luna.

La señorita Morgan se acercó a mí y me miró con sus ojos oscuros.

"Ahora se encuentra en ese estado, ¿verdad?", dijo.

"Hasta cierto punto, sí".

"Entonces digamos qué sabe de mí, lo que imagina, cualquier cosa".

La vi sentada en la silla esculpida y alta en aquella habitación azul iluminada sólo por la luna. Los zafiros alrededor de su cuello atraían la luz de un modo extraño y dibujaban una línea de fuego fosforescente donde el cuello se une con el pecho. Su pelo negro estaba recogido en bandas. Sus cejas eran blancas y sus ojos muy oscuros. Sí, era la sacerdotisa del mar que yo había visto en la niebla.

Y mientras la miraba inclinarse hacia mí con sus ojos oscuros y con la mirada intensa me pareció salir del espacio y el tiempo.

"Nuestra tierra se está hundiendo porque el mar es demasiado fuerte para nosotros. Nuestros diques no pueden pararlo. Está entrando y ganando terreno paso a paso. Hay un mal en el agua contra el que no podemos luchar y hemos buscado una sacerdotisa con sabiduría. Tenemos un sacerdote aquí pero él dice que es demasiado fuerte para él. Los poderes de la luna se pierden y hay un mal en las aguas. Debemos buscar una sacerdotisa para la gente del mar. Que venga de la tierra bajo el atardecer la tierra perdida y hundida en la que permanece tan poco. Y nos han enviado su Última Sacerdotisa, una "Sacerdotisa de Mar", que ha sido también sacerdotisa de la luna."

"¿Y qué dijo la sacerdotisa del mar cuando llegó?"

"Hizo un sacrificio."

"¿Qué sacrificio?"

"Hombres"

"¿Dónde?"

"En el lado debajo de Bell Kowle."

"¿Cómo los sacrificó?"

"Se encontraban junto al altar de piedra y la marea vino y se los llevó. Ella hizo sacrificios hasta que el mar se encontró satisfecho."

Luego volví en mí como quien vuelve a la superficie después de haber estado buceando a gran profundidad y me encontré con la señorita Morgan mirándome a los ojos como si estuviera quemándome agujeros en el cerebro dentro de mi cráneo.

## CAPITULO SEIS

Al día siguiente Trethowen me prestó una maquinilla de afeitar. Luego bajé y me encontré con la señorita Morgan en el salón. Sentía como si el suelo se balanceara bajo mis pies, como si se tratara de un barco. Era una sensación muy distinta de las que suelo tener después de un ataque de asma.

La señorita Morgan fue muy amable conmigo, y me dejó vagar para estirar las piernas. Luego me hizo sentar en una silla. Después de comer me sentí más comunicativo. Siempre soy de lo más insociable en estas ocasiones, y no lo puedo evitar. Sin embargo, después de haber dormido gran parte de la tarde me sentí mejor. A la hora del té era yo mismo de nuevo.

Nos tumbamos sobre unas sillas plegables y el sonido de una vieja iglesia de Starber nos comenzó a llegar a través del agua calma. No se oía el aire ya que en Bell Head el mar nunca está quieto. Una marejada del oeste se comenzó a llevar las rocas en aquella dirección. Comenzó a soplar un viento helado y tuvimos que entrar. La señorita Morgan encendió los leños de la chimenea y yo me tumbé en el sofá mientras ella se sentaba en el pouf con los codos sobre las rodillas. Nos dedicamos a mirar las llamas azules de la madera salada. El tono era azulado y dorado. Las flameantes olas del mar parecían un ópalo incandescente.

"¿Qué haremos con estas paredes?-me dijo.

Miré la habitación. La pared que daba al mar era como una sábana de cristal. Sólo tenía los pilares de la pérgola. En el otro lado las ventanas góticas rompían la estructura. El suelo era de parquet, y aún se podía oler el perfume de madera nueva, que es un olor muy agradable. Pero yo no tenía ni idea de qué hacer con las paredes blancas.

"Yo pondría un panel, o un tapiz. No puede empapelarlo."

"¿Qué opina de pinturas?" —dijo.

"¿De qué tipo? —le contesté.

"Escenas marinas".

Era buena idea. Pero lo difícil era fijar lienzos en una pared llena de humedad.

"No, no quiero lienzos" —dijo— "mi idea es pintar directamente sobre la pared"

"Le será difícil conseguir que alguien venga" —le dije.

"De ningún modo. Me encantará que usted venga. ¿Conoce la ténpera?"

"Nunca he trabajado con ténpera" —le dije.

"Bueno, venga y aprenda. ¿Qué le parece la idea? —me contestó.

"Está bien".

Era fácil satisfacer la curiosidad de mi familia diciéndoles que había dormido en el fuerte debido a mi ataque de asma. Mi hermana estaba muy contenta con la exposición de mis dibujos. Sentía que la familia había subido unos peldaños. Ser hijo de mamá tiene pocas ventajas, aunque tiene la gran ventaja de que nadie

piensa que vas a hacer nunca nada malo aunque te alejes.

Arreglamos para que yo me fuera al fuerte todos los sábados, y me quedaría a trabajar allí todo el fin de semana. Los lunes volvería a hacer los trabajos de la oficina. Me sentía tan feliz como un niño que lo llevan a ver una actuación de pantomima. Cuando cruzaba el puente sobre el Dick veía el cambio de paisaje. No hay granjas en las marismas. Los granjeros llevan sus bestias a pastar al otro lado del puente. No hay ninguna construcción ya que corre el peligro de hundirse. La carretera misma viene atravesada por un dique. Yo la he atravesado en épocas de inundaciones y es imposible ver la tierra a ambos lados. Sólo se ve la línea serpenteante sobre el agua. No es una experiencia muy agradable.

Me estaba paseando cuando me encontré con la señorita Morgan. Me dijo que había ido a hablar con Trethowen porque quería plantar viñas. Me condujo hasta las terrazas. Eran según ella viñas de Concord que había traído especialmente de América. Si podían soportar los inviernos de Nueva Inglaterra podrían soportar los nuestros. Ni Trethowen ni yo teníamos muchas esperanzas de que salieran adelante. Un cuadro más atractivo era el del jardín de hierbas que ocupaba la terraza más alta. Yo subí muy despacio y la señorita Morgan hizo como si no se diera cuenta. No me gusta que la gente comente acerca de mi enfermedad.

Bell Head tiene la forma de una banana, con el lado cóncavo dando hacia el sur. Toda esa zona es un acantilado. La colina del Norte tiene mucha hierba y está plagada de conejos. A los pies de la colina hay una playa de piedra. Las terrazas al final tienen una inclinación sur-sureste. Afortunadamente el acantilado nos protegía del sol de la tarde y nos sentamos en un asiento construido de piedra.

Detrás nuestro había una roca que sobresalía unos cien pies o más, y que tenía colgantes de hiedra. Un poco más abajo de la cima se abría la boca oscura de la cueva.

La señorita Morgan comentó que había una serie de escalones que conducían a la cueva.

"Si dibuja una línea que pase por el arrecife, se puede bordear la cueva y llegar a Bell Knowle. Desde la cueva sin duda se puede ver el amanecer sobre el cono de Bell Knowle".

Desde dónde nos encontrábamos podía ver los montículos y hundimientos que marcaban los antiguos caminos que se encontraban detrás de Starber, a media milla del mar. Le mostré la línea del antiguo Dick y la zona de Dickford, donde los pescadores se reunían con sus compradores. Le indiqué la grieta que escondía la cueva marina, y que ahora estaba llena debido a la acción de los años.

Ella fijó los prismáticos en el punto exacto.

"Observé cómo la orilla del Dick es abajo recta y afilada. Me imagino que la hierba tiene piedra. Seguramente allí fue dónde llegué yo mientras buscaba la cueva".

Me entregó los prismáticos y me hizo seguir la línea de la costa hasta Starber. Se podía observar la apertura del estuario. En ella sobresalía un montículo rocoso, sin duda la isla dónde yo había estado esperando a la sacerdotisa del mar. Mis manos comenzaron a temblar tanto que apenas podía enfocar los lentes. Juro que yo no sabía que se encontraba allí.

La señorita Morgan no hizo ningún comentario, aunque seguramente percibió mi nerviosismo. Pocas cosas se le escapaban. Estuvimos sentados tranquilamente durante un buen rato, hasta que el sonido de la marea vino desde abajo. Yo veía ante mis ojos cómo había sido la historia de aquella tierra. Podía ver el Naradek

entre los juncos, las líneas oscuras de los caminos debajo de la cueva, y la carretera pavimentada que conducía a ella. En los flancos de Bell Knowle se podían observar las líneas zigzagueantes del camino que conducían al cono. Pero no era precisamente un cono, sino un círculo de piedras erectas, como un Stone-henge de miniatura. Y yo estaba seguro que la sombra piramidal del pico pasaría por encima de nosotros en un día de sol naciente.

Seguramente los rayos de sol caerían sobre la boca de la cueva que se encontraba sobre nuestras cabezas.

Me parecían una procesión de sacerdotes vestidos de blanco, con cinturones de oro. Debían ser calvos. Todas aquellas piedras erectas. En las carreteras veía gente normal vestida de gris como suele ser la costumbre de aquellos que sirven en la tierra. Podía ver las capas de los marineros y de los guerreros y el relumbrar de las armas. El humo de las chimeneas coronaba Ishtar's Beere, y en los muelles había una hilera de barcos de proas altas y con velas púrpura y azul cubriendo a los esclavos encadenados que los remaban.

Tenia ganas de volver al coche, ya que bajar era tan difícil como subir. Cuando salimos del coche la seguí hasta el salón. Me senté en una de sus sillas sin patas, estiré las piernas y encendí un cigarrillo. Me tocó el hombro afectuosamente y yo le cogí la mano y se la besé. Parecía haber algo entre nosotros que hacía imposible la formalidad. Aquello transformó totalmente nuestra relación.

Entramos en el comedor y tomamos una de esas maravillosas cenas que sólo ella sabía preparar. Era fascinante ver cómo las preparaba. En una punta de la mesa larga y pesada tenía todos los enseres. Había una fuente de cobre con un calentador debajo y una bandeja con todo tipo de hierbas, hasta las más dulces como la albahaca y la paprika. En lugar de usar vinagre usaba vino blanco. Este vino tenía un sabor ácido y hacía las veces del vinagre. Tenía todo tipo de panes que había aprendido a hacer en distintas partes del mundo. Conocía muy bien la cocina desde China hasta Perú, y yo aprendí a comer tallarines fritos sin que se me metieran en el pelo. También comencé a apreciar el mate. Pero con todo aquello ella no me parecía una mujer muy civilizada con sus vestidos medievales y con el cazo de plata en la mano. Parecía más bien una sacerdotisa en un altar, y el cobre sobre las llamas azules parecía el caldero de una bruja.

La mesa estaba decorada con hermosas velas altas y delicadas. Eran unos objetos hermosos. Fuera se oía el rugir eterno del mar.

Quizás ella fuese muy vieja, y su juventud había sido preservada por artes extrañas. Quizás era una mujer inteligente que sabía representar su papel y jugar su juego. No lo sé y ya no me importaba. Sólo sabía que no había nadie en el mundo como ella.

Bueno, ésta fue mi primera cena con ella. Apoyé el mentón sobre los codos y la miré. Me hubiera gustado haber estado observándola por horas. Ella conocía lo hábil que es el alcohol con las personas. Yo, al ser abstemio recibí todos los beneficios. La señorita Morgan Le Fay, que conocía mucho mundo hacía que le enviaran bebidas desde castillos y estancias de diversas partes del mundo. Estos lugares producían bebidas especiales y que cubrían a un grupo muy pequeño de consumidores.

Cuando ella probaba algo que le gustaba inmediatamente quería saber quién lo producía y de dónde venía. Lo que más le gustaba era beber en pequeñas posadas.

Después de cenar salimos para ver el resplandor de la luna sobre el agua. Anduve hasta el final de las rocas. Ella se puso muy nerviosa y me llamó. Todo estaba en calma. Sólo se podía oír el murmullo de las olas dando contra las rocas, y

el sonido opaco de las algas flotando. La marea estaba alta. De pronto las algas comenzaron a ponerse en movimiento y supimos que la marea estaba cambiando su curso. Entramos y nos sentamos junto al fuego. Me pareció ver que los delfines me estaban sonriendo. Yo me sentía completamente feliz.

A la mañana siguiente comencé a dibujar en la pared. Una parte de la habitación estaba ocupada por la chimenea y la librería. El único espacio libre era el que se encontraba entre las ventanas góticas, y una pared. Así que diseñé un cielo límpido y un mar vacío visto bajo la luz del sol. Para lo otro dibujé un cielo nublado y aguas oscuras y aceitosas. Luego vino el gris con tormentas y un mar agitado. Finalmente un mar calmo bajo la luz de la luna.

Para el final de la habitación planeé una serie de palacios marinos con sirenas y la Señorita Morgan como suprema sacerdotisa. Sin duda estas pinturas no iban a ser exclusivamente creación mía. Yo sabía que en las luces y las sombras iban a aparecer caras. Pensé que en cierto modo la vida del propio mar se interpretaría a sí misma en las pinturas.

El primer fin de semana conseguí dibujar toda la escena en carbón. La Srta. Morgan estaba muy contenta con lo que estaba haciendo y al viernes siguiente se alegró de verme aparecer con potes de pintura. Conseguí unos efectos magníficos tanto en las olas como en las nubes. Echaba una cierta cantidad de pintura y luego la peinaba con un peine. Esto parecía divertirse mucho a ella, y admitió que el efecto era extraordinario. Conseguí resultados rápidos.

La base ya estaba pero me faltaban ciertos toques. Tuve que esperar a que me llegara un momento de inspiración. Esperé a que llegara el momento de ponerme en comunicación con el mar para luego trabajar. Así que me fui a pasear por el arrecife.

Sentí que todo sentido espacial del terreno desaparecía al mirar hacia el oeste. Una o dos gaviotas me sobrevolaron. Luego pasó un barquito. Pero después el mar y el cielo se quedaron vacíos, y yo me quedé solo con las olas.

Había algunos rayos de sol alumbrando el agua aquí y allí. De pronto se podía ver la cresta de una ola, pero la mayor parte del tiempo sólo se veía solamente el mar rompiendo en las rocas. El mar no era lo suficientemente fuerte aunque no era cuestión de jugar con él. Hacia el oeste la oscuridad era total, como la de una tarde de otoño. Hacía frío y la marea subía. Volví junto a la Srta. Morgan. Me estaba esperando con el té preparado. Fumaba. Yo tenía los pies mojados y me sentía un poco ridículo. No me sentía muy inspirado. Dormí bastante aquella noche y a la mañana siguiente me puse a trabajar resistiendo la tentación de salir nuevamente al arrecife.

Al empezar a trabajar supe que tenía un poder especial. A través de mi imaginación la vida del mar se hizo evidente para mí. Pensé que había una inteligencia especial detrás de él. No un pensamiento como el nuestro sino algo más vasto y más simple. La vida de la naturaleza elemental era distinta de la nuestra. Su forma corpórea era la de un enjambre o de un rebaño. Es decir, no tiene un cuerpo definido sino dividido, extendido. Le puse sombras a las olas y a las figuras. Y luego comencé a dibujar una ceja aquí, una boca allí, pero en ningún sitio una cara completa. Al acabar me sentía bastante cansado. La Srta. Morgan Le Fay vino y se sentó en una banqueta junto a mí.

Yo me tumbé en el sofá junto al fuego. Ella se quitó el collar de zafiros y me lo mostró. Pude observar el reflejo del fuego en las piedras. Parecían tener un extraño magnetismo.

Aquella noche soñé con el mar y con la Srta. Le Fay Morgan. Pero en mi sueño

ella era una sacerdotisa de la luna y no del mar. De este modo intuí que la luna dominaba al mar.

A la mañana siguiente le conté mi sueño y me miró con extrañeza. No parecía sorprendida en absoluto. Todo parecía ir evolucionando según ella deseaba. Quizás mejor de lo que ella hubiera podido imaginar.

Se marchó de la habitación sin decir palabra. Al volver tenía una caja entre sus manos. Era una caja de piel. La abrió y sacó una bola de cristal. "¿Le importaría mirarla?", dijo.

Era muy pesada para su tamaño. Yo coloqué los codos sobre las rodillas para ver si podía soportar el peso. Había unas lucecillas dentro de la bola debido al reflejo del fuego. Al cogerla estaba helada. Luego comenzó a calentarse y la luz comenzó a crecer. Noté un dorado especial dentro del cristal que cada vez era más amplio y profundo. Me pareció que una especie de nube dorada me rodeaba y a través de la niebla oí la voz de la sacerdotisa del mar haciéndome preguntas y dándome órdenes.

Le conté lo que estaba viendo. Veía los conos de dos en dos, como pirámides blancas. Aquí, donde estaba el fuerte, durante una eternidad, y así llegué a la granja; Trethowen un espacio abierto había una fogata. Al subir la marea fuego y agua se acariciaban. Todo tal como había ocurrido en mi sueño. La pira había sido construida con maderas dulces. Representaba el sacrificio y tributo de la tierra al mar porque el mar es superior a la tierra. Junto a la pira había sacerdotes calvos vestidos de blanco con cinturones dorados. Estaban colocados en un semicírculo esperando que la primera ola grande tocara la pila. Las llamas emitían una especie de canto. Así había paz entre la tierra y el mar. El mar recordaba que la luna lo regía y por tanto debía obedecerle. El mar era lo más antiguo, más que las colinas. Era la gran madre de la vida. Pero la luna rige al mar con sus poderes magnéticos. Gracias a la luz de la luna sobre el mar surge la vida. El mar no tiene forma pero la luna le confiere su forma específica. Después de decir todo esto me desperté. Morgan Le Fay cogió el cristal y me dijo que era suficiente. Desde ese momento en adelante me resultó más sencillo reconstruir ante mis ojos la vida, y lo hacía siguiendo las costumbres de los antiguos.

## **CAPITULO SIETE**

La vida no era para mí, mas que una serie de fines de semana enlazados. La mirada de Scottie, lunes tras lunes, se volvía más huraña tras mi vuelta del trabajo, cada vez más confuso y distraído. De cualquier manera, por aquel entonces no sufría de asma. Incluso mi madre, quien rara vez se enteraba de algo, se percató de que me había liberado de ella y apuntó que siempre había pensado que me curaría con la edad.

Estaba viviendo en medio de un mundo de sueños, y las únicas cosas reales para mí eran Morgan Le Fay y el fuerte. Pero por medio de compensaciones algo más se me hacía real. El curioso reino de la luna y del mar.

Después de haber visto una vez los rostros dentro del agua no podía desde entonces ver ninguna otra cosa, y cada vez que las olas llegaban rompiendo podía sentir su talante.

Cada roca tenía su personalidad ante mí, y al poco tiempo, comencé a ser sensible al temperamento de los vientos.

Con el desarrollo de esta extraña percepción, vino también una comprensión de la relación entre Morgan Le Fay y yo. Entre nosotros existía un curioso entendimiento, y eso significaba mucho para mí. Era totalmente consciente que

podía enamorarme de ella de pies a cabeza, con que solo moviera un dedo, pero en lo más profundo de mi corazón sabía que cualquier cosa de esa naturaleza hubiera acabado con lo mágico. Sin embargo, también sabía que a Morgan Le Fay no le importaba, ni le preocupaba en absoluto el que la quisiera.

He de admitir que me había prometido a mí mismo, que cuando los asuntos entre Morgan Le Fay y yo concluyeran, me retiraría a los acantilados del promontorio ya que no le encontraba la gracia a volver con mi familia, el asma, y a Dickford. Mientras tanto, yo seguía soñando con la magia de la luna y los palacios de mar, y por amante tenía a una Princesa de los poderes del aire, y día tras día, el fuerte se iba convirtiendo en un palacio marino, y vivía más y más en otra dimensión donde conseguía aquello que yo sabía que nunca habría de conseguir en la tierra, y eso, me hacía muy feliz.

Y así fueron pasando las semanas. Ya había terminado la tabla del mar poco profundo, y Morgan estaba emocionada por ello, pero yo sabía que aquello era sólo el principio, y que había más por llegar.

Y de hecho llegó al poco tiempo. Me levanté un sábado, me asomé a la ventana y vi una niebla espesa. Era bonito ir por la ciudad, se podía ver a través de coronas de niebla un sol como un disco de bronce empañado que fuese yendo por encima de nosotros, pero nada más cruzar el puente colgante hacia las marismas, empezó a encenderse como un tizón. No creo que pudiera ver más allá de doce pies. Felizmente la carretera era recta, no solía haber más que alguna que otra vaca, de todas las maneras conduje con sumo cuidado.

Fui avanzando con dificultad a unas diez millas por hora durante una eternidad, y así llegué a la granja; Tresthown salió. Me dijo que no había podido sacar el coche del puente aquella mañana y me rogó que no lo intentara, sin embargo yo sabía que no lo podría hacer a pie.

Pude subir la pendiente, pero casi estuve a punto de salirme en la curva cerrada, y me salvé gracias a la cuneta. Sin embargo sobreviví y salí a la cima de la loma. Entonces sentí todo el embiste de la niebla en mi cara. Había un aire lento y frío moviéndose, y la niebla llegó deslizándose en grandes bancos. Encendí los faros delanteros pero sólo era un gasto inútil de batería, los volví a apagar y seguí enfrentándome al camino paso a paso. No se podía ver nada; de hecho apenas podía ver el final del capó. Más tarde, sentí la carretera descender rápidamente hacia el promontorio, y le di gracias a Dios por ello.

Toqué el claxon para anunciar mi llegada y salió Morgan, que me abrió los portales, lo cual fue de agradecer dado que yo no puedo hacerlo cuando me falta el aire. Si ha habido algo alguna vez que se haya asemejado a una diosa marina, era ella, quieta en medio de la niebla con su túnica verde-mar y con el rocío de la niebla en su pelo.

Quería que entrara y que tomara café junto al fuego, pero no lo hice, porque sólo era el talante del mar lo que quería captar, así que me fui hacia las rocas del promontorio y me quedé callado, y escuché. Al principio había un silencio total, pero tan pronto como escuchabas el aire, se llenaba de sonidos.

Más allá, hacia el sur, el barco de Starber gemía en dos notas. Mar adentro dos o tres barcos llamaban y contestaban y un barco de pesca invisible hizo sonar una campana. El lento movimiento del mar sonaba entre las rocas y la niebla no dejó de moverse en todo el tiempo. Le dije a Morgan Le Fay que este era el talante del mar que yo necesitaba y le pedí que me dejara solo y que entrara a preparar algo de café. Observé como pasaba por entre la niebla, casi invisible con sus pálidos ropajes, moviéndose con tanta gracia y seguridad por encima de las rocas. Luego se perdió en la neblina y me quedé solo con el mar.



La niebla fue cerrándose a mi alrededor y todo desapareció, excepto la roca cubierta de algas líquenes justo debajo de mis pies.

La niebla me pasó por la cara de una manera diferente, suave, impalpable, como el toque de las pieles. De repente, una rendija se abrió en la niebla y un haz de pálida luz surgió por ella, y así vi el mar por primera vez. Tenía un color gris-plata pálido como enfermizo, y se elevaba y caía con un movimiento lento, lánguido.

Entonces la niebla se volvió a cerrar y el lejano y débil gemido continuó, y una gaviota gritó desde las rocas como un alma en pena. Ya había tenido suficiente, así que me di la vuelta para entrar.

Pero cuando estaba girando resbalé y antes de saber donde estaba, me encontré con el agua por las rodillas. Morgan Le Fay se preocupó al verme empapado, pero me dio café, me puse ropa seca y me encontré mucho mejor. Mi asma había desaparecido completamente.

La noche se echó encima muy pronto y a eso de las tres, tuvimos que encender las luces. Morgan puso alcanfor y aceites de cedro y sándalo en la parafina, y las lámparas olían dulce cuando ardían. Yo había traído unos panecillos conmigo y los tostamos sobre las brasas de los maderos recogidos en la playa. Era curioso como cogían el sabor fuerte a yodo del mar, así como el delicioso reguste ahumado de la madera. Morgan Le Fay me había enseñado que las cosas se cocinan diferentemente sobre fuegos diferentes y que un horno de gas nunca puede remplazar a las brillantes brasas de la madera, que difunde un suave y ondulante calor en lugar de la seca aspereza del gas. Después, añadió que había diferentes clases de maderas y para algunos platos sólo algunos carbones de enebro pueden servir, y me recitó la vieja rima:

*Toma dos ramitas del enebro,  
crúzalas, crúzalas, crúzalas,  
mira en los rescoldos del fuego de Azrael*

Un día me preguntó si me gustaría mirar dentro de los tizones del fuego de Azrael, yo le pregunté qué quería decir: ella me contestó que se hacía un fuego con ciertas maderas y se mira atentamente a las ascuas mientras se iban apagando y se veía dentro todo el pasado de las altas montañas marinas y de las oquedades de las marismas en su continua reconstrucción.

Cenamos espléndidamente. Me preparó unas almejas como los americanos suelen cocinarlas, con mantequilla y pan rallado. Ella había recogido recetas de cada parte del mundo por donde había viajado, y había viajado por no pocos países. Era fascinante sentarse y observarla cocinar y oírle hablar. La sustancia ardía azul bajo el gran plato de cobre incandescente y todas los pequeños matraces atrapaban la luz. Yo me sentía como si estuviese componiendo para mí el elixir de la vida.

Al día siguiente me levanté al amanecer y fui hacia el promontorio y vi la niebla retirarse al salir el sol. Una bocanada de aire vacilante llegó del mar abierto, la empujó hacia atrás como en grandes espirales, entonces el sol proyectó su luz hacia abajo desde un cielo descubierta del más pálido color azul otoñal que atrapó a las olitas que seguían al levantarse el aire. Todo el mar centelleaba con los pálidos tonos dorados, y la niebla de un blanco níveo yacía a lo largo de la costa en un banco que ocultaba la tierra firme. Era como si el mundo se hubiera hundido en el mar y sólo quedase el vacío. Escalé hasta la cima de la loma donde yacían tres piedras desprendidas de la torre y contemplé a Bell Knowle emerger lentamente de entre la niebla. Me prometí que Morgan Le Fay sin más tardar tendría su fuego de maderas dulces. Yo sabía dónde conseguir troncos de cedro y el sándalo y el enebro

crecían en las colinas detrás del pueblo. Sí, encenderíamos el fuego de Azrael antes de que fuéramos mucho más viejos y yo miraría dentro de sus tizones y vería el pasado, después regresé a desayunar.

Pasé todo el día trabajando en la segunda tabla. Pinté la rendija en la niebla y el sol pálido atravesándola y el mar de color gris enfermizo que se movía tan despacio. Y abajo abriéndose camino por el mar llegaba la sombra del "Holandés Errante", un barco de antigua construcción con sus velas inclinadas, las cuerdas arrastrando por el agua y sobre su castillo de proa una gran campana acial que había estado hundida en el más profundo fango durante siglos. Lentos remolinos de agua seguían el codillo de proa y de ellos emergían los rostros de marineros ahogados que se habían agarrado a la proa al pasar.

A Morgan Le Fay no le gustaban del todo pero le dije: "Tú has elegido vivir con el mar y el mar es terrible. Quizás algún día yo que te amo seré como una de esas cosas sin cara". Me miró extrañada y me contestó: "Sin embargo, todavía tengo un hoy".

Cuando salí conduciendo del puente el viernes siguiente por la tarde, mi coche olía como un templo oriental, ya que llevaba atrás toda la madera de sándalo. Morgan metió la nariz dentro del coche y olió profundamente el sándalo, y estaba embelesada y me dijo que le recordaba a Cachemira. Caminamos cogidos del brazo hasta el promontorio y reparamos en el mar que estaba calmado y entramos entonces y me preparó café, y yo jugué con sus zafiros de estrellas con luz de fuego, observando el cambio y los movimientos de sus irisaciones.

Pasamos la mañana del domingo paseando desde la loma a las campanas de Starber, intentando recordar perfectamente la disposición del terreno como preparación para el gran suceso.

Bell Head se adentra en el mar apuntando hacia América, y cuando el viento viene de poniente las grandes olas atlánticas pueden entrar sin estorbo, ni impedimento. Es una formación de estratos amontonados que están dispuestos uno encima de otro como si fuesen losas; esto hace que los bordes expuestos de los estratos formen un declive empinado que acaba siendo un precipicio. La parte superior a causa de las inclemencias del tiempo es plana y se levanta enorme por encima del precipicio que da a tierra. Después hay una lengua estrecha de detritus que conecta lo que probablemente una vez fue una isla con la tierra firme, al otro lado se encuentra el surco del viejo río Dick, ahora sólo un riachuelo en la estación húmeda y totalmente seco en las otras dado que no tiene ningún afluente de donde alimentarse.

Como a unas cinco millas hacia el norte está Dickmouth, y a unas tres, hacia el sur, está Starber. Entre ambos hay una marisma que se llena a través de canales con la marea. En el centro de la marisma se levanta Bell Knowle.

Por el grito de las gaviotas sobre el mar y el graznido de las chovas pensamos que el tiempo iba a cambiar. Aquella misma tarde Mr. Trethowen retiró las cenizas de los maderos del hogar y dispusimos el fuego de Azrael, invocando al ángel de las puertas quien nos permitiría la salida a nuestra acción.

El cedro da una madera formidable y el sándalo prende muy bien también, pero pronto vimos porqué el enebro no es recomendable como combustible. De todas las maneras era formidable observar a las llamas ir saltando de ramita en ramita y ver los surtidores de chispas doradas al estallar con el calor las celdillas llenas de savia. Pero al apagarse el fuego se fue aclarando, dejando el enebro un curioso carbón pálido por sí solo; las cenizas de las ramitas yacían en líneas finas de oro entre los rescoldos más rojos de las otras maderas. Era un fuego de gran belleza; nadie ha hecho justicia a lo artístico de los fuegos.

Entonces nos acomodamos para mirarlo, Morgan Le Fay con un cuaderno en sus manos para ir apuntando lo que viéramos. Clavé la mirada en el corazón de los recovecos en llamas que, ahora titilantes en rojo y bordeados con cenizas grises, dado que el fuego del enebro se consume rápidamente, y en sus radiantes repliegues vi los palacios de todos los reyes de la tierra. Pero no fueron los palacios del mar lo que vi, lo cual me desilusionó. En ese momento, al alcanzarme una bocanada del sándalo, vi el oriente inmemorial y oí las campanas de los templos y los suaves gongs y los cánticos.

Mi mente se trasladó hacia la alta meseta del Tíbet que siempre me había interesado y vi los riscos y los abismos que rodean aquella tierra castigada, y tocada por las manos de los dioses en el origen del mundo y que no ha cambiado desde entonces, donde, según dicen, nació la raza humana, y desde donde los grandes ríos fluyen y por cuyos cursos llega la civilización. Los hombres de la alta y yerma meseta han cambiado desde los albores de los tiempos menos que cualquier otro pueblo, y puede ser que sepan más acerca de la mente de los dioses que la mayoría.

Todo el mundo cree que sus altas cumbres son los tronos de los dioses, pero en el nevado Himalaya están los tronos de los dioses que crearon a los dioses.

Era conveniente que para nuestra labor mágica tuviéramos un nexo con la alta meseta del Tíbet. Hay algo en esos nexos, estoy seguro. Pero no queríamos regresar al nacimiento del mundo y llevé mi mente desde el antiguo oriente, volviendo por la alta región de Pamir hacia Oxus, de la misma forma que, se dice, el primer conocimiento de los hombres viajó hacia el este con los magos; y vi toda la tierra extendida ante mí como un mapa, encontrándome muy bien llevado por las alas de la fantasía, habiendo atravesado por las grutas en llamas del fuego de Azrael a otra dimensión. Y vi la ciudad de Babilonia entre los ríos gemelos, donde las doncellas de Israel tañían sus arpas bajo los sauces y Baltasar aprendía la sabiduría estelar. Me trasladé más hacia el Este, siguiendo una estrella que se movía y brillaba dentro del gran zafiro sobre el pecho de Morgan Le Fay. Llegué a la tierra de la gente que adora las estrellas, para quienes la estrella polar es tanto como el centro de los cielos.

Su dios es el Señor de Este Mundo, el ángel - pavo real. Luego vi las negras tiendas de los nómadas de Caldea, cuyos padres habían conocido a Abraham y cuyos rebaños todavía pastan en los valles donde los reyes habían luchado cuatro contra cinco - Amrafel, rey de Shinar; Arioc, rey de Elavar; Quedorlaomer, rey de Elam y Tidal, rey de las naciones. Incluso recordé a quien vino a su encuentro llevando pan y vino, y entonces vi los inmemoriales cedros del alto Líbano, donde puede que su pie hubiera pasado.

Recordé que Morgan me había contado que allí estaba el manantial de la sabiduría de Occidente, un poco menos antiguo que los dioses del Himalaya. Pero previo a ambos era la sabiduría marina de los Atlantes. Y viajé en una visión por las cimas del Atlas y las altas montañas de Tesalia, famosa por sus brujas, a través de los páramos del Báltico de donde provino nuestra raza a nuestra propia tierra, y luego vi las pálidas ramitas de enebro brillantes entre las arenas de cedro y sándalo.

Ahora el enebro es de un linaje más antiguo que el tejo, y pertenece a la creta de donde la civilización surgió en estas islas. Es el árbol de los primeros dioses, es más antiguo que el roble y el fresno, el majuelo nórdico del muérdago de los celtas, ya que era un árbol sagrado para los pueblos de los celtas, que eran anteriores a los pueblos del pedernal. A ellos llegaron desde lejos los viajeros Atlantes y fueron ellos quienes adoraron a la Diosa Madre.

Y supe que los fuegos que alcanzan la máxima decrepitud eran los fuegos de Azrael, encendidos tanto para visiones como para sacrificios y que eran de enebro. Entonces se me despertó la antigua civilización en toda su gloria y lo primero que vi fue la montaña como un cono truncado sobre la que estaba construida la ciudad de las Puertas Doradas de la isla de Ruta en la recóndita tierra de los Atlantes, y ello me trajo a la mente a Bell Knowle.

Y así vi el gran cono estallar en llamas de nuevo, ya que era un volcán; y todos los atlantes sucumbieron en una muerte feroz; y todos sus templos donde se adoraban a ellos mismos y daban a sus esclavos al mal innombrable; y toda su ciudad de tejados áureos, ciudad de sabiduría y abominación, más perversa que Babilonia, que brillaba como una joya al alba con sus tejados de auricalco que es como un oro pálido. Y presencié en el alba postrera del mundo antiguo tres olas gigantes que barrieron y tragaron todo; y más allá en el mar, conduciéndoles, había una embarcación estrecha de alta proa con un dragón carmesí bordado en sus velas púrpuras, con su proa orientada hacia el este siguiendo la estela dorada del alba sobre las aguas, remeros encadenados se esforzaban a los remos en la calma de la mañana, y sobre la desaparecida Atlántida con toda su abominación y sabiduría se cerraban para siempre las aguas del mar, ya que los dioses la odiaban por sus iniquidades. Nada quedó excepto unas pocas cosas flotando y aquellos que se habían agarrado a ellas, mucho más desafortunados que los otros para los que la muerte había sido rápida, ya que cuando los dioses nos llaman es mejor ir rápidamente. Entonces Morgan Le Fay me despertó diciendo que era suficiente.

El fuego de Azrael se había consumido en cenizas grises, pero la noche era agradable, así que volvimos a salir al promontorio para contemplar el mar con la luz de la luna; el cielo estaba despejado por encima de nosotros, aunque algunos nubarrones se estaban agrupando en el oeste y poco a poco avanzaban ocultando las estrellas. Así que nos fuimos a la cama y dormimos dulcemente, ya que hay una profunda paz después de estas experiencias, asaltado por sueños donde se reflejaban imágenes que se desvanecen.

## **CAPITULO OCHO**

Mi asma me estuvo incordiando bastante durante toda la semana pero sin tener que guardar cama, y al salir del fuerte me sentía fatal. Apenas acababa de poner un pie en la casa cuando empecé a discutir con Morgan Le Fay, diciéndola que si no le gustaba lo suficiente como para casarse conmigo, haríamos mejor yéndonos y dar por concluido nuestro asunto, ya que no podíamos continuar como estábamos, por lo menos yo no podía.

Ella se sentó en la banqueta al lado del sofá sobre el que me había colocado y me tomó de las manos, y empezó a hablarme tranquilamente. Una vez que hubo terminado comprendí un montón de cosas que no había entendido previamente; algunas de ellas eran dulces, otras maravillosas y otras muy agrias para mí.

Me contó cómo, a través de su conocimiento de la Sacerdotisa de la Luna que había llegado hasta ella por medio de su cristal, había aprendido un extraño saber, perdido desde que el mundo se hizo sabio, o decía que lo había hecho. Este era el conocimiento interior e intuitivo de los antiguos y de los pueblos primitivos hasta nuestros días. Dijo como su alma era de antiguo linaje, que había vuelto a la tierra una y otra vez aprendiendo las lecciones de la tierra y finalmente ganando la libertad; y que había algunas almas, que no teniendo más necesidad de las lecciones terrenales, venían no a aprender sino a enseñar y creía que ella era una de ellas. Estas, decía ella no tenían un nacimiento ordinario, sino que se encarnaban mágicamente, esperando su hora hasta que las condiciones eran oportunas y entonces se deslizaban dentro.

Fue la mezcla de un bretón y un gales lo que propició las condiciones para que su peculiar alma pudiera venir, dado que ella creía que, de hecho, había sido Morgan Le Fay, la hermana bruja del Rey Arturo y que Merlin había sido su padre adoptivo.

La Madre de Arturo, la reina Uther era una princesa marina de Atlantis, así me contó, y se casó con un marido brutal por meras cuestiones comerciales, de tal manera que las puertas de las islas Tin pudieran abrirse a la gente de su padre. Merlin, que pertenecía al sacerdote atlante, llegó a Gran Bretaña con los barcos del estaño, para dirigir el culto, y Bell Knowle, siendo algo así como la montaña sagrada de la ciudad materna, había sido adaptada para este propósito. Al morir Uther la princesa del mar volvió con su gente y esposó a un hombre del clan sagrado y dio a luz a una hija.

Ahora esta hija, como era la costumbre entre ellos, tenía que ser llevada a la casa de las Vírgenes para ser entrenada; ya que a todos los niños del clan sagrado se los llevaba al templo cuando se daba el solsticio de invierno en el año en el que cumplían los siete años, y aquellos a los que se consideraba meritorios se les recluía dentro de los precintos del templo para que fueran entrenados; aquellos que no eran escogidos eran devueltos a sus familias hasta que tuvieran catorce años, y entonces a los varones se les hacía escribas o guerreros según ellos eligiesen, y las doncellas eran dadas en matrimonio a los hombres del clan y la muerte por tortura a aquél que la tomase. De una forma muy estricta se guardaba la sangre sagrada, ya que conllevaba el poder visionario. Pero las sacerdotisas no se casaban con ningún hombre, sino que se emparejaban con los sacerdotes como era requerido para los propósitos mágicos.

Y Morgan Le Fay me contó como llegó a la feminidad en la casa de las vírgenes, guardada y protegida como una abeja reina se le protege, sabiéndose apartada, y con el convencimiento de que las alegrías y los ligazones humanos no eran para ella; y cuando volvió a nacer como hija de Bretón y Celta la memoria permaneció con ella y ningún lazo humano la ató. Hubo momentos, decía cuando era jovencita, en los que buscó el amor, pero su destino se lo prohibía; y en seguida se dio cuenta de su destino y lo aceptó, y entonces la vida fue más fácil. Pero nunca pudo ser muy fácil, pienso, porque estaba en esta vida, pero no era de ella.

Después al llegar el poder de la visión llegó el despertar de la memoria y la vuelta del conocimiento olvidado.

Se consideraba a sí misma una sacerdotisa con los poderes del sacerdocio latente en su alma. Pero no había nadie que le enseñase y le entrenase, nadie que despertase sus poderes, excepto el sacerdote de la luna que llegaba a ella por el cristal, y él no era de este mundo.

Poco a poco aprendió y construyó, siempre disminuida por el hecho de que la magia lunar requiere un aliado, y los aliados son siempre difíciles de encontrar. Así que, pensé yo, tenía razón cuando sentí que representaba el papel del esclavo sacrificado. Le pregunté a boca jarro que cual era la tarea exacta del compañero-aliado de la Sacerdotisa del Mar, y que le ocurriría al final, y si era sacrificado. Ella contestó que de alguna manera sí, y que de alguna manera no, y que eso era todo lo que me diría. Según parecía, la Sacerdotisa del Mar era una especie de pitonisa y los dioses hablaban a través de ella. Siendo pitonisa era negativa, pasiva, no podía hacer magia por sí misma, sino que era un instrumento en las manos de los sacerdotes, y por muy perfecto que un instrumento pueda ser, no era más que un medio si no hay nadie para hacer uso de él.

"Entonces lo que necesitas —le dije yo— es un sacerdote perfectamente entrenado como director".

"Exactamente"

"¿Dónde vas a encontrarle?"

"Ese es mi problema, ella concluyó".

Entonces supe porqué no se casaría conmigo.

"Pero no me preocupa, " —añadió— "En estos asuntos el camino se va abriendo en la medida que tú avanzas. Subes un escalón y el siguiente se aplana."

"¿Y cuál es el siguiente peldaño?"

"El siguiente peldaño, —dijo mirando fijamente al fuego sin mirarme a mí,— es completar mi entrenamiento".

"¿Que es, qué?"

"Hacerme mi propia imagen como sacerdotisa".

Le pregunté si tenía que hacer yo la escultura, y en ese caso, ¿cómo? ya que tenía tanta posibilidad de esculpir como de volar.

Ella negó con la cabeza. "Una imagen mágica no existe en este planeta en absoluto —y siguió— está en otra dimensión y nos la construimos con la imaginación. Y para ello —me dijo— necesito ayuda, porque no puedo hacerlo sola. Si pudiera, lo hubiese hecho hace tiempo."

"¿Cuentas conmigo para ello?"

"Sí", respondió.

Estuve a punto de preguntarle si debía intentar conseguir que abrieran la cueva de Bell Knowle, la cueva donde la marea subía y bajaba para recibir su sacrificio; pero permanecí callado, sabiendo que de esa forma aprendería más que mostrando que empezaba a adivinar algo.

"El que yo me construya una imagen mágica es cuestión de autosugestión —dijo— y empieza y termina subjetivamente. Pero cuando dos o tres de nosotros llegamos a trabajar juntos, y tú me dibujas como yo me dibujo a mí misma, entonces las cosas empiezan a suceder. Tu sugestión ayuda a mi autosugestión, y entonces - entonces sale fuera de nosotros, y las cosas empiezan a construirse en los éteres astrales, y ellos son los canales de las fuerzas".

"¿Necesitas algo más de lo que yo te estoy dando?"

"No mucho más. —respondió— La imagen mágica se ha ido formando rápidamente desde que te conocí porque tú crees en mí y porque estás dispuesto a hacer sacrificios"

Le pregunté qué quería decir, y me contestó que todas esas imágenes mágicas se van formando con la imaginación, cuando pensé en ella como una sacerdotisa, se convirtió en una sacerdotisa.

"¿Y qué tienen que ver los sacrificios en todo esto?", dije, preguntándome de qué manera me caería el golpe cuando llegase la hora.

"Proporciona poderes mágicos. No se puede hacer nada en magia sin ello. Es difícil de explicar, porque se requieren diferentes sacrificios para las diferentes clases de dioses. Hay que dejar algo tuyo cualquiera que sea el método."

"¡Oh!", exclamé más aliviado de lo que atrevía a admitir. "¿Entonces, no hay que sacrificar a nadie y utilizar su sangre?"

"No —contestó, moviendo la cabeza— Nadie puede sacrificarse por otro. Nos

sacrificamos nosotros mismos, y de ahí se gana el poder de dar ayuda mágica al otro. No puedo decírtelo más claro porque no lo entenderías; pero tú mismo veras como paso a paso va funcionando en la práctica, incluso en las esferas sobre las que no tenemos control."

"Ya hemos viajado un trecho —prosiguió—, tú ya has hecho de mí una sacerdotisa, ya que me das dado mucho, Wilfred, quizás más de lo que tú sabes, y siempre te lo agradeceré, independientemente de como nos resulten las cosas."

Rápidamente cambié de tema, ya que nada me violenta más que el que se me agradezca algo. "¿No fue por hacer imágenes mágicas, por lo que los Atlantes desaparecieron tragados por el mar?" —pregunté.

"Fue el abuso de este poder", dijo ella.

Aunque se me asegurase lo contrario, sentía perfectamente claro que el cuchillo dorado al final acabaría encontrándome. Así que le pregunté directamente si seguiría siéndole de alguna utilidad una vez que su palacio marino se concluyera y su imagen mágica funcionara "Siempre serás bienvenido aquí —me contestó— yo no me desentiendo de los viejos amigos."

"Eres muy amable"

"Estoy empezando a comprender a tu hermana", dijo.

"Porqué no pruebas con mi vida un rato, Morgan Le Fay —le dije yo a ver si me suaviza el carácter."

"Y bien, ¿qué es lo que quieres?"

"Lo que todo ser humano normal quiere" —respondí—, "plenitud". Sentir que estoy yendo algún sitio, que estoy haciendo algo con mi vida. ¿Es que he de conformarme con mantener a mi hermana y a mi madre?"

Durante un buen rato miró al fuego sin contestar.

"¿Tienes estima a tu vida, Wilfred? —dijo al fin— Podría utilizarte, de la manera más cruel, peligrosamente, y después de haber terminado con tu vida, pudiera ser que no obtuvieras nada a cambio. Pero si te atreves a correr el riesgo, yo creo que podría darte esa plenitud de vida durante un corto tiempo. Después de eso, ya no se".

"Y no me importa" —dije— "Cualquier cosa es mejor que como estamos ahora".

Entonces, ¿querrías probarlo?"

"Probaría lo que fuera, de una vez".

"Puedes estar seguro que no habría otra segunda vez si no fuese un éxito, me dijo sonriendo. Tomó el atizador del fuego y separó los troncos y en el hueco que había dejado fue apilando las maderas del fuego de Azrael. Nos sentamos y fuimos viendo como echaban llama. "Esta vez —me dijo,— "intenta recordar y seguir el barco que viste dejando Atlantis".

Yo observé la llama y esperé, y en seguida los carbones fueron aclarándose y en los recovecos apareció el brillo blanquecino de calor lamiente que da el enebro incandescente cuando se apaga. Lo observé fijamente y gradualmente fue apareciendo la dorada luz del alba sobre las olas, y allí estaba el barco alargado del dragón en la vela.

Le vi viajando hacia el este, y pude ver la salida del sol por encima de él, y luego la puesta por detrás, y luego la rueda de las estrellas atravesando los cielos.

Luego vi la escarpada cumbre de Tenerife, como la había visto en las películas, y

vi al barco echar anclas junto a él.

Después la escena cambió, y vi nuestra marisma que rodea Bell Knowle, muy semejante a como es hoy; pero detrás de ella, por donde ahora hay granjas, había un páramo abierto. Entonces vi la diferencia. El estrecho cauce del Dick estaba lleno a rebosar, y al lado de un muelle de piedra había un barco alargado atracado.

Supe entonces que había regresado a los viejos tiempos y que esta visión era diferente de las otras visiones, dado que ahora no era un observador sino que era parte de ella.

Me di cuenta que había estado abajo en la playa para encender la luz de la atalaya para servir de guía al barco que iba entrando, y que la fascinación de la extraña sacerdotisa, a la que apenas si había visto entre la niebla, me había impulsado a seguir su barca hasta el muelle que hay debajo de la cueva de Bell Knowle. Lo seguí en contra de mi sentido común, pero era una mujer como ninguna otra mujer que yo hubiera visto, o hubiese podido esperar ver. Yo había oído la leyenda de los sacrificios que el mar exige. Sacrificios de hombres; y los ojos de la sacerdotisa eran fríos, pero sin embargo deseosos, y pensé que al pasar se habían fijado en mí. Y sabía que sería más inteligente el irse de allí; de que no era nada bueno el que aquellos ojos fríos y brillantes me vieran otra vez; pero aún así continué siguiendo la barca por el sinuoso río hasta el muelle de debajo de la cueva, donde pude ver a la sacerdotisa desembarcar, poniendo sus pies en tierra con la misma gracia cimbreada y equilibrada con que Morgan Le Fay caminaba sobre las rocas, y supe entonces que eran una única y la misma mujer.

Entonces la escena cambió a la noche, y me encontraba entre aquellos que se reunían alrededor de la boca encendida de la cueva para observar lo que sucedía dentro. La Sacerdotisa del Mar estaba sentada junto a una mesa alta, y a su alrededor hombres con la cabeza afeitada: sus sacerdotes; y algunos otros hombres con barba y armados que parecían guerreros o jefes, y pensé que daban la impresión de estar tristes y amedrentados, ya que había algo siniestro en todos aquellos rostros afeitados y pálidos, como de pergamino, con esos ojos fríos y labios crueles y resolutos, eran como hombres acostumbrados a las cosas más horribles. La Sacerdotisa del Mar los miraba con indiferencia, como acostumbraba el terror de su culto, y los jefes bárbaros la observaban secretamente y con miedo.

Yo sabía que aquellos jefes, con la orden del sacerdocio de Bell Head, habían ido en búsqueda de la Sacerdotisa del Mar para que ella pudiera ofrecer los terribles sacrificios que sólo ellos pueden aplacar el mar; y ahora temían lo hecho, ya que habían dejado correr la sangre en el país y ninguno sabía donde acabaría todo ello; porque existe esa locura que les ocurre a los hombres en la que una vez que han comenzado a matar no pueden dejar de hacerlo; y los hombres bárbaros, ya inmunes a la guerra y a las heridas, sin embargo temían la calma desapasionada con la que los sacerdotes mataban. También sabían que los hombres jóvenes, como yo, en la fortaleza de quien no ha conocido mujer, seríamos el sacrificio aceptable que la fría Sacerdotisa del Mar elegiría, y que los jefes bárbaros estarían preguntándose si se les ordenase ofrecer uno o varios hijos, ya que lo mejor de la tierra ha de ser ofrecido a los dioses. Y mientras estaba allí, entre la multitud en la boca de la cueva, me encontré con los ojos de la Sacerdotisa del Mar una vez más y me pareció que por tal mujer cualquier sacrificio valía la pena.

Se encontraban cenando alrededor de una mesa alta y al terminar la comida y las sobras arrojadas a los perros, según era la costumbre, se hacía entrar una gran marmita y colocada en el centro de la mesa; no estaba hecha con el oro brillante que nosotros conocemos, sino con el pálido auricalco usado por los Atlantes, y ricamente labrado con las olas del mar y las extrañas y fabulosas bestias y dragones; y alrededor del borde había una corona de piedras preciosas, cortadas en



cabujón, que atraían la luz. Tuve la seguridad de que aquella era una copa sagrada, el prototipo del Grial. Y con una jarra de la misma hechura se empezó a escanciar en la copa un vino oscuro y aromático; en ese momento le echaron un tizón encendido que lo encendió y la superficie empezó a arder con llamas azules que titilaban. Fueron sirviendo el líquido ardiente con un cacillo en copas doradas y las llamas fueron apagándose; todos los presentes bebieron. Sabía que ese vino estaba sacado de viñas que daban una uva pequeña y negra. Que crecían sobre bancales en Bell Head, y luego se le añadía una infusión de hierbas aromáticas que crecían en un bancale superior al abrigo de una roca que reflejaba el calor sobre ellas y evaporaba sus aceites volátiles.

Entonces la escena volvió a cambiar y me encontré recorriendo los muelles de Ishtar Beere, bajo la luz del sol, maravillándome por los bronceados marineros de barbas rizadas y anillas de oro. Por los abarrotados muelles aparecieron un pelotón que se movía en formación militar. Media docena de lanceros y un capitán con una espada corta y ancha de hoja y un anciano sacerdote afeitado de piel apergaminada y de ojos oscuros y brillantes, pero sin cejas, ni pestañas, ya que como parte de su religión tenían que depilarse todo el cuerpo.

La gente se retiró con respeto a su paso, pero aunque de hecho nadie salía huyendo, la muchedumbre se fue dispersando por caminos y aledaños hasta que no quedó nadie más que los contemplativos marineros, unos cuantos mendigos y buhoneros. Los abarrotados muelles se iban vaciando a medida que el pelotón pasaba. Y aunque la muchedumbre se dispersaba rápidamente, no lo hacía tan rápidamente como para pasar desapercibidos a los ojos del sacerdote que iba señalando con un dedo aquí y allí, y entonces los soldados avanzaban y rodeaban a uno y a otro y volvían con el pelotón. No había protestas, ni lucha. Sólo una vez una mujer gritó al serle arrebatado su hijo, pero sus gritos rápidamente fueron sofocados por los que la rodeaban. El pueblo iba retirándose si podían, pero si no lo conseguían permanecían quietos, ya que el pelotón del sumo sacerdote iba escogiendo los sacrificios del mar y existía una maldición para aquél que se resistiese, ya que atraía la ira del mar sobre todo el pueblo. Además el hombre que fuese elegido resultaba ser extraordinariamente afortunado por que toda una eternidad de suprema felicidad en los palacios marinos le estaba reservada, así como las más bellas de las doncellas del mar y las perlas del mar y sus gemas y lo mejor de los alimentos y de las bebidas en total abundancia. Y toda su estirpe sería bendita hasta la segunda y tercera generación y el rey les recompensaría con donaciones de tierras y obsequios de joyas. Sí, verdaderamente era de una gran fortuna el ser elegido como sacrificio, y aquellos que eran así elegidos eran magníficamente honrados y cada uno podría pedir lo que deseara la víspera de su muerte y tenerlo garantizado. Había una sola cosa que se le negaba, la gracia.

Yo no sé qué clase de locura me poseyó, pero, entonces, después de haber visto a la sacerdotisa, me parecía que no había bajo el sol ninguna mujer; y cuando la gente del sumo sacerdote pasó a mi lado, me puse en medio febril de ansiedad, y al contrario de aquellos que intentaban pasar desapercibidos, yo fui a su encuentro. Sus brillantes ojos oscuros se encontraron con los míos y con tanta ansiedad como el que espera su indulto, le vi levantar el dedo. Los guardias me rodearon y me uní al pelotón. Luego la escena volvió a cambiar y de nuevo me encontré en la cueva bajo Bell Knowle, iluminada por las hogueras, pero esta vez estaba sentado a la gran mesa, yo y otros dos, y enfrente de mí estaba la Sacerdotisa del Mar sentada en su gran sillón labrado, y a su derecha el sumo sacerdote de rostro apergaminado y afeitado, y a su izquierda el gran rey, bronceado y con barba; y entre ellos ella estaba sentada y sonriéndome; era incluso más bella de lo que había pensado, y así me sentí bien pagado por mi sacrificio. Lo festejé y bebí con alegría en el corazón, aunque los que estaban a ambos lados no hicieran ostentación de ello.

Y cuando se nos pasó a beber el vino flameante, brindé por la sacerdotisa con tanta alegría que todos los presentes me miraron con extrañeza, y la sacerdotisa se sonrió despacio, con una sonrisa divertida pero sin sentimiento, porque ya había visto muchos hombres morir como yo estaba a punto de hacerlo.

Estaba ordenado que ningún hombre debería saber la hora de su muerte hasta que llegase, por temor a que pudiera pasar sus últimas horas atormentado, porque según se pensaba el mar quería a sus sacrificios en pleno dominio de sus facultades. Además, de los tres que cada noche cenaban en la misma mesa, dos serían liberados y uno moriría, y de esa forma todos tenían esperanza y su estado de ánimo era alto. Nadie sabía quien iba a morir, ni siquiera la Sacerdotisa del Mar; y así se preparaban tres copas y se llenaban con el flameante vino, pero en una había una perla, y aquél que tuviera la perla era el que moriría.

Los que estaban a mi lado bebían a pequeños sorbos, apenas capaces de tragar; pero yo me bebí todo de un trago y sobre mis labios sentí la perla. Di la vuelta a la copa vacía y grité: ¡Yo soy el sacrificio! y la perla cayó sobre la mesa y fue rodando hacia la sacerdotisa, y en sus labios rojos se dibujó una sonrisa cuando su mano se cerró sobre ella.

Entonces todos los presentes levantaron sus copas en mi honor y me vitorearon como al elegido por el mar; y el sumo sacerdote y el gran rey me preguntaron a la vez cuál era mi último deseo, comprometiéndose ambos a satisfacerlo, y yo les pedí a la Sacerdotisa del Mar.

Hubo entonces una gran confusión entre ellos, porque nunca se había conocido algo parecido. Los hombres solían pedir tierras para su familia, o que sus esposas murieran con ellos, o venganza contra sus enemigos, pero algo como aquello nunca se había oído y no sabían qué hacer dado que ella pertenecía al clan sagrado y el castigo por tomarla era la muerte con tortura.

Pero yo sonreí y dije que aquél era mi deseo, y si no era cumplido, llevaría conmigo hasta los dioses mi alma insatisfecha, y la sacerdotisa también sonrió y pensé que ella no estaba descontenta. Pero el sumo sacerdote estaba rojo de ira, y no sé que hubiera hecho si el rey no hubiera dado un golpe contra la mesa diciendo que una promesa era una promesa y que por lo tanto había de ser guardada, so pena de liberarme de no ser así. Pero el sumo sacerdote dijo que ellos no se atrevían a negar a los dioses del mar el sacrificio sobre el que habían puesto su sello, por miedo a que algo peor a lo acontecido pudiera ocurrir.

En mi mente está que el gran rey estaba bien satisfecho con la oportunidad de humillar al sacerdocio y quizás acabar de una vez por todas con el sangriento culto que él había traído a la tierra.

Entonces el sumo sacerdote, sonriendo torvamente, dijo que la ley del clan sagrado decretaba la muerte para aquella que mezclase su sangre, y la muerte por tortura para quien la tomase. "Que así sea", dijo el gran rey, que parecía bien contento de ver a la última de las sacerdotisas del mar y sus sacrificios. Pero el sumo sacerdote fuera de sí ya que no tenía ninguna intención en destruir a su sacerdotisa, puso buena cara sobre su ira, y sonrió sobre su sonrisa, resultando al final algo más horrible que el ceño de los hombres, y dijo que debería ser como yo había deseado, la promesa tenía que cumplirse, yo poseería a la princesa hasta que la marea subiese, y entonces vería la muerte llegar con los ojos abiertos, en lugar de beber el vino drogado según era la costumbre; ya que podía pensarse justamente que una muerte por ahogamiento lento era una muerte con tortura si uno iba hacia ella con plena consciencia, y así ambas reglas se cumplirían. Y volviéndose hacia mí, me preguntó si estaba deseoso y si juraba que no les acarrearía una desgracia por irme hacia los dioses del mar sufriendo, yo les

contesté que lo juraba. Entonces del centro de la caverna fueron retirando las ricas alfombras que cubrían la piedra, y apareció en el suelo una lápida con un pasador; dos esclavos metieron una barra por el y la levantaron, descubriéndose una escalera; y la sacerdotisa, todavía sonriendo, tomó una antorcha en su mano y descendió, yo iba siguiéndola.

Fuimos bajando una escalera espiral burdamente excavada en la roca hasta que llegamos a una cueva natural, de techo bajo y de suelo arenoso, y adiviné que estábamos a nivel del río, ya que la arena y las paredes estaban húmedas y cubiertas de hierbajos. En el centro había un bloque rectangular cuya largura era dos veces su altura y cuya largura igualaba su anchura, este era el altar del sacrificio donde el que iba a ser ofrecido al mar esperaba su llegada. Pero mientras que los que me habían precedido habían permaneciendo dentro tan drogados que no sabían quién venía, yo esperaba al mar, vigilante, ya que ese era el castigo a mi presunción.

Y en aquellas horas mientras que la marea subía me habían ido pasando cosas que muy pocos han soñado y aún menos conocido, y supe porqué Troya fue destruida a causa de una mujer. Porque esa mujer no era una sola mujer, sino todas las mujeres; y yo me había emparejado con ella, no era un único hombre sino todos los hombres; pero estas cosas formaban parte del saber del sacerdocio y, no está permitido hablar de ellas. Y a través de mi felicidad infinita oía a las olas que cada vez más cerca iban rompiendo. Y cuando el agua nos llegó a los pies, la sacerdotisa me besó y me dejó. Y en seguida el agua me cubrió, y yo luchaba por respirar entre las acometidas del agua hasta que dejé de respirar.

Y la visión fue oscureciéndose hasta convertirse en muerte, me desperté, y al despertarme me di cuenta que el asma me estaba ahogando.

## **CAPITULO NUEVE**

No olvidaré aquel ataque mientras viva. Nunca me había dado uno tan fuerte antes o después. Morgan Le Fay, que por experiencias anteriores sabía lo que se avecinaba, salió hacia el coche y fue directa a buscar al doctor. Hice que me abriera las ventanas antes de irse para que me entrara tanto aire como fuera posible y al quedarme solo empecé a oír entre espasmos un curioso y monocorde sonido en el mar que nunca había oído antes.

Sabía que el barómetro había estado bajando durante todo el día muy rápidamente, y me preguntaba si ese sonido no estaba presagiando la tormenta. Una ráfaga de viento bajó por la chimenea, y las cenizas salieron bailando, y entonces empezó a oírse un silbido agudo por encima de la edificación, fue cuando la primera de las grandes olas golpeó con toda su violencia las rocas y escuché el agua caer disparada como una lluvia violenta en el patio. Me di cuenta de que se estaba preparando algo en la atmósfera de dimensiones desconocidas en el fuerte, aunque hayamos sido testigos de desgracias bastantes considerables. Me preguntaba si Morgan Le Fay sería capaz de volver y si el doctor podría hacer algo y fui presa de un repentino pánico al pensar que me podría quedar solo y abandonado toda la noche. Me tendía luchando por respirar y escuchando como iban creciendo el atronar en las rocas y el aguacero en el patio.

Pronto comenzó a sonarme como si algo más sólido que un aguacero estuviera cayendo. Desde donde yo estaba echado sólo podía ver fuera a través de uno de los ventanales, y de repente vi el destello del agua afuera. No creo que el agua llegase más allá del tobillo en el patio, pero al verlo me quedé aterrado. Sentí que le resultaría imposible a Morgan Le Fay regresar y que iba a pasar la noche solo. Me incorporé y luché por llegar a la ventana al otro lado de la habitación, me quedé apoyado contra la columna y mirando fuera en la noche. Estaba muy oscuro pero

con la luz que salía de la habitación podía ver la espuma elevarse en el aire al romper las olas contra las rocas. Era una noche terrorífica, y cada minuto se iba poniendo peor.

Fui convenciéndome de que le resultaría imposible a Morgan Le Fay volver conmigo, y que tenía que arreglármelas solo, cuando vi un destello de luz entrar en el patio y distinguí los faros de su coche. El estruendo de afuera era tal que no la oí en la habitación, y lo primero que escuché fueron unos gritos al encontrar el sofá vacío ya que se le ocurrió que había salido fuera en medio de la tormenta, me llamó por mi nombre y vino hacia mí corriendo y me abrazó ante mi sorpresa, ya que no sabía que tuviese esos sentimientos hacia mí, y cuando casi olvidándome del asma le pregunté qué es lo que ella quería decir con aquello, otro ataque hizo presa de mí.

Entonces, por encima de su hombro, vi al doctor que parecía como si él también se preguntara qué ocurría, y entre los dos me llevaron al sofá. No creo que ninguno de los que pasamos aquella noche en el fuerte podamos olvidarla. De cualquier forma, aquella fue una de las peores tormentas que haya barrido Inglaterra en toda su historia, el viento soplaba a dos grados Sur del Este, lo que significaba que las olas llegaban al fuerte con toda la fuerza del Atlántico detrás. Era como un bombardeo. Incluso echado en la cama en el piso de arriba podía sentir el golpe seco de las olas encrestadas contra los muros.

La tormenta fue creciendo con la marea y hacia la medianoche estaba en todo su apogeo. No había posibilidad de que el doctor volviera, aquí estaba y aquí se quedaría.

El patio estaba inundado, pero gracias a Dios, sólo eran las crestas de las olas y no la sólida base lo que se nos echaba encima y tuvimos suerte de que las ventanas resistiesen, porque la pérgola salió disparada hacia arriba con el viento y por un momento temí que pedazos de ella entraran por la ventana. El estruendo era indescriptible, la galerna producía un ruido agudo y chirriante, y cada saliente de la construcción y de las rocas silbaban en diferentes tonos, luego sobrevino el bramido generalizado del mar en rededor y el continuo tronar producido por las acometidas de plano de las olas sobre el promontorio. Se producía un tumulto impresionante al romper el agua sobre las rocas y caer estallando en el patio. En toda mi vida he vuelto a oír algo parecido.

De cualquier manera, hay algo de estremecedor en todo sonido fuerte, incluso cuando no existe peligro, pero nosotros no sabíamos a ciencia cierta qué iba a acabar sucediendo en el promontorio, ya que una vez que el mar hubiera conseguido abrir una grieta en cualquiera de las troneras, existía una gran posibilidad de morir ahogados, como en la desaparecida Atlántida, y a punto estuvo de suceder, como descubrí una semana después cuando subí a inspeccionar y descubrí los apuntalamientos desplazados de su base en media docena de sitios.

Así que, allí estábamos en medio de aquel estruendo y de la oscuridad, y entonces lo que faltaba para alegrar el patio, el corazón empezó a fallarme.

Yo corrí con la mejor parte, porque me quedé inconsciente y les dejé a los otros con la tarea de enfrentarse con la situación.

Fue entonces cuando me encontré con los dioses del mar. Tuve la sensación de estar fuera de mi cuerpo, flotando hacia arriba y cubierto con una mortaja. Estaba a media altura del fuerte y cubierto por el maremagnum de la tormenta, yo no sentía su fuerza porque me encontraba en otra dimensión diferente a la de los elementos enfrentados. La luna brillaba intermitentemente entre los jirones de nubes, y cuando brillaba podía ver la continua procesión de olas llegando desde el Atlántico en un subir y bajar regular que recordaba a la caballería galopando, y

entonces allí donde la corriente y la marea confluían todo rompió en una confusión de espumas y rugidos, donde el agua estallaba y hervía, al parar su loca carrera los escollos sumergidos.

La luna desapareció detrás de una masa informe de nubes y en las tinieblas el estruendo sonó más fuerte que nunca, después volvió a aparecer, al barrer el cielo la galerna, y pude ver los arrecifes sumergidos rugiendo y proyectando el agua como surtidores.

Entonces me di cuenta que en medio de aquel estrépito había un ritmo y mi oído empezó a diferenciar la colosal orquestación de la tormenta, podía oír los tonos bajos de la turbulenta espuma bajo los acantilados y del clamor de las olas sobre las rocas del promontorio, y también el tono de tenor de la galerna y las notas altas de flautín del viento rodeando las edificaciones.

En medio de todo aquello aparecieron los toques de trompeta y las campanas, me imagino que lo que en realidad sonaba en mi cabeza eran las drogas aunque yo pensara que eran fenómenos síquicos.

En mi delirio me dejaba llevar por la galerna como lo hace una gaviota, planeando contra el viento.

Entonces las caras empezaron a aparecer en las olas que iban conformando saliendo de la espuma agitada por el viento y de las sombras y vi que los caballos blancos tenían jinetes.

Algunos llevaban cascos alados vikingos y armaduras, y las vestimentas y cabelleras de algunos eran agitadas por el viento, y éstos eran los encargados de recoger a los caídos en la batalla y de transportarlos a su grupa hasta el Valhala; y detrás de estos jinetes volantes de la misma manera que la resaca sigue a la ola. Vi a los dioses marinos venir detrás, avanzando con una determinación incesante y no se elevaban por el aire como hacían los jinetes, sino que en las profundidades, su elemento, se movían sin prisas sin descanso, ya que el poder de las aguas está en su base y no en las crestas batidas por el aire. Los "Grandes" se elevaban con la marea, y como la marea nada puede detenerlos.

Sus rostros eran amplios y calmos, ellos eran los que dirigían las masas acuáticas y en su reino su palabra era ley.

Por su gracia, y no por ninguna otra razón existía la vida en la superficie de las aguas o en las profundidades, y sólo podrían vivir aquellos que lo supieran.

Y vi claramente la locura de los hombres que pensaban en poder dominar el mar, ya que sólo por la gracia de los dioses del mar puede el hombre vivir sobre tierra, y si todos ellos reuniesen sus fuerzas presos de la ira podrían hacer desaparecer la tierra bajo las aguas. Y vi que la vida del hombre es como un cordón tensado entre dos fuerzas irresistibles que con un soplido pueden destruirla, pero que sin embargo de ello saca su fuerza.

Porque en la tierra hay un depósito de fuerza elemental, de la misma manera que hay una fuente de vida más allá de las estrellas lejanas, y de la violencia del mar saca la naturaleza del hombre su energía, aunque él respire el aire, ya que todas las cosas no son más que una sola cosa al hacer el último análisis y no hay parte de nosotros que no lo sea de los dioses. Esa respuesta que sentí ante el mar la despertó la tormenta y supe que en el hombre puede haber una fuerza dinámica que contrarresta las fuerzas negativas en los procesos dinámicos de plenitud, pero esto sólo puede ocurrir en un hombre que sea tan cruel como el mar y que la destrucción y su autodestrucción no le importen en absoluto, porque los polos opuestos de esta fuerza son el valor y la crueldad, y hay una verdad en ello que el mundo ha olvidado con el culto al amor.

Al cambiar la marea el mar comenzó a bajar y al abrir el día el médico de Dickmouth se fue en su coche para ponerse en contacto con un especialista de Bristol y con Beardmore, y a su debido tiempo todo el equipo se encontraba ya reunido en el fuerte y mantuvieron lo que a todas luces parecía un post-Morten. El hombre de Dickmouth tenía todo un bagaje de títulos y se guiaba por los libros, el viejo Beardmore, estaba apenas preparado para firmar un certificado de defunción se guiaba por intuición, y los dos se pusieron a disputarse mi cuerpo como una pareja de hienas. A Beardmore le dio por inflarme a morfina, dándome por muerto y obrando como exigen las circunstancias. Los de Dickmouth dijeron que todo eso no estaba de acuerdo con Hoyle, entonces empezaron a discutir sobre la ley de estupefacientes y fue cuando comencé a dejar de respirar. El especialista intervino entonces y me salvó la vida al ponerse de acuerdo con ambas partes imparcialmente e inyectándome un buen chorro de una droga de su invención sin decir a nadie de lo que se trataba, y dormí hasta el día siguiente por la tarde, y me desperté muy animado.

Sabía lo que esa jeringa contenía perfectamente, porque, no se puede engañar a alguien que ha probado la morfina, pero mantuve mi boca cerrada. Estuve más cerca de la eternidad de lo que me hubiese gustado.

Como siempre, tuve una rápida recuperación teniendo a Morgan Le Fay cerca de mí y no tuve esa horrible depresión que normalmente sigue al ataque, y oímos una repentina conmoción hacia el lado del fuerte que da a tierra firme, y gritos de furia que venían de Mrs. Trethowen. Morgan fue a ver qué sucedía y volvió con Scottie. No podía entender porque Scottie había montado tal jaleo. Veía a Morgan intentando esconder sus sonrisas.

Resultaba que Beardmore había informado a la familia de mi situación, y mi hermana con ese aire de mártir que tan bien conozco, había decidido posponer sus obligaciones parroquiales y venir al fuerte para cuidarme, pero Beardmore ¡que Dios se lo pague! Le aconsejó no dejar a mi madre sola y en su lugar se trajo a Scottie.

El bueno de Scottie no tenía coche propio y tuvo la brillante idea de pedirle a su suegro el suyo. Pero, hete aquí, que el suegro de Scottie era el enterrador del pueblo de los alrededores y él tampoco tenía coche sino una especie de furgón funerario en el que transportaba los ataúdes y el personal con las mortajas y demás, y "eso" fue con lo que él y Scottie se presentaron con un llorón profesional al volante.

No hay por qué extrañarse pues, de que Mrs. Trethowen se llevase tal susto al verles llegar.

Nada más oír llegar al viejo Whittles les hice subir, porque siempre le había apreciado. Entró, con cara de no saber qué hacer pues nunca se había encontrado un "cliente" en ese estado antes, y no sabía por donde salir. Sin su cinta métrica estaba perdido. Para hacérselo más fácil, le pregunté qué solía hacer cuando el cadáver se sentaba y le guiñaba el ojo y contestó que eso dependía totalmente de quien se tratase, con algunos atornillaba rápidamente el ataúd.

Morgan le ofreció un cocktail, y tranquilizado empezó a contarnos historias de tumbas. Nunca me había reído tanto en mi vida. Un enterrador fuera de servicio y contando anécdotas puede ser muy divertido. Podíamos también oír las risotadas que desde la cocina nos llegaban donde también los Treths estaban divirtiéndose con el llorón profesional. Entonces, en medio de todo aquello el especialista de Bristol volvió a subir, ansioso de ver el efecto que había tenido en mí su inyección y cuando vio el material de los Whittles en la puerta, llegó a la conclusión de que había terminado conmigo, y le entró un pánico atroz de que su reputación se

arruinase. Menos mal que Morgan le hizo unirse a la fiesta, hubo más cócteles para todo el mundo, y mi convalecencia progresó rápidamente.

Según parecía el abuelo de los Whittles, quién inauguró el negocio, empezó robando cadáveres. ¡Debían haber visto la cara de Scottie cuando le llegó la información!

Sin embargo el especialista de Bristol nos dejó boquiabiertos al confesarnos que su abuelo había sido carnicero. Y yo para no ser menos, les conté que a uno de mis antepasados le habían colgado por ladrón. Hubo otra ronda y se discutió la teoría mendeliana de la herencia. Y al final, cuando la fiesta terminó, Whittles y el especialista eran tan amigos que Whittles se ofreció a enseñarle el atajo que atraviesa las marismas y partieron, yendo el furgón de Whittles a la cabeza y la lujosa limousina del especialista detrás, lo que suponía una alternación en el orden normal de las cosas. El especialista me había aconsejado que, debido al estado de mi corazón, debería guardar cama durante una semana, y fue una semana de la que disfruté de veras. Durante los dos primeros días me quedé en la cama de buena gana y escuchaba tumbado el romper de las olas en las rocas; llegaron después unos maravillosos días de calma y salía a reposar al patio bajo el sol escuchando a las gaviotas que pasaban su vida entre los montones de algas y desechos bañados por la espuma. Había un trozo de fuco con un tallo tan grueso como mi brazo y que medía veinte pies desde la raíz a la punta, también había trágicas reliquias, trozos de madera azul y blanca, y escarlata que sólo podían pertenecer a botes salvavidas. Disfrutamos de maravillosas puestas de sol, como si hubiesen encendido los fuegos de Azrael al oeste, y las salidas de la luna sobre aquel mar nebuloso es algo que difícilmente olvidaré.

Entonces Morgan me solía cantar. Antes no sabía que pudiera cantar. Su forma de cantar era diferente a cualquier otra, era algo entre canción folklórica y jazz, subiendo y bajando en cuartos de tono y muy rítmicos. Y sus canciones no eran como las demás canciones, sino himnos a los antiguos dioses y cánticos de sacerdote. Sobre todo su tono no se parecía a los tonos modernos sino que de primeras resultaba curiosamente sin timbre y desafinado, pero a medida que tu oído se iba acostumbrando a los extraños intervalos, uno se daba cuenta que era música de verdad y que llegaba directamente al subconsciente.

Y cantaba, no con la voz plena de una concertista, ni tampoco con el chillido de una plañidera, sino con el sonsonete mántrico, con un tono que sin ser alto era puro y resonante, y para mí bellissimo, y el ritmo que había en él era como un extraño timbre inhumano, curiosamente metálico y cuando esto se daba, había un cambio de conciencia y ella devenía alguien diferente.

Y fue entonces cuando aprendí algo sobre el secreto de las imágenes mágicas y su uso, pues transportada en las alas de sus canciones se convertía en lo que ella imaginaba ser cuando construía sus imágenes mágicas. Entonces veía a la sacerdotisa de los Atlantes de pie delante de mí, a Morgan Le Fay, a la hija adoptiva de Merlin, instruida en todo su saber. Y una tarde que había estado cantando para mí le dije: "Morgan, te has convertido en lo que has estado imaginando."

Ella sonrió al contestarme: "De esa forma funciona el poder."

Entonces le conté mi visión de la cueva marina de Bell Knowle. y dije: "Suponte que yo también juego a lo mismo, Morgan Le Fay, ¿tendría yo también el poder?"

Volvió a sonreír y dijo "¿Por qué no?".

Entonces le fui contando como en mi visión, ella no había sido ella, sino todas las mujeres, y yo no había sido yo, sino todos los hombres. No pude explicárselo mejor

porque no sabía lo que significaba. Ella me miró extrañada y dijo: "Esa es la llave de la cueva marina de Bell Knowle. ¿No recuerdas —siguió— que en la Atlántida los sacerdotes y las sacerdotisas no se casaban por amor, sino de acuerdo a los ritos?."

"Tu eras más que una sacerdotisa para mí en aquella cueva le contesté, pensé que eras la misma Afrodita."

"Yo era más que Afrodita, era la Gran Madre."

"Pero la Gran Madre es una diosa terrenal. ¿Cómo puedes ser su sacerdotisa y también la Sacerdotisa del Mar?"

"No conoces los Misterios que dicen que todos los dioses son un dios, y todas las diosas una sola diosa, y que hay un iniciador? ¿No sabes que en el despertar de las manifestaciones los dioses tejieron el telar de la creación entre los polos de los pares de opuestos, activo y pasivo, positivo y negativo, y que todas las cosas son estas dos cosas en forma diferente y a niveles diferentes, incluso los sacerdotes y las sacerdotisas, Wilfred?"

"Entonces si no puedes amarme como hombre, Morgan Le Fay, ¿trabajarás conmigo como sacerdote?"

Sonrió con esa su sonrisa y dijo. "Puedo asegurarte que es lo que he estado esperando".

Entonces Morgan Le Fay empezó a contarme acerca de ella, y cómo veía las cosas desde su punto de vista, era una extraña experiencia, ya que nunca me había imaginado que pudiera ver tal "punto de vista" en ningún ser humano.

Me dijo que aquellos que han sido elegidos por los dioses estaban deshumanizados y semideificados.

"Por esa opinión —le dije,— te hubieran quemado en la hoguera no hace demasiados años, y además con razón."

"Los dioses —añadió— son fuerzas naturales personificadas. Y así para ser uno con los dioses hay que llegar a ser un canal de tuerzas naturales. Y lo que digo, no es algo tan raro como te piensas".

Y me contó que los hombres devotos de todas las religiones habían sostenido que era posible concentrar el alma en un sólo punto por medio de la oración y la meditación, junto con la dedicación, y era entonces cuando ocurría que el dios bajaba y poseía al fiel, y el poder del dios brillaba en él como la luz en la lámpara. También me dijo que los antiguos habían conocido cosas que nosotros, los hombres, no habíamos hecho más que intuir.

"Cuando el sacerdote de la luna apareció en el cristal", continuó, "me preguntó si estaba dispuesta a Aprender estas cosas y lo le contesté que sí. Y me dijo que para conseguirlo me debería ofrecer a ellos".

Me enseñó que no hay más que un sacerdocio, que es el servicio del Uno, del que todas las vidas proceden y a lo que todo vuelve, él es lo No-manifestado, y ningún hombre de ninguna época ha llegado a conocerlo, ni llegará. Sólo se manifiesta en sus obras y por ellas deducimos su naturaleza, y su naturaleza es la Naturaleza. El hombre primitivo personificaba sus poderes y los llamó dioses, el hombre moderno los despersonifica y los llama fuerza y factores. Ambos tienen razón, pero ninguno de los dos poseía la verdad total, pues los dioses son fuerzas y las fuerzas son inteligentes y tienen propósitos, porque son expresiones de la naturaleza del Uno.

Y así es, y así es la creación, ya que la creación es la expresión de su naturaleza, y así dicen los oráculos caldeos: "El hombre sabio mira hacia la naturaleza y



contempla en ella el rostro luminoso del Eterno, y la naturaleza humana —me contaba— es una parte de la Naturaleza, y se aprende bastante sobre ella, la Naturaleza y los dioses si lo estudias".

Después me expuso la idea que los antiguos tenían sobre el sacerdocio, que se ejercía a través del espiritismo, pero no era el dios personificado quien hablaba a través del poseído e inspiraba al sacerdote o la pitonisa, ya que el dios personificado era la forma bajo la cual representaba estas potencias para él, y el dios real estaba sin embargo lejos, pero el sacerdote, eclipsado por el dios, manifestaba sus poderes y lo que estaba latente en él salía fuera, y por un tiempo se convertía en lo que todos los hombres en estado de perfección.

Y me contó que todos los hombres lo poseen, que viene dado por su naturaleza masculina, el ser sacerdotes, y que todas las mujeres llevan en sí el ser sacerdotisas, pues el Surco de toda vida creó los mundos dividiendo su Unicidad no manifiesta, en la manifestación de la Dualidad, y nosotros al ser creados mostramos en nuestros seres la realidad no creada. Todo alma viviente tiene sus raíces en lo No-manifestado y de ello obtiene su vida y volviendo a lo No-manifestado sentimos la plenitud de la vida.

Pero por ser seres limitados e imperfectos no podemos manifestar el Infinito en su totalidad, y al estar encarcelados en el nivel de las formas, sólo podemos concebir lo Sin-forma, tanto como las mentes acostumbradas a la forma pueden imaginarlo. "Y eso —dijo Morgan Le Fay— no está tan lejano, yendo las matemáticas más allá. Pero nosotros que somos seres humanos, Wilfred, y que queremos conocer a Dios en sus manifestaciones de la Naturaleza vemos el rostro luminoso de lo Eterno en la bella forma de los dioses. Y de esa forma —dijo— aprendemos más y podemos hacer más que si fuéramos detrás de esencias abstractas que se nos escapan."

Me contó cómo el Sacerdote de la Luna, quien le instruyó a ella le había ordenado volver al gran No-manifestado y dedicarse al Uno, dejando a un lado las manifestaciones menores.

Y habiendo tomado esa dedicación y alcanzado esa realización, y encontrado las raíces de su ser, él le ordenó ver a la vida única manifestándose en todas las cosas y en ella también. Y le enseñó que la vida manifestada tenía dos modos o aspectos, el activo, dinámico, estimulante, y el latente y potente que recibe el estímulo y reacciona ante él. Le mostró cómo cambiaban de lugar uno y otro en un baile sin fin, dando y recibiendo, acumulando fuerza y descargándola, nunca quietos, nunca estabilizados, siempre en un estado de flujo y reflujo, como el manifestado por la luna y el mar, y las mareas de vida, en la pleamar y la bajamar, al crecer y decrecer la luna, creando y destruyendo en la danza de la vida acompañados por la música de las esferas y le mostró cómo al pasar el sol por el estrellado cinturón del Zodíaco se produce la mayor de las mareas.

"Todas estas mareas zodiacales —dijo— son las iluminaciones de la fe y hoy el sol está pasando por Acuario, el signo del hombre, y los antiguos dioses están volviendo y el hombre se encuentra con Afrodita y Ares, y con el gran Zeus, en su propio corazón, pues esta es la revelación de los siglos".

Morgan Le Fay me explicó que ella había elegido el culto de la gran diosa, la Madre primordial. Y esta diosa estaba simbolizada por el espacio, el Mar y las zonas más íntimas de la tierra. Ella era Rhea, y Gea, y Perséfone, pero sobre todo nuestra madre Isis en la cual todas las anteriores están resumidas pues Isis es ambas cosas, diosa del grano y reina de los muertos —que también son los no nacidos— y el creciente lunar está sobre sus cejas. Bajo otro aspecto ella es el mar, dado que la vida se originó en el mar, y en su aspecto dinámico ella creció de entre las olas

de Afrodita

Y Morgan Le Fay, persiguiendo estos objetivos, había estudiado los símbolos de un culto tras otro, ya que todos adoraban lo mismo con diferentes aspectos hasta que al final encontró cómo sincronizar su naturaleza, y no era la austera fe egipcia, ni los radiantes dioses de Grecia, ni el culto primordial bretón que tenía sus raíces en la Atlántida, el cual lo comparten los morenos celtas jónicos con los bretones y los vascos.

Por esto —iba diciendo— es más antiguo que los dioses del norte y hay más sabiduría en él, porque los dioses del norte están embrutecidos, ya que son las formulaciones de hombres guerreros, sin embargo la gran diosa es anterior incluso a los dioses que hicieron a los dioses, ya que los hombres conocieron la función de la madre mucho antes de conocer el papel del padre, y adoraron al Pájaro del espacio que puso el Huevo primordial mucho antes que al sol como fecundador.

Concebían a todo ser como proveniente del mar, y tenían razón, porque hubo un tiempo en el que las aguas cubrían la tierra, de lo cual son testigos las escrituras y los sedimentos geológicos.

Después llegó el momento de aprender el papel del padre, y buscaron en la naturaleza al padre fecundador de todas las cosas y lo creyeron encontrar en el sol. Así pues adoraron al sol tanto como al mar, pero el culto del mar es anterior, porque es el de la Gran Madre.

"Pero en mi dedicación a la luna y el mar", dijo Morgan Le Fay, "yo escogí la parte que es pasiva, y tuve que esperar al advenimiento del fecundador, y todavía estoy esperándole"

¿Podría ser —le dije yo— que yo tomara ese papel? porque Morgan Le Fay, yo te amo".

"Podría ser —dijo ella. Podemos intentarlo. Y no importa el que me ames o no si puedes conseguir ese poder".

"Pero a mí sí me importa."

"Pero no a mí, porque soy una sacerdotisa con dedicación, y si te importa a ti no podrás conseguir el poder".

Yo no entendí lo que quería decir, pero lo supe luego.

"¿Con cuántos hombres has probado esto, Morgan Le Fay?"

"Con muchos, Wilfred Maxwell, —contestó— y de todos ellos he sacado algo, pero ninguno me ha dado todo, y estaba empezando a pensar que no lo conseguiría, cuando te conocí".

"Pero seguramente —dije— con mi mala salud, puedo darte menos que la mayoría".

"Al contrario, hay posibilidades en ti que no había notado antes".

Y me dijo que en todo ser hay dos aspectos, el positivo y el negativo, el dinámico y el receptivo, el masculino y el femenino, y eso es demostrable a nivel rudimentario en cualquier ser físico. En un ser normal uno de estos aspectos es dominante y otro receptivo, y esto determina el sexo, pero aunque el receptivo esté latente, sin embargo, allí está, y es bien sabido por aquellos que estudian las anomalías en el desarrollo y la enfermedad y todavía lo saben mejor los que estudian las anomalías del alma.

Pero los antiguos no se preocupaban por las anomalías, sino que consideraban al alma bisexual y que como uno u otro aspecto se manifestaba en el mundo de las

formas, el aspecto alternativo estaba latente en el mundo del espíritu, y si miramos dentro de nuestros corazones veremos hasta qué punto esto es verdad, porque cada uno de nosotros tiene dos caras en su naturaleza, la cara que se realiza en su dinamismo, y la cara que yace latente, esperando la inspiración y que no aparece a menos que se le invoque. "Y esto —dijo— es la cara mayor en nosotros, y en un hombre en su naturaleza espiritual, y en una mujer su potencial dinámico".

Entonces me dijo cómo de alguna manera había en las dos caras una aproximación al equilibrio, sin sufrir ninguna anomalía física o institucional, sino a nivel de temperamento, ya que las anomalías se deben a la represión del factor dominante, mientras de lo que ella hablaba era de un alma de dos caras que encontraba su expresión a través de su expresión más alta y esto era resultado del trabajo de iniciación en sus vidas pasadas.

"Aprendí estas cosas en la Atlántida, cuando pertenecía al clan sagrado —dijo, y el recuerdo volvió a renacer en mí y siempre lo había sabido. Pero no creo que tú hayas sido alguna vez iniciado en el sacerdocio, pero la chanza que le hiciste al sumo sacerdote de Ben Knowle te hizo conseguir algo, aunque no sé hasta donde, y eso ha de comprobarse.

"Por lo menos forjé un vínculo personal contigo".

"Las sacerdotisas no tienen vínculos personales —ella contestó.

"Sin embargo, ellas sirven, no persuadiendo de continuo", dije. Ella se puso alerta. "Puede que todos mis sueños y mis visiones se hayan originado por lo mismo, represión sexual y necesidad de conocer, pues Dios bien sabe que cualquier hombre a niveles subconscientes está lleno de frustraciones."

"Por supuesto esa es la teoría alternativa", replicó Morgan sin parecer darle importancia.

"¿Y puede ser, Miss Le Fay Morgan, que ambas cosas, tu sacerdocio y tu herencia no sean más que bajo el deseo imágenes mágicas?"

"¿Qué es lo que es verdad?", preguntó imitando a Pilatos.

"Te sugiero que dejes de hacerte la tonta conmigo, no sea que mi socio y yo nos pongamos a investigar tus antecedentes seriamente."

"Morgan rió". "Aunque mi sacerdocio sea una imagen mágica por lo menos ha servido para despertar en tí tu virilidad, Wilfred Maxwell".

Aquel fue un argumento de peso ante el que sucumbí.

Entonces dijo algo por lo que en el estado en que me encontraba, podía haberle dado alegremente un golpe.

"¿Te das cuenta Wilfred, cuánto de mujer hay en tí? Quiero decir que tu naturaleza es predominantemente negativa".

"No tan negativa como tu piensas, Morgan Le Fay. Habiendo vivido toda mi vida con mujeres, he aprendido a asumir un cierto colorido protector. Puedo dar y dar vueltas con tal de evitar un problema, pero normalmente llego al final a donde quiero".

"Yo no quiero decir eso tampoco. Sé que no eres tan suave como pareces. Quiero decir que no eres positivo y dinámico como la mayoría de los hombres".

"Bueno, mi querida joven, no tengo el físico que se requiere. Tu no puedes pretender ser un hombre fornido "macho" pesando menos de sesenta kilos y librarte de una paliza. ¿Y crees que a un hombre le puede gustar que le llamen "media mujer"? .Y cuánto más cierto es, menos le gusta".

"Creía que ibas a poderlo entender un poco mejor".

"Pues creías mal. Sé que en aquella época de la que tú hablas los sacerdotes de la Gran Madre, se auto-castraban en su honor, pero yo no voy a hacerlo. ¡Vete al infierno, Morgan Le Fay!".

"Hay una relación vulgar que puedes obtener con cualquier mujer de tu especie y hay una sutil y mágica que es muy escasa ¿Cuál prefieres?"

"¿Tengo posibilidad de elección? ¿No tendré que conformarme con la que se me da?"

"Sí —dijo ella, me temo que así tendrá que ser, pero siento que te lo tomes así, porque podría darte mucho más."

"¿Por qué te tomas todas esas molestias conmigo, Morgan Le Fay? Tengo la seguridad que no sólo para hacerme un favor, aunque me hayas dicho repetidas veces que las sacerdotisas no tienen preferencias en sus asuntos."

"Porque Wilfred, si tú y yo podemos hacerlo, abrimos camino a los que vienen detrás de nosotros, y traeremos a la actualidad algo que ha estado perdido y olvidado, y que se necesita desesperadamente"

"¿Qué, es qué?"

"El conocimiento de lo sutil, la relación magnética entre un hombre y una mujer, y el hecho de ser parte del todo superior ¿Recuerdas cómo te sentiste en la cueva, y que yo era todas las mujeres y tú todos los hombres? ¿Te acuerdas cómo nuestras personalidades se apartaron y no éramos más que meros canales de fuerza, el positivo y el negativo de las fuerzas con las que se efectuó la creación?"

"¿Y cómo, cuando esto sucedió, los poderes primordiales corrieron por nosotros desde lo No-manifestado, y que fue algo tremendo? Esto era lo que las sacerdotisas instruidas en el templo buscaban y también las heteras, y que es lo que nos falta en nuestro entendimiento moderno de las cosas? Puedes ver que hay docenas de matrimonios que cada año tienen un hijo y sin embargo algo falta."

La gente piensa que el sexo es algo físico y que el amor es algo emocional y no se dan cuenta que hay algo más entre un hombre y una mujer que es magnético, de la misma manera que la brújula gira hacia el polo, y que en ellos no hay más que lo que hay en la brújula, pero es algo que pasa por ellos y les utiliza, y pertenece a la Naturaleza. Es lo que me ha mantenido joven. Wilfred, cuando yo debería ser una vieja, y es lo que te está haciendo a ti, que eras un niño mimado, ser tan batallador como un gallo en un corral."

"Entonces, en ese caso, es algo que seguramente estoy mejor sin ello, porque era joven hasta que te conocí".

"Serás un joven de mejor calidad antes de que haya terminado contigo".

Dijo Morgan Le Fay "¿Pero tu lo entiendes ¿verdad?, porque no me caso contigo?. Físicamente puede aparentar ser una mujer joven, pero mentalmente soy una mujer vieja, muy vieja, y el tipo de cosa que tu necesitas no tiene sentido para mí y no quiero atarme con un matrimonio, y si lo hiciera creo que de repente me convertiría en el vejestorio que realmente soy."

Yo no te amo, Wilfred, pero siento una simpatía inconmensurable por ti, con lo que aprenderás conmigo podrás ser capaz de amar de veras a cualquier mujer joven."

¿De veras crees Morgan Le Fay, que después de conocerte, sería capaz de amar a otra?"

"Sí. Así espero, Wilfred. Si hago mi trabajo como Dios manda, podrás hacerlo. Por que lo que quiero estudiar contigo es la forma de poder abrir esos canales y conseguir ese poder".

"Es una proposición bastante fría —le dije— pero supongo que debo agradecértelo por todos tus pequeños favores, y debería acostumbrarme a ellos, pues es todo lo que tengo".

Conocía la clase de "cuchillo" dorado que Morgan Le Fay me tenía destinado y que la historia se estaba repitiendo a la perfección, y que como el esclavo azteca, gozaría de todo un año en el que se me trataría como a un rey y que después vendría el final y que sería lento y doloroso.

Al día siguiente me puse a trabajar de nuevo en la tabla con el mar tormentoso como tema, y le pinté con las espumas que coronaban las olas, la batalla alocada de los jinetes galopando sobre sus corceles, y en los fondos de color añil situé los rostros desolados, calmos y despiadados de los grandes dioses.

## **CAPITULO DIEZ**

El lunes siguiente yo no estaba bien ni mucho menos y me encontraba muy nervioso e impaciente, así que Morgan me llevó en su "coupé" a Starber donde telefoneé a Scottie y acordamos quedarnos en el fuerte otra semana. Era excesivo por parte de Morgan mantenerme y no sé por qué lo hizo porque yo era un niño tan quisquilloso como mimado.

Cuando volvimos del viaje de Starber la última crecida del mar que siguió a la tormenta había disminuido si bien los días felices continuaban y los cazadores de la luna navegaban de noche en un cielo nuboso sobre el mar. Una noche perfecta y calmada nos dirigimos hacia la cima de la loma, pasando por entre los montones de piedras caídas del antiguo culto, hasta que llegamos al lugar donde el pilón derruido yacía en la hierba.

Nos sentamos en el dintel caído y vimos salir la luna por detrás de Bell Knowle. Salió con olor naranja empañado por que había niebla sobre los pantanos, pero enseguida se aclaró y subió por el cielo sin nubes como un barco a toda vela, pequeños retazos de nubes encendidas que iban en dirección opuesta le daban apariencia de velocidad. Era una cosa extraña mirar esa gran luna de plata, que parece tan cerca e iba a tal velocidad.

En nuestros días todo el mundo sabe el efecto que la luz del sol tiene sobre la salud y la vegetación, pero Morgan me dijo que había una antigua y perdida sabiduría sobre el poder de la luz de la luna, cómo afecta a la vegetación de una forma que no percibimos con nuestro incierto clima insular, pero en lugares donde la luz del sol es constante saben el efecto de la luna y tienen cuidado en sembrar las semillas y cortan la madera de acuerdo con sus fases.

Ella me dijo también que la luna tiene un profundo efecto en los estados de humor y mentales, como es bien sabido por cualquiera que tenga algo que ver con las enfermedades mentales, e incluso los que nos consideramos supuestamente normales, estamos más afectados que aquellos que eligen creer.

"Quizás esto es lo que me hace a mí tan intratable", dije alegre de tener la suerte de encontrar algo a lo que echarle la culpa.

"Sí", dijo Morgan bastante seria, "probablemente es eso, la luna intensifica todo y lo lleva a su propia crisis, nunca te has fijado en cuantas crisis tienen lugar cuando la luna está llena?".

¿Qué crisis estás esperando ahora?

La crisis tuya y mía, dijo y me cogió del brazo caminando conmigo hasta el final de la loma por la cara que miraba a tierra. No dije nada por que no tenía nada que decir.

La niebla que subía de los pantanos daba la ilusión de que había agua allí, donde caía la luz de la luna, y Bell Knowle, sobresalía como una isla en medio de un mar nebuloso.

Bajamos al fuerte y entonces paseamos sobre las rocas hasta el promontorio. La marea estaba muy baja esa noche por que la luna y el sol estaban por una vez haciendo causa común.

"Wilfred", dijo Morgan Le Fay, ¿encendemos un fuego marino en el promontorio?, miré donde ella señalaba y vi que una superficie de piedra grande y plana como una mesa, obviamente artificial, estaba subiendo lentamente de entre las ondas. Era el fin de la marea menguante y en media hora la marea volvería a subir, así que no había tiempo que perder. Morgan y yo trabajamos duro a pesar de su encantadora túnica de seda de color verde mar, y levantamos una pila de ramas de enebro mezcladas en madera de cedro y sándalo, la hicimos piramidal por que así era la antigua costumbre, y cuando los hierbajos que parecían pelo en el borde de las rocas, se dieron la vuelta y empezaron a extenderse hacia el otro lado, pusimos una cerilla en la pila.

Ardía muy bien, como suele hacerlo el enebro, las llamas saltaban de rama en rama arrojando una lluvia de chispas que caracteriza al enebro cuando arde, en el corazón de la llama el cedro y el sándalo ardían con un calor más fuerte, y el humo perfumado iba cayendo sobre el mar.

En seguida vino una pequeña ola plateada barriendo la superficie de la roca y encontrándose con la base de la hoguera, un furioso siseo le replicó y una línea de tinta negra cortó el círculo perfecto de la llama, haciendo que la pira pareciese una luna gibosa. El mar lo pensó mejor y se estuvo quieto durante un rato después de esto. Luego con la marea ascendente detrás de él, el mar creciente envió otra ola a través de las rocas. Furiosos siseos y nubes de vapor salieron del fuego crepitante, y entonces vimos algo curioso, la cumbre de la pira siguió ardiendo, coronada con llamas y con humo perfumado, pero estaba rodeada por agua.

Lentamente la marea se hizo más alta, pero la cresta ardía más vivamente que nunca, el mar no podía aceptar fácilmente el sacrificio y devorar su presa. Por fin, la base terminó minada por el trabajo de la marea, todo el fuego piramidal colapsado por el agua oscura que ascendía en una lluvia de chispas y tizones ardientes que volaban siseando a través del suave movimiento de las olas, y yo oí otra vez como había oído en mi sueño, el olor ácido de madera que arde y esta apagada por agua salada.

Y entonces vino a mi una visión del mar como la fuente de todas las cosas. Le vi depositar las rocas sedimentarias y retirarse dejándolas en tierra. Vi el lento proceso de los líquenes y de los elementos que transforman las rocas en el suelo, vi al mar elevarse y tomarlos otra vez como fango primordial, y de ese fango surgir la primera vida.

Y vi la vida originarse a partir de ese barro y como le crecían pies y alas. Entonces supe por qué Morgan adoraba al mar, que es la primera cosa creada y más cercana a lo primordial que ninguna otra.

Esa noche no pude dormir me senté en mi cama y fumé un cigarrillo detrás de otro, y miré a la luna ponerse.

Bajaba con un color cobre empañado tal como había subido ya que se había acumulado una neblina sobre las aguas y pensé que el tiempo estaba a punto de

cambiar.

Quizá fue por que la visión de ese disco brillante me había hipnotizado por lo que empecé a ver claro el principio de todas las cosas. Recordé la palabra griega "pantarhei" y que la madre de los dioses fue Rhea. Busqué en las inconmensurables profundidades del espacio interestelar y vi levantarse una fuente de la que manaba agua como luz de luna líquida escanciada en infinita abundancia.

Esta —pensé— es la primera fuente de vida. Observé el líquido luminoso arremolinarse en un gran pozo en las profundidades del espacio. Vi corrientes que se levantaban en el pozo y enseguida empezaron a dar vueltas y saliéndose de ese movimiento circular, subían hacia los soles. Y supe que el agua tiene dos estados de ánimo —el agitado y el tranquilo y hasta que no está tranquila no puede la vida surgir en ella, y habiendo aprendido que el principio de las cosas se refleja en su naturaleza, pensé que debía haber en nosotros esa corriente de nuestras energías y su agrupación en un pozo profundo, y que esas cosas debían estar bajo el ritmo de la luna. Y estando reconocido que corresponde a la naturaleza del hombre, el ser predominantemente dinámico como la primera efusión; y que corresponde a la naturaleza de la mujer el ser predominantemente un pozo profundo donde la vida se forma.

Pero supe también que debe haber un ritmo alternante en estas cosas, y que quizá es este ritmo lo que hemos olvidado.

Entonces empecé a ver donde había estado con Morgan Le Fay, y por que ella había visto en mí posibilidades que no había encontrado antes en otros hombres que habían sido amigos suyos. Quizás había sido mi crianza entre mujeres, o quizá mi mala salud, o quizá que era hijo de unos padres de edad avanzada, pero el caso es que en mí el dinamismo físico es bajo. Yo no soy nunca realmente viril a menos que sea un capricho de Morgan, que por otro lado era una mujer extraordinariamente vital. Entonces vi porqué debe haber sacerdotisas tanto como sacerdotes; por que hay un dinamismo en una mujer que fecunda la naturaleza emocional de un hombre tanto como él fecunda el cuerpo físico de ella, esto es una cosa olvidada por la civilización moderna que estereotipa y convencionaliza todas las cosas y olvida la luna, nuestra señora de flujos reflujos.

Entonces vi que Morgan estaba jugando conmigo; que estaba tratando de descubrir la manera en que esta fuerza perdida trabajaba. La mayor parte de los hombres no le dejarían hacerlo, por que es una convención del macho llevar la iniciativa a toda costa. Pero aparte de nuestras convenciones hay una Naturaleza primordial, y lo comprendí por que las mujeres vampiresas tienen tanto éxito y las amables y generosas son arrinconadas en un estante.

Los hombres no quieren a las mujeres que dan y dan sino a las que les piden cosas, y así les hacen sacar su fuerza.

Son las mujeres como Morgan Le Fay, que no se dan completamente a ningún hombre las que son más amadas, y no las mujeres que se dan del todo. La luna llevaba dos días llena y el barómetro estaba descendiendo, así supe que los días felices no podían durar siempre. Después de la cena fuimos al promontorio y observamos la sombra de Bell Head empequeñecerse sobre el mar, mientras que la luna se elevaba más y más.

Sólo se podía ir por una fila de rocas, y Morgan iba delante de mí; no me prestaba ninguna atención y vi que quería estar sola con sus pensamientos, así que no la seguí hasta el final y me senté en los restos de la balaustrada fumando y observándola.

Estuvo de pie durante mucho rato mirando la luz de la luna en el mar hasta que

la sombra del promontorio llegó hasta sus pies, entonces se volvió y miró hacia arriba con la luz de la luna, cayendo de pleno sobre ella.

Era como una estatua, tan tranquila y perfectamente formada. Entonces levantó sus brazos hacia el cielo hasta que parecieron los cuernos de la luna, y empezó a cantar una de sus extrañas canciones que había estado cantándome los últimos días y que contribuyó no poco a mi falta de descanso y a mi estado de turbación, pero esta vez estaba cantando con el poder de la evocación.

*¡Oh Isis velada en la Tierra pero brillando en los altos cielos, ahora la luna te trae cerca! ¡Oye las palabras de invocación, óyelas y aparece! ¡Shaddai, el Chai y Ea Binah, Ge!*

Impelido por no sé qué poder, me levanté y caminé hacia ella y cuando estuve lo suficientemente cerca para ver su cara a la luz de la luna, vi que no era Morgan Le Fay en absoluto y que sus ojos eran muy extraños, grandes e inhumanos, ni siquiera eran los ojos de la Sacerdotisa del Mar, sino que era la diosa del mar en persona levantó sus brazos como los cuernos de Hathor y cantó a la luna y al mar.

"Yo soy la que antes de que la Tierra fuera formada; era: Ea, Binah, Ge.

*Yo soy la que antes de que la Tierra fuera formada, era Ea, Binah, Ge.*

*Yo soy el silencioso, infinito, amargo mar, fuera de cuyas profundidades la vida fluye eternamente.*

*Astarté, Afrodita, Ashtoreth-*

*dadoras de vida, traedoras de muerte.*

*Hera en los cielos, en la Tierra Perséfone,*

*Levenáh de las mareas y Hécate.*

*Todas esas soy yo, y ellas se ven en mí.*

*La hora de la gran luna llena se acerca.*

*Oigo las palabras de invocación, óyelas y aparece.*

*Isis desvelada y Ea, Binan, Ge,*

*Voy delante del sacerdote que me llama.*

Y supe que me gustase o no estaba elegido para el papel de sacerdote del mar.

Los brazos de Morgan, bajaron despacio de la postura de cuernos de la luna hasta que estuvieron horizontales y entonces empezaron a moverse hacia atrás y hacia adelante con un curioso movimiento de vaivén al que las mangas largas y sueltas le daban la apariencia de olas que bateaban despacio. Los ritmos de murmullos y lamentos elevándose y cayendo en cuartos de tono con sus ritmos repetitivos me sujetaron como al pájaro le sujeta la serpiente, y paso por paso fui hacia ella, hasta que mis palmas extendidas fueron apresadas por las suyas y yo de repente me di cuenta de que no tenía en mis manos, las manos de mi mujer, sino los polos de una batería muy poderosa. Las vibraciones de los antiguos ritos por los que los hombres han invocado siempre a los dioses se habían despertado en esa extraña voz que cantaba, y yo sabía que con el toque de sus manos ella había traído algo del Cielo, que pasaba de ella a mí, e igualmente a la Tierra.

La marea estaba subiendo y el mar de fondo estaba lamiendo suavemente la roca sobre la que estábamos, y nos tocaba el pie, y nos tocaba el tobillo, amenazando peligro. Una nube pasó por delante de la luna y estuvimos en total oscuridad. Una ráfaga de aire frío del Noroeste vino susurrando sobre el agua y



supe que el tiempo había cambiado. Siguiendo al viento, entró una ola y rompió en las rocas, y luego otra y otra. Vi la ropa de Morgan flotando sobre el agua y la traje hacia mí, ella me siguió como una sonámbula. Era un asunto arriesgado guiar a esta mujer que se movía ciegamente, con las olas rompiendo a nuestros pies en la oscuridad y con el viento soplando tan fuerte; pero paso por paso lo hice y la puse a salvo en las escaleras. Estaba demasiado preocupado pensando en nuestra mutua salvación como para pensar en mí mismo, pero tan pronto como la llevé al patio delantero donde la luz de las ventanas brillaba y podíamos ver lo que estábamos haciendo, ella abrió de pronto los ojos y me miró como alguien que despierta de un profundo sueño y supe que algo muy extraño había pasado entre nosotros.

Al día siguiente todo parecía un sueño, Morgan Le Fay, no hizo mucha referencia a ello ni yo tampoco. Hay cosas que se pierden si uno habla de ellas. Se levantó un vientecillo y cayó una lluvia fría y no nos movimos en todo el día sino que nos sentamos junto al fuego y leímos y tuvimos muy poco que decirnos.

Hacia la hora de acostarnos, cuando estábamos sentados, junto al fuego que se extinguía, tuve un súbito impulso de coger la lamparita de leer que estaba junto a mí, e ir al extremo de la habitación y estudiar el dibujo que había empezado en el amplio espacio de escayola, roto tan solo por una puerta en la esquina.

El dibujo era sobre uno de esos palacios de mar con sus iridiscentes cúpulas como burbujas en la espuma y las crestas de las olas rizadas sobre el cielo; con serpientes de mar gemelas enroscadas en los pilares del pórtico y tesoros de galeones naufragados diseminados en sus patios. En el centro sentado en el trono de los reyes del mar, había una figura vestida de color plata como las olas cuando rompen, la cual yo había planeado que sería Morgan Le Fay, cuando me viniera la inspiración para pintar su cara, pero todavía no me había llegado, y sólo la sombra de sus rasgos estaba levemente indicada.

Pero mientras estaba allí, sujetando la lámpara en una mano y escogiendo los pinceles con la otra, supe que ese momento había llegado, el momento de pintar su cara. Morgan Le Fay, estaba medio dormida sobre un libro, en el otro extremo de la habitación, sin prestarme ninguna atención, y yo empecé a trabajar, sujetando la lámpara con una mano y pintando con la otra, con aquella luz oscilante también como pude. No necesitaba ningún modelo por que la conocía muy bien. Conocía cada línea y cada curva suya.

Pero mientras pintaba, vi que no era el rostro de Morgan Le Fay, lo que estaba tomando forma bajo mi pincel sino el rostro de un hombre de facciones afiladas, ascético que no era de este mundo, y los ojos, eran los ojos más maravillosos que yo hubiera visto jamás en un lienzo a pesar de que los había pintado yo. Me miraban de frente y yo les devolvía la mirada. Entonces, sin saber qué impulso me poseía, pinté un gran cristal entre las manos de Morgan Le Fay, un cristal es una cosa muy difícil de pintar, pero lo hice y capté la luz como si saliese de su interior.

Tan pronto como terminé y me paré a mirar el resultado sin saber que hacer en él, oí un sonido detrás de mí, era Morgan Le Fay. Miró lo que había hecho durante un gran rato y entonces se volvió hacia mí y dijo: "Este es el Sacerdote de la Luna".

Tenía la sensación de mantener mis figuras en las sombras para que el alma no pudiera trascender la confección de mi mano. Los rasgos del sacerdote de la Luna estaban allí, pero difusamente y la imaginación tenía que completar la pintura. No representé al sacerdote sino que lo evoqué.

Pero lo que importaba no era lo ascético del asunto sino lo que resultaba de ello. A través de estas pinturas, el Sacerdote de la Luna entró a formar parte de mi vida, y era una persona muy interesante de conocer, incluso más curiosa que Morgan Le Fay, bien sabe Dios que era muy extraño, parece un poco raro decir esto, pero la

figura en sombras que había surgido en mi dibujo, me inspiraba el mismo tipo de sentimiento que me inspira cualquier personalidad dinámica.

Yo juzgo una personalidad no tanto por lo que dice o incluso por lo que hace sino por como me afecta. Una personalidad, produce siempre en uno una reacción de una clase o de otra, y no necesariamente una reacción agradable. El Sacerdote de la Luna tenía una personalidad muy marcada, y si era el producto de un subconsciente, estoy muy orgulloso de él. A veces me preguntaba quien era él, si me estaba engañando a mí mismo, cada vez que la encontraba de nuevo sabía quien era, más allá de toda duda, y él dejó su marca en mí.

Al principio pensé que había sido el Sacerdote del Mar quien había estado con mi impertinencia cuando yo me había sacrificado y estaba asustado por que pensé que un enemigo había seguido mi rastro; y luego empecé a ver que no era así, sino que había algo más importante que aquello. Me pareció que era el Sacerdote del Mar, el que estaba detrás de Morgan Le Fay, el que le había traído de la Atlántida, cuando su sabiduría le advirtió que la catástrofe final iba a suceder.

Pude ver la escena claramente como si fuera una pintura viva grabada en la memoria, la ciudad sagrada construida junto a la montaña que había sido un volcán al igual que Pompeya y Herculano, fueron construidas en tiempos históricos. Pude ver la gran llanura aluvial que se extendía lejos de una fila de montañas, la tierra aparecía al retirarse el mar, y en la mismísima frontera entre la tierra y el agua surgía el gran cono.

Era plano en su cima, no piramidal, por que en algún cataclismo anterior había erupcionado su cráter, igual que le sucede a los volcanes, y a esa altura de la cima, estaban los edificios blancos del clan sagrado —el gran templo del sol con sus patios abiertos pavimentados con las alternancias blancas y negras del mármol y del basalto, y sus dos pilares que eran los dos gnomos gemelos de un reloj de sol, uno para el sol y otro para la luna, los cálculos de la hora se hacían según la forma en que las sombras atravesaban los patios, era el prototipo —me dijo Morgan— del templo del rey Salomón, y de todos los templos de los misterios que vinieron después.

Alrededor del templo había edificios con pórticos y columnas con espacios para las Atlantas, que a pesar de tener una gran sabiduría no poseían el secreto del arca, también, como entre los antiguos egipcios, estas eran las casas de los escribas y sacerdotes que servían al templo y detrás de éstas estaba la casa de las Vestales, construida alrededor de un patio sin ventanas al exterior.

Allí fue donde Morgan Le Fay, se hizo mujer.

Dentro había muchos patios que se comunicaban y que estaban rodeados de habitaciones y columnatas y había estanques con escaleras donde crecían las lilas sagradas y sobre ellas caían árboles parecidos a los morales, viejos y retorcidos de cuya corteza emanaban fragantes resinas que ardían en los templos. Las jóvenes sacerdotisas estaban sentadas bajo los árboles tejiendo con el huso y la tortera que son más antiguos que la rueca, creo que no usaban de la rueca en Atlanta más que el arco.

Desde la casa de las Vestales un pasadizo subterráneo conducía al templo y los sacerdotes, que carecían de cualquier pasión, observaban la educación de las sacerdotisas jóvenes al cuidado de las mujeres sabias. Por este camino eran conducidas al templo cuando la ocasión lo requería, sin poner nunca los ojos en el mundo exterior ni en ningún hombre extraño, y por este camino volvían cuando su trabajo estaba terminado, y no siempre vírgenes.

Debajo del templo un camino conduce por un sendero de lava, al mismo corazón

del volcán, y allí dentro estaba excavada una cripta donde una gran llama ardía continuamente, advirtiendo a los que tenían ojos para ver que la montaña no estaba muerta sino dormida. Esta llama encendida por la misma tierra era para ellos el símbolo de su fe; entre todos los fuegos hay uno en la propia naturaleza.

Aparte de las tres claves: volcánico, solar y terrestre. Era el chispear de esta llama lo que advertía al Sacerdote de la Luna de que la catástrofe, profetizada hacia tiempo, era inminente.

El Sacerdote de la Luna era una persona distinta de los que atendían el fuego si bien, siendo joven, había sido entrenado como ellos lo habían sido. El había visto que el culto estaba cayendo en un proceso diabólico y que había que volver a la fe pura y antigua, haciendo volver el río a su cauce hasta llegar a su fuente más pura, y adoró a la Gran Madre, bajo sus formas de luna y de mar, hacía bien por que en ella se escudan los secretos de la vida humana, si bien en el padre están las llaves del espíritu.

Estando en su plenitud empezó a buscar una tierra donde pudiera haber vida sin mancha alguna por que la raza estaba en decadencia y viajó en los barcos del estaño a las Islas del mar, donde el imperio del comercio del rey del mar estaba establecido —lejanos centros comerciales donde los hombres llevaban cosas extrañas, los tintes azules y púrpuras, plantas medicinales y plata. Y cuando llegó el momento en que la llama chispeante dio el aviso, el antiguo Sacerdote del Sol, demasiado débil para tan ardua tarea, pero sabiendo lo que se acercaba se preparó para morir en su templo. Puso en las manos del hombre más joven los pergaminos y símbolos sagrados y fueron de noche por el pasadizo subterráneo a la casa de las Vestales, miraron a las muchachas jóvenes mientras dormían bajo la luz de la luna y eligieron una que había sido preparada para servir a su propósito la levantaron y se la llevaron envuelta en una capa negra mientras que las otras dormían.

Y ella vio por primera y última vez bajo la luz de la luna los espacios amplios de la llanura donde los lanceros y los tiradores de jabalina adquirían sus habilidades y donde los jinetes montaban a caballo; y siguió en el zigzagueante y procesional camino hacia la playa y hacia el mar. El viento de la tierra soplaba al amanecer inflando sus velas y se fueron rápidamente. Durante un día, una noche y otro día fueron los remeros esforzándose hasta que encontraron a los comerciantes. Entonces, la tercera mañana, en la hora que está entre la oscuridad y el amanecer tres grandes oleadas levantaron sus barcos como si el fondo del mar temblara y cuando salió el sol vieron una oscura pila de humo y nubes donde estuvo una vez la pérdida Atlantis.

Y el Sacerdote de la Luna que viajaba por el camino triangular de las Bermudas y de las Azores llevó a la joven muchacha, que iba a ser sacerdotisa, a un lugar que había preparado en la Isla Feliz que está más allá de la isla de los Druidas mirando hacía la isla de Los Santos, que es Irlanda. Y allí la dejó al cuidado de las mujeres sabias para ser adiestrada en la terrible disciplina del sacerdocio; a él, que iba y venía por el territorio salvaje, explorando sus caminos, los hombres le llamaban Merlín.

Y cuando llegó el momento en que se envió el llamamiento, trajeron a la joven princesa ya crecida y adiestrada frente al sacerdote que tenía su escuela sagrada en Bell Knowle. Y aconteció que, como ya dije anteriormente, el sacrificio fue en vano y el mar entró y se apoderó de la tierra. Y la marea ascendió por los caminos de agua de las marismas, y los prados y campos volvieron al mar y los hombres que habían arado y sembrado se convirtieron en pescadores y cazadores otra vez, teniendo que vivir en chozas sobre pilares y entre las cañas, las que habían conocido fuertes edificios con piedra y palacios de madera. Y Morgan Le Fay, sacerdotisa del mar y semi-hermana del rey estaba en su palacio del valle de

Avalón, en el pozo mágico observando como se desarrollaban las cosas. Y vio a su hermano el rey traicionado por su infiel esposa y al sabio Merlín guiado por la joven bruja Vivien.

Y todas las cosas diabólicas que suceden en la tierra a los hombres cuando los fuegos sagrados se apagan por falta de atención.

Le dije a Morgan, todas estas cosas pero ella no dijo mucho.

Lo único que conseguí que dijera fue: "Tus sueños van a la par con los míos".

Estaba muy ocupada preparando la cena. Llevaba un vestido de terciopelo largo de color vino, muy suelto y las mangas aladas formaban lazos en sus hombros mostrando sus forros plateados, dejando sus brazos libres para lo que estaba haciendo, entre sus sartenes y cacerolas de cobre. Tenía unos brazos muy bonitos redondeados, con músculos firmes; la piel suave, opaca y blanca, las manos no demasiado pequeñas pero con dedos muy largos, ágiles y elocuentes de una forma que había aprendido entre los latinos. Me senté en mi silla habitual en el extremo de la larga y estrecha mesa y la observé.

Estaba haciendo un caprichoso plato francés que se supone debe arder mientras se come, enseguida ardió y nos sentamos a comer.

Cuando había terminado y estaba fumando y bebiendo un café de pronto me dijo: "¿Cuál es la verdad, Wilfred? Dios sabe, dije yo, cual es en general, pero tu sabes cual es este caso particular, tanto si eliges dímelo como si no."

"No estoy segura de ello —dijo. ¿Cuál es la verdad que tú te imaginas acerca de mi Wilfred?"

"De veras pienso una cosa, Morgan Le Fay, y otras pienso otra. Depende de como sienta en ese momento". Ella se rió "¡Supongo que eso es lo más próximo a la verdad que nunca conseguimos —dijo— esa es exactamente mi postura. A veces pienso una cosa acerca de mí y otras pienso otra. Tan pronto como confío en mí misma encuentro que puedo hacer ciertas cosas. Si dejo de creer en mí, creo que me desharía en polvo, como una momia sin vendar. No hay sólo un único tipo de verdad". No hice ningún comentario, ni tampoco ella me lo pidió. Sabía que cuando llegara el momento yo la seguiría adonde me llevara.

"Puedo enseñarte cosas que no te puedo decir, Wilfred —dijo ella— Cosas muy curiosas. Yo no pretendo entenderlas todas pero sé que funcionarán. Déjalas por el momento porque la luna estará menguante la próxima semana, pero vuelve conmigo en la siguiente luna llena, y yo te las enseñaré".

## **CAPITULO ONCE**

Las instrucciones de Morgan de mantenerme apartado hasta la siguiente luna llena significaban que no la vería durante un mes. Era la primera vez que echaba de menos mis fines de semana desde que volví del fuerte y parecía que iba a ser un mes muy largo. Esto me enseñó de una forma clara lo que Morgan significaba para mí, y el papel que desempeñaba en mi vida, y lo que mi vida sería sin ella. Al final del mes mi hermana y mi madre estaban considerando seriamente mi oferta original de trasladarlas a una vivienda aparte. Lo que hizo Morgan durante ese tiempo no lo sé, pero cuando volví había en el fuerte una curiosa y sutil diferencia que no pude definir, y el olor del cedro y del sándalo perfumaba todo el lugar. El fuerte parecía un arpa que ha sido afinada y está lista para ser tocada, débiles sonidos susurrantes salían de él espontáneamente. Nunca olvidaré la expectación extraña y tensa de la atmósfera y todo el olor de la madera de incienso extendido por todas partes.

Había algo curioso en el mar que no me es fácil describir; parecía como si se hubiera acercado mucho más a nosotros y fuera a llenar todas las habitaciones. Y sin embargo no era un elemento extraño por una especie de parentesco que se había establecido entre nosotros y el mar. No puedo expresar con palabras la extraña sensación que tuve al sentirme libre del mar; como si ninguna ola me hubiera arrastrado nunca hasta el promontorio, pero también como si yo pudiera caminar en sus profundidades al igual que caminaría en medio de una niebla. Consciente de que es un medio denso, pero no un elemento extraño.

Morgan me dio una cena muy exótica. Había confitura de almendras, igual que la china; y veneras en sus conchas y pequeños pastelillos de miel parecidos al mazapán de postre. Todo era blanco. Y en esta curiosa mesa para cenar tan pálida, resaltaba una fuente de barro llena de granadas en el centro.

"Es comida de luna dijo Morgan", sonriendo.

No hicimos nada aquella noche, si no sentarnos junto al fuego.

Traté de divertir a Morgan con anécdotas de Dickford, pero no resultó, la atmósfera estaba demasiado tensa y nos fuimos pronto a la cama. También me dormí pronto o por lo menos creo que lo hice. Tuve un sueño muy curioso en el que me parecía que estaba de pie en el gran salón del piso de abajo y que todos los cuadros de las paredes eran reales y no simples cuadros, y que el Sacerdote de la Luna en su trono era también real y que venía y se paraba junto a mí con sus extrañas vestiduras parecidas a las de los habitantes del Alto Egipto. Miré en el interior de sus ojos y él miró en los míos y sentí una mayor confianza en él de la que nunca hubiera sentido en otro ser humano.

Salimos juntos moviéndonos con esos movimientos flotantes de un sueño. El cristal del ventanal no ofrecía ningún impedimento a nuestro paso, y llegamos al promontorio donde el pobre becerro de la luna había muerto y seguimos hasta llegar al mar y entonces me encontré a mí mismo en ese alto pico de Atlantis en forma de tabla donde la escuela sagrada había permanecido tanto tiempo, aunque no sé si se hundió en las profundidades del Atlántico o si se perdió en el aire. Mi guía se había ido y delante de mí había dos figuras veladas en medio de una luz nebulosa. No podía ver ni las caras ni las formas sólo las sombras de las vestiduras y unas alas muy grandes dobladas detrás de ellas, nunca lo sabré porque sólo quedó en mi memoria que me arrodillé antes de que ellos jugaran a mi alrededor sobre la roca de la meseta en medio de una luz iridiscente, y había en mi alma un respeto tan grande y tan profundo que desde entonces la vida ha sido siempre para mí un sacramento.

Entonces encontré a mi guía otra vez a mi lado; estábamos mar adentro, luego vi debajo el promontorio de Bell Head, y pasamos por el sitio donde el pobre becerro de la luna había muerto y volvimos al punto de partida y me desperté en la cama.

Esto es todo lo que hay que contar. Debió haber sido un sueño, pero fue un sueño muy distinto de cualquier otro que yo haya podido tener, y cambió toda mi vida.

Una cosa, una sola cosa traje conmigo a través del velo que se disipó cuando volví. Sabía que mi dedicación había sido aceptada y que había sido elegido por la Sacerdotisa del Mar para ser sacrificado y para dar mis energías a cualquiera de los fines que ella tenía en perspectiva, tanto si la tierra tuviera que serle rescatada al mar, como si el mar tuviera que regenerar la tierra. Empecé a contarle a Morgan mi experiencia cuando bajé a la mañana siguiente, pero ella levantó su mano y me paró. Lo sé todo, dijo. No hables de ello. Estaba contento por lo que me dijo pues sentía que hablar sobre aquello causaría su desaparición.

Después de nuestro habitual desayuno a deshora, salimos a dar un paseo, y vi que las blancas pirámides lunares, de dos en dos habían sido reconstruidas y que el procesional camino permanecía igual que en los tiempos antiguos. Me pregunté qué habían hecho los nativos con el gran pilón que asomaba en la cima de la loma, en el horizonte. Sin embargo no había muchos nativos que pudieran haber hecho algo con él, sólo uno o dos extraviados cazadores de cangrejos en las rocas y recogedores de paja que cortaban cañas en el pantano. No hice ningún comentario acerca del asunto y Morgan tampoco; y caminamos a lo largo del antiguo camino como si estuviéramos haciendo peregrinaje. Hay un gran poder en el silencio cuando se piensa sin hablar y otra persona sabe tus pensamientos lo mismo que tú los tuyos. Mientras no se diga nada, lo que estás pensando adquiere otra dimensión y es mágico, pero tan pronto como hablas, lo pierdes. Es la vieja historia de las joyas llevadas al mercado de los duendes a las que tú debes mirar sólo bajo la luz de la luna o te encontrarás con un puñado de hojas muertas. Hay más de un tipo de realidad y ellos no los mezclan. Pasamos a través del gran pilón y me sentí como César se debió sentir cuando pasó el Rubicón. Con nuestro paso sellamos algo, y lo sellamos irrevocablemente. Todavía no habíamos dicho nada y caminábamos sobre la hierbecilla gris al lado del mar, con el sonido de las olas detrás de nosotros y los gritos de las gaviotas sobre nuestras cabezas. Es muy curioso ese poder del silencio en otra dimensión, y muy potente. Llegamos al final del largo camino y debajo de nosotros la caliza desgastada del acantilado caía en arbotantes rotos sobre la cuesta pronunciada donde Trethowen intentaba cultivar viñas.

Lejos podía ver los bancales estrechos bordeados con piedras para sujetar el suelo poco profundo y rematados por las hierbas grises aromáticas que se derramaban en el vino sagrado.

Morgan paseaba por la cuesta empinada que desembocaba en una caída escarpada. Yo padezco de vértigo y me caí de rodillas, pero la seguí y entramos en un repliegue poco profundo del suelo que se hundía en un barranco, según íbamos avanzando, y nos condujo a un precipicio alto y vertiginoso que estaba adherido al acantilado como una balconada. Tenía marcas de herramientas humanas y se inclinaba por igual en toda su extensión y no presentaba excesivas dificultades para una persona normal.

El camino estaba muy inclinado, pero no teníamos que ir muy lejos, y en seguida vi lo que había estado esperando ver —la boca estrecha de la cueva colocada oblicuamente en la piedra, la cual ya habíamos visto una vez sentados en los bancales de los viñedos, al calor de un mediodía sofocante de verano.

Bajamos a gran velocidad pero con pasos regulares para entrar en la cueva y en el centro vi una mesa rectangular de piedra sólida que evidentemente había sido hecha rebajando el nivel natural del suelo desde los escalones que había en la entrada. Alrededor de las paredes que formaban un semicírculo habían dejado un pequeño borde de piedra para sentarse, y en el centro, mirando a la entrada y en línea con la mesa de piedra había un gran bloque pétreo que parecía servir de trono o de asiento para el sacerdote. Si la mesa de piedra era un altar o un lecho o una mesa de sacrificios, no podría decirlo y Morgan tampoco me lo dijo. Habían limpiado recientemente el lugar —pensé— porque no había testimonios del pasado como los del camino que allí nos condujo. Entonces noté que a cada lado de la entrada había dos calderos como los que utilizan los peones camineros y en un hueco había una pila de carbón de coque. El techo estaba ennegrecido por los humos, por lo que supuse encontrar su salida en la larga grieta en la que terminaba la cueva. Por el grado de ennegrecimiento del techo juzgué que Morgan Le Fay había estado allí muchas veces.

No me dio ninguna explicación, pero me dejó mirar a mi antojo. Entonces vi que

cerca de la entrada había una batería eléctrica portátil con un rollo de alambre a su lado que salía y terminaba sobre la roca. "¿Para qué es esto Morgan?" —dije yo, incapaz de contenerme más tiempo porque sabía la utilidad de baterías como aquella. "Así es como cerraré la puerta cuando mi trabajo esté terminado", dijo ella.

"¿Y a qué lado de la puerta estaré yo cuando cierres?"

"Ella sonrió. Estarás fuera y a una distancia prudencial, —dijo. No te alarmes, Wilfred, no quiero hacer un sacrificio contigo. Te quiero vivo y no muerto".

Entonces volvimos por el camino por el que habíamos venido. El viento era frío. Me levanté el cuello del abrigo, Morgan se envolvió en sus pieles y anduvimos más aprisa. Nos pusimos muy contentos cuando estuvimos protegidos por el patio del fuerte donde una gran cañonera protegía del viento.

"Morgan, dije yo, ¿cuándo me vas a dejar trabajar en las reparaciones?"

"Cuando termine la tormenta sólo tendremos que despejar el patio arrojando los escombros de la pared al agua, y sin tener que reconstruir nada el lugar parecerá un poco derruido."

"Si no tienes el puntal preparado, la pared del fondo se caerá en la próxima tormenta, grité detrás de ella. Se fue sin responder y yo volví y entré en la casa tratando de calentarme un poco con la gran hoguera que ardía, porque de pronto me di cuenta de que el viento frío me había penetrado hasta los huesos, y coger frío de esa forma es muy malo para el asma.

Estaba preocupado y de malhumor cuando entró Morgan y me vio. No dijo nada ni yo tampoco, porque me di cuenta de que cada vez que uno de nosotros hablaba algo salía mal. Tomamos nuestra cena dominical y después nos fuimos a dormir. Era todavía de noche cuando nos despertamos. Morgan fue otra vez al promontorio, pero yo no me ofrecí para atizar el fuego.

"El viento ha amainado"; dijo ella cuando volvió. "¡Que gusto me da oír eso!" "La Luna sale a medianoche", dijo ella.

Y no dije nada porque no tenía nada que decir sobre el tema. Tomamos una especie de merienda, y Morgan sonrió con su extraña sonrisa, y retiró de mi alcance los rollitos de salchicha antes de que hubiera tomado el segundo. "Esta noche es la noche", dijo ella.

Sabía que lo era, pero nunca en mi vida me había apetecido tan poco algo esotérico.

Alrededor de las diez, cuando estaba empezando a quedarme dormido, ella empezó a prepararlo todo. Sacó una especie de quimono hecho de un tosco shantung blanco que, supuse tejido y blanqueado por los nativos. En mis pies iban un par de sandalias de goma flexible pintadas de color plateado y sobre mi cabeza, a modo de tocado, iba un gran cuadrado suelto de lame de plata. Después de que ella lo hubo dispuesto, con los pliegues apropiados, el efecto que producía era vagamente egipcio. Luego me tendió un enorme manto hecho de pesado terciopelo en índigo azul oscuro. Era perfectamente circular y me llegaba hasta justo los talones, con su capucha que debía de tener montones de metros de tela. Se sujetaba a la garganta con una hebilla de plata maciza en la que había un tridente, el sello del dios del mar.

"Quiero que salgas a la cueva", dijo ella, "y te sientes allí a meditar, hasta que la luna salga, y luego vuelvas aquí de nuevo".

"¿Y sobre qué tengo que meditar?"

"Sobre lo que te venga a la mente"

"¿No va a ser un acto estéril?"

"No. He estado meditando allí durante el último mes; no será un acto estéril".

Me dió una linterna eléctrica. "Guárdala debajo del manto mientras bajas el sendero del acantilado. No quiero que nadie vea la luz desde la costa, para que nadie sospeche la existencia del Sendero a la cueva".

Salí. Como ella había dicho, el viento había cesado y ya no hacía frío. La luna no había salido aún, pero había una clara luz de estrellas en aquel cielo sin nubes. Bajé despacio por el sendero entre dos filas de piedras amontonadas que parecían centinelas y tuve la impresión de que había algo de vida en ellas y de que efectivamente vigilaban. Debí haber sido mi imaginación, o quizás el efecto de forzar la vista en la oscuridad, por lo que cada una de ellas parecía resplandecer hacia la punta y estar coronadas por una tenue y blanca llama vacilante.

Cuando me aproximé a la reconstruida torre no había duda, allí había algo raro y fuera de lo común. No podía realmente ver nada excepto su oscura mole contrastada contra las estrellas, pero mi corazón empezó a latir de distinta manera y percibí una sorprendente sensación de electricidad en el aire. No puedo describirlo mejor, era una especie de calor que no era calor. Lo atravesé y fue como entrar y salir de un túnel, de una dimensión a otra. Al este de la torre había otra tierra, más vieja, donde las cosas que son alucinación eran reales.

Noté que no había conejos. Habían desaparecido todos. Era su hora de comer. Debían haber estado allí por miles pero no se veía ahora ninguno.

Encontré el repliegue en el acantilado bastante fácilmente. No era peor de noche que de día. Ya no podía ver el desnivel. Bajé bastante bien aunque iba con mucha preocupación por lo irregular del terreno. Al poco vi una luz roja que relucía entre las rocas y supe que la cueva estaba allí, iluminada.

Cuando llegué y atravesé la estrecha e inclinada entrada descubrí que la luz provenía de dos grandes braseros encendidos llenos hasta el borde con carbón de coque que desprendían un reconfortante calor. El humo que se perdía a través de una elevada grieta y apenas se notaba. Una curiosa alfombrilla de Morgan, hecha con pieles de samoyedos blancos se extendía sobre el trono de piedra que tomé por el asiento del sacerdote y en él me senté comenzando mi vigilia. Recordé que los perros eran sagrados para Diana, que es también la luna, y gobernadora de las mareas, del flujo y reflujo.

Excepto el suave crepitar del carbón quemándose, no había más sonido en la cueva, porque el viento había cesado y nada se movía por las marismas esa noche. Entonces oí tenue y lejano, el mugido de una vaca pariendo. Y de alguna extraña manera no quedaba inadecuado porque la luna es también Isis, quien bajo otra forma es Hathor, y los cuernos que coronan su frente son intercambiables con la luna creciente. La vaca continuó mugiendo intermitentemente a medida que avanzaba el parto y luego calló, y yo intuí la presencia de una nueva vida recién llegada al mundo. Después de esto no hubo nada más excepto el crepitar del carbón y me hundí en una profunda meditación.

Me sentía el sacerdote sentado allí en el extraño trono de piedra, con los oscuros pliegues del pesado manto de terciopelo en torno a mí y las sandalias plateadas asomando por el borde. Había echado para atrás la capucha y los pliegues del suave tejido de plata de mi tocado caían a cada lado de mi cara. Reposé mis manos sobre los muslos, al modo de los dioses de Egipto y me sumí en la meditación.

Pude enseguida darme cuenta de que allí se había realizado mucha actividad mágica porque las imágenes emergían y fluían con espontánea facilidad y una vivacidad antinatural. Había sido derramado incienso sobre el carbón y a medida



que la brasa se avivaba un humo perfumado se elevaba tomando extrañas formas según se arremolinaba hacia el tiro de la cueva. Veía caras en él como las había visto en las olas. Tuve una extraña sensación de que la otra cueva, en Bell Knowle, estaba iluminada y que la vigilia estaba siendo guardada también allí, aunque con mi mente racional sabía que hacía mucho tiempo que estaba sepultada bajo la tierra depositada durante siglos.

Pero mi mente racional estaba expectante aquella noche y era real lo que en otra circunstancia hubiera considerado ilusiones. Toda mi vida mundana no contaba en aquellos momentos. Era el sacerdote guardando vigilia y me atañían las cosas extramundanas. Con lo que aún mantenía de consciencia me propuse cumplir con lo que estaba obligado y meditar. Evoqué el campo que se extendía debajo de la cueva como lo había evocado en visiones anteriores e intenté volver a proyectarme en ellas, pero no funcionó. Las escenas de mi memoria no tenían la intensidad de la visión sino que estaban muertas y sólo en dos dimensiones, sin profundidad, como pintadas en un lienzo. Comprendí que el esfuerzo consciente era un error y permanecí inmóvil, dejando que las imágenes se formaran a su antojo —la ciénaga y sus canales de agua se desvanecieron y fueron reemplazados por el azul profundo del cielo nocturno y sin estrellas. Un débil haz plateado apareció en el centro y empezó a extenderse formando unas bandas como los anillos de Saturno. Luego largos rayos de luz proyectados en círculo cortaron el cielo y todo empezó a girar una y otra vez desplegándose sobre sí mismo. Y según lo observaba las estrellas y los soles iban apareciendo ante mi vista, manteniéndose en su puesto como barcos alineados. Y oí la maquinaria del Universo comenzar su maravilloso ritmo —sincronizado, sintetizado— y a través de todo lo que se movía las estrellas se mantenían en su puesto.

Y había notas de arpa en él, dulces arpegios y fuertes gongs llamando a través de las profundidades del espacio mientras las estrellas se hablaban unas a otras. Esperé para escuchar el griterío alegre de los hijos de Dios que debía resonar sobre todas las cosas; pero había silencio y yo sabía que algo faltaba —algo cuyas llaves Morgan y yo teníamos.

A cada esfera de los cielos es asignada una visión, así me había contado Morgan, y a la esfera de la Luna es asignada la Visión de la Maquinaria del Universo, y ésta pensé, era la que debía estar viendo.

Observé la gran máquina funcionando como una dinamo, más orgánica que mecánica y con la sensibilidad de algo vivo. Y vi la vida comenzar; y las mareas de la vida que se mueven como el agua y no tienen forma; barrían hacia atrás y hacia delante como la marea en el estuario de Bell Head, y me parecía que los principios de la forma fluían en ellas como las corrientes de algas en el mar.

Sentí que este peculiar ritmo periódico estaba en todas las cosas, como una gran respiración. Recordé que la Luna era llamada Nuestra Señora del Ritmo y Gobernadora de las tareas de la Vida. En ese momento vino a mi mente una de las canciones de Morgan con las que ella me había atormentado con un tormento demasiado dulce:

*"Soy ese mar sordo, infinito y amargo.*

*Todas las mareas son mías, y me contestan.*

*Mareas de los vientos, mareas de tierra adentro,*

*Secretas y silenciosas mareas de la muerte y la vida.*

*Mareas de las almas de los hombres, los sueños y el destino Isis Velada, y Ea, Binah, Ge"*

Isis Velada, yo sabía, era Nuestra Señora de la Naturaleza, como Isis sin velo es la Isis Celestial. Ea era el alma del espacio y origen del Tiempo, más antigua que los Titanes. Binah, la Oscura y Estéril Madre de Todo era el Gran Mar de donde la vida emanó, el principio femenino y la primera Madre. Y Ge en persona era la tierra magnética que es como un aura para nuestro globo y en la cual las mareas que los Orientales llaman las Tattvas se mueven. Estas cosas supe, porque Morgan me las había dicho, y me di cuenta de que ahora las estaba presenciando.

Cuánto tiempo estuve esperando y observando, no lo sé, pero el arco de la luna naciente cortó el filo de Bell Knowle y el primer rayo del despunte lunar cayó de lleno sobre mi rostro mientras permanecía sentado en el trono de los sacerdotes.

Me levanté y subí el escarpado sendero que se adhería al alero del acantilado, y a lo largo de la bajada en pendiente donde las piedras como centinelas se mostraban blancas a la luz de la luna. No había viento y podía oír el mar a mis pies, y sabía por el sonido lejano de su voz que estaba en bajar y calmado.

Según bajaba hacia el promontorio me sorprendí al observar que un haz de luz colgaba sobre el fuerte como sobre una ciudad. Las grandes puertas estaban entornadas para mi entrada, y según las traspasaba sentí una curiosa, fresca y resbaladiza frialdad, como de algas mojadas, pero no sentí ningún escalofrío.

La marea se estaba yendo, y las rocas del promontorio emergían lentamente del agua al tiempo que el lánguido baño del mar hacía subir la maleza. La luna naciente todavía no había aclarado el sendero de bajada, y el fuerte yacía en la sombra, aunque el agua estaba plateada; se podían ver los anchos y tenues surcos del lento mar de fondo entrando del Atlántico.

El mar no parecía el mar aquella noche, y la tierra no parecía la tierra, sino que parecían ser una sola cosa, así como si estuvieran ante el Espíritu de Dios que se movía sobre el rostro de las olas.

Llamé a Morgan pero no hubo respuesta, y viendo la sala grande encendida, entré allí a buscarla.

Estaba sentada en silencio, tranquila y lejana, y parecía quizá dormida sino fuera porque estaba erguida. Vestida con una túnica cerrada de color plata, su manto era de gasa color índigo, y parecía como la luna en el cielo nocturno entre la luz de las nubes. Sobre su cabeza llevaba el tocado encornado de la luna, que también es la luna creciente de Isis. A un extremo apartado de la sala había otra plataforma elevada, en ella tomé asiento.

Inmediatamente detrás de mí apareció la sombra perfilada del Sacerdote de la Luna en su palacio pintado del mar. En el centro del suelo estaba el altar de doble cubo, tapizado en plata, y sobre él un recipiente de cristal lleno de agua, y Morgan y yo sentados frente a frente a cada extremo de la habitación.

Entonces Morgan se levantó, y su manto de gasa oscura flotó desde sus hombros como alas y su túnica plateada brillaba a través de él. Tocó una campana que estaba a su lado, y su suave tañido llenó la habitación con armoniosos zumbidos que lentamente murieron. Ella levantó la mano: "Alejaos de nosotros, Oh vosotros profanos, porque estamos a punto de invocar el descenso de poder de Isis. Entrad en su templo con manos limpias y corazón puro, a fin de que no profanéis la fuente de la vida."

Pensé en la cúpula de luz que había sido construida para rodear el fuerte, y supe que aquí podíamos despertar los antiguos poderes, sin profanar y a salvo de toda intrusión. "El templo de Isis está construido de mármol negro y endoselado con plata, y ella en persona sentada con su velo en lo más íntimo. Ella es en sí todas las diosas que los corazones de los hombres han adorado, porque todas ellas

no son muchas, sino una sola bajo muchas formas. "Aquellos que adoran a la Isis de la Naturaleza la adoran como Hathor con los cuernos sobre su frente; pero aquellos que adoran a la Celestial Isis la conocen como Levanah, la Luna. Ella es también la Gran Profundidad de donde la vida nace. Ella representa todo lo antiguo y olvidado donde nuestras raíces están echadas. Sobre la tierra ella es fecunda siempre: en el cielo es siempre virgen. Ella es la señora de las mareas que fluyen y refluyen y nunca cesan. En esto residen las llaves de su misterio, sólo dadas a conocer a los iniciados".

Morgan tocó otra vez la campana; sus vibraciones se hundieron en el silencio una vez más, y permanecimos sentados en perfecta quietud durante un rato.

Me parecía que estábamos en una isleta baja y rocosa rodeados por el mar por todos lados, y sobre ella el negro y plateado templo de Isis se alzaba, a través de cuyo arqueado pórtico mirábamos hacia el agua.

Entonces Morgan se levantó de nuevo, y elevó sus brazos a la luna como las mujeres de tiempos antiguos habían hecho antes que ella.

"Oh tú la más santa y adorable Isis, que en los cielos eres la Madre Suprema, y sobre la tierra Nuestra Señora Naturaleza, y en los reinos del aire entre el cielo y la Tierra la siempre cambiante Luna. Gobernando las mareas del flujo y reflujo sobre la tierra y en los corazones de los hombres. A ti, a ti adoramos en el símbolo de la Luna. Y en el símbolo del mar profundo que la refleja. Y en el símbolo de la apertura de las puertas de la vida." "Te vemos coronada de plata en los cielos, y vestida de verde sobre la tierra, y en tu túnica de muchos colores a las puertas de la vida. ¡Oh divina plata que contesta al oro celestial! ¡Oh verdor que se levanta de lo gris! ¡Oh arco iris glorioso de los vivos!"

Las suaves campanadas sonaron de nuevo, y tomando el tono del tañido, Morgan empezó a cantar la canción cuyos esbozos me habían atormentado durante las pasadas semanas:

*"Oh tú que estabas antes de que la tierra se formase,*

*Ea, Binah, Ge.*

*Oh mar inmóvil, sordo, infinito y amargo,*

*Yo soy tu sacerdotisa, contéstame.*

*Oh tú arriba arqueado cielo y debajo tierra,*

*Dadora de vida y portadora de muerte,*

*Perséfone, Astarté, Ashtoreth,*

*Yo soy tu sacerdotisa, contéstame."*

*"Oh Afrodita dorada, ven a mí.*

*Flor de la espuma, levántate del amargo mar.*

*La hora de la luna llena se acerca,*

*Oye las palabras invocadoras, oye y aparece -*

*¡his sin velo, Ea, Binah, Ge!*

*Yo soy tu sacerdotisa, contéstame."*

Morgan se sentó, pero el rito continuó. Pero ahora ya no tenía necesidad de volver la cabeza para saber que el Sacerdote de la Luna estaba detrás de mí, porque oí su voz. "Sabed ahora el secreto de la trama que es tejida entre la luz y la oscuridad; cuya urdimbre es la vida transformándose en tiempo y espacio, y cuyo

tramado es hilado con las vidas de los hombres."

"¡He aquí, mirad! Nos levantamos con el amanecer del tiempo del gris y brumoso mar, y con el ocaso nos hundimos en el océano oeste, y las vidas de los hombres están ensartadas como perlas en el hilo de su espíritu; y nunca en todo su viaje va él solo, porque lo que es solitario es estéril."

Luego la voz calló, y hubo silencio; y en el silencio pude oír la voz del mar murmurando entre las rocas y supe que las ventanas estaban abiertas a la noche. Más tarde la voz habló de nuevo, y había cobrado una fuerza que dominaba la sala:

"Sabed ahora el misterio del flujo y reflujo de las mareas. Que lo que es dinámico en lo exterior es latente en lo interior, porque lo que está encima es como lo que está debajo, pero de otra forma."

"Isis de la Naturaleza espera la llegada de su señor el Sol. Ella le llama. Se acerca a él desde el lugar de los muertos, el reino de Amenti, donde todo se olvida. Y él viene a ella en su barca llamada Millones de Años, y la tierra se vuelve verde con el grano que brota. Porque el deseo de Osiris contesta a la llamada de Isis. Y así será siempre en los corazones de los hombres, porque de esta suerte los dioses los han hecho. Quien niegue esto es aborrecido por los dioses."

"Pero en los cielos nuestra señora Isis es la Luna, y los poderes de la luna son suyos. Ella es también la sacerdotisa de la estrella de plata que se alza del mar crepuscular. Suyas son las mareas lunares magnéticas que gobiernan los corazones de los hombres."

"En el interior ella es todopoderosa. Es la reina de los reinos del sueño. Todas las labores invisibles son tuyas y ella gobierna todas las cosas desde antes de que nazcan. Incluso a través de Osiris, su compañero, la tierra se reverdece, para que la mente del hombre cree a través de su poder."

"Déjanos mostrar públicamente en un rito la naturaleza dinámica de la diosa para que las mentes de los hombres puedan ser tan fértiles como sus campos," y detrás de mí oí un tañido de campana donde yo sabía que no existía campana alguna.

"Alejaos de nosotros, oh vosotros profanos, porque la revelación de la diosa está pronta. No la miréis con ojos impuros a fin de que no veáis vuestra propia condenación." "El hombre ignorante e impuro mira la cara de la Naturaleza y para él se hace la oscuridad de la oscuridad. Pero el iniciado e iluminado pone enseguida sus ojos sobre ella y ve los rasgos de Dios.

"Alejaos de nosotros, oh vosotros profanos, mientras adoramos a Dios puesto de manifiesto en la Naturaleza."

La voz calló de nuevo, y el mar contestó desde fuera con un suave y lento lavado sobre las rocas que fue como el resonar de apagados címbalos.

Morgan entonces se levantó lentamente, todos sus plateados ropajes brillaban con una luz trémula, y se puso en pie con una rigidez egipcia; elevó sus manos con los codos doblados hasta que sus palmas se abrieron hacia mí y de aquellas palmas emanaba un poder que provenía de ellas. Vi que su cara había cambiado, y era casi negroide alrededor de la boca, aunque la tranquila, calmada y nórdica amplitud de su frente permanecía. Entonces una voz que no era la voz de Morgan habló, singular, inhumana y metálica.

"Soy la Isis Velada de las sombras del santuario. Yo soy ella que se mueve como una sombra detrás de las mareas de la muerte y la vida. Yo soy la que se hace visible por la noche y ningún hombre ve mi rostro. Soy más vieja que el tiempo y olvidada de los dioses. Ningún hombre puede mirar mi rostro y vivir, porque en la

hora en que descorre mi velo muere."

Movido por no sé qué poder, hablé. "Hay un hombre que mira tu rostro. Mirad, yo soy el sacrificio. Yo descorro tu velo y muero a la vida."

Y detrás de mí la voz del Sacerdote de la Luna se oyó: "Hay dos muertes por las que los hombres mueren, la más elevada y la más baja. La muerte del cuerpo y la muerte de la iniciación. Y de estas dos, la muerte del cuerpo es la más baja. El hombre que mira el rostro de Isis muere, porque la diosa se lo lleva. Los que mueren así van por el sendero del brocal del pozo que está al lado del ciprés blanco."

Y la voz del Sacerdote de la Luna continuó. "El, que morirá a la vida déjale mirar el rostro de la diosa en este misterio. Alejaos de nosotros, oh vosotros profanos, porque alguien se adelanta por el sendero que conduce al brocal del pozo al lado del ciprés blanco."

Sentí una extraña sensación que me ganaba insensiblemente como si fuera a entrar en trance; y vi que las palmas de Morgan ya no estaban levantadas, sino estiradas y paralelas, con las palmas frente a mí; y hacia aquellas palmas estiradas hacia afuera mi vida estaba siendo atraída. Empecé a sentirme pasivo, neutro, sin resistencia, como un hombre narcotizado por el sueño. Entonces oí como desde muy lejos la voz de Morgan cantando.

*Soy el amargo, sordo e infinito mar;*

*Todas las mareas a su fin vienen a mí.*

*Mío es el reino de Perséfone.*

*El interior de la tierra a donde conducen los tres senderos.*

*Quién beba las aguas de ese pozo escondido*

*Verá las cosas de las que no se atreve a hablar*

*Andará por el sombrío sendero que llega hasta mí.*

*Diana de los caminos y Hécate,*

*Selena de la Luna, Perséfone.*

Me parecía como si la muerte me estuviera llamando sacándome de un gran sueño, y mi vida fluyera de mí como un hombre desangrándose hasta la muerte. Si alguien iba a morir ese era yo; pero oí la voz del Sacerdote de la Luna hablándome a través de las concentradas sombras: "La hija de la Gran Madre es Perséfone, Reina del Hades, gobernadora de los reinos del sueño y la muerte. Bajo la forma de la Reina oscura los hombres también la adoran a Ella que es la Única. Del mismo modo es ella Afrodita, y esto es un gran misterio, porque está establecido que ninguno entenderá lo uno sin lo otro."

"En la muerte los hombres van a ella a través de un río sombrío, porque ella es la guardiana de sus almas hasta el amanecer. Pero hay también una muerte en la vida, y ésta igualmente conduce a la nueva reencarnación. ¿Por qué teméis vosotros a la Reina Oscura, oh hombres? Ella es la Renovadora. Del sueño nos levantamos reconfortados; de la muerte resucitados; por los abrazos de Perséfone los hombres se hacen poderosos."

"Porque hay un girar en el interior del alma por medio del cual los hombres vienen a Perséfone; Ellos se sumergen de nuevo en el seno del tiempo; Llegan como innatos, y entran en el reino donde ella es la reina; están hechos de

negatividad y esperan la venida de la vida."

"Y la reina del Hades viene a ellos como una novia, y se vuelven fértiles para la vida y van hacia delante jubilosos, porque el contacto con la Reina del sueño los ha vuelto potentes."

Supe ahora que había llegado la hora que había previsto desde el principio, cuando mi vida fuera derramada en el altar para dar a la diosa poder; pero había pensado en aquel sacrificio como un rito cruento, violento y terrible; pero sin embargo esto era como un lento fluir de mi fuerza y un caer poco a poco en la nada que era solamente terrible porque era el final. Caí dormido alzándome sobre mí como la marea al igual que el mar se alzaba sobre las rocas afuera, llevándose otra vez lo que le pertenecía, prestado durante una hora al aire. Estaba volviendo a la nada de donde había venido, y la vida terminaba como había empezado, en sueño.

Recordé las palabras de uno de los sabios—"O el cordón de plata se afloja, o el recipiente dorado se rompe—"Sentí que el recipiente dorado en mi alma se alzaba y se derramaba sobre el cúbico altar de la luna; pero debía de haber sucedido que el cordón plateado no se había aflojado, porque yo todavía vivía, aunque estaba tan cerca de la muerte como un hombre puede estarlo y encontrándose en el umbral, volver.

Con ojos de revelación vi estrellas en el cielo moviéndose por el espacio y mareas en el alma de la tierra siguiéndolas, la ola de la marea de los mares terrenales sigue a la luna. Luego a través de mi visión oí la voz del Sacerdote de la Luna de nuevo:

"Nuestra Señora es también la Luna, llamada por algunos Selene, por otros Luna pero por los sabios Levanah, porque en ese nombre está contenido el número de su nombre. Ella es la que gobierna las mareas del flujo y reflujo. Las aguas del Gran Mar le contestan, e igualmente las mareas de los mares terrenales, y ella rige la naturaleza de la mujer."

"Pero hay de igual modo en las almas de los hombres un flujo y un reflujo de las mareas de la vida, que nadie conoce excepto los sabios; y sobre estas mareas la Gran Diosa preside bajo el aspecto de la Luna. Viene el mar como la estrella vespertina, y las aguas magnéticas de la tierra se alzan en pleamar. Ella se hunde como Perséfone en el océano oeste y las aguas vuelven a fluir en el interior de la tierra y permanecen quietas en ese gran lago de oscuridad desde donde la luna y las estrellas se reflejaron. Quienquiera que esté calmado como el oscuro lago subterráneo de Perséfone ve las mareas de lo Oculto moviéndose allí dentro y sabe todas las cosas. Por eso es la Luna llamada dadora de revelaciones.

La voz cesó, y yo creí que era el fin. Entonces vi que en la total oscuridad una luz se movía como una marea, y supe incluso que la muerte tiene un modo de vida propio. Me pareció que yo miraba sobre el oscuro lago del averno donde Perséfone, que era también Morgan Le Fay, estaba sentada en su trono esperando mi llegada. Recordé que en mi visión de la cueva de la mar se me había pedido que jurara que iría a la muerte sin lucha, porque el sacrificio debía ser consumado por la rendición sin reservas—y deseé cruzar el lago oscuro y llegar a ella.

Me encontré en la extraña barca de alta proa llamada Millones de Años donde Osiris viajaba, y yo era Osiris. A mi lado estaban los dioses que viajaban conmigo, que eran también mis otros yos. Horus, halcón de la mañana, estaba mirando a la proa, y Toom, dios del ocaso, sentado en silencio en la popa; y a mis pies el Escarabajo Kefra, símbolo del sol a media noche, sostenía en sus pinzas el emblema del tiempo que es pasado. Y así de este modo navegamos sobre las oscuras aguas del lago del averno para llegar hasta la Reina de la Muerte, mi mágica novia. Y según nos acercábamos a ella la luz aumentó hasta que se hizo la

luz de la sala en el fuerte, y a lo lejos vi a Morgan sentada.

A medida que la observaba, la vi cambiar de plata a oro, y un aura radiante de todos los colores del arco iris se originó a su alrededor. Sus ojos dormidos se abrieron a una asombrosa animación de vida, y resplandeció con vida como un amanecer glorioso. Entonces la marea que había fluido de mí hacia ella volvió y fluyó de nuevo de ella hacia mí, y sentí mi vida volviendo, pero diferente, porque había sido hecha con la vida de la Diosa.

Luego ella cantó, y supe que era Isis, sin velo y dinámica.

*Soy la estrella que se levanta del mar,  
el mar crepuscular.*

*Traigo a los hombres sueños que rigen su destino.*

*Traigo las mareas de los sueños a las almas de los  
hombres.*

*Las mareas que fluyen y refluyen y fluyen otra vez,  
Ellas son mi secreto, me pertenecen,*

*¡Soy la mujer eterna, soy Ella!*

*Las mareas de las almas de los hombres me  
pertenecen.*

*Las mareas que fluyen y refluyen y fluyen otra vez;  
Las silenciosas, ocultas mareas que gobiernan a los  
hombres.*

*Ellas son mi secreto, me pertenecen.*

*De mis manos él toma su destino.*

*Un toque de mis manos confiere polaridad.*

*Estas son las mareas de la luna, me pertenecen.*

*Hera en el cielo, en la tierra Perséfone;*

*Levanah de las mareas y Hécate.*

*Diana de la Luna, Estrella del Mar.*

*¡Isis sin Velo, Ea, Binah, Ge!*

Y todo el tiempo ella cantó, sus manos entrelazadas rindieron mi alma y me la arrancaron. Entonces lentamente, sin ningún movimiento excepto la ondulación de sus ropas, Morgan se fue hacia la ventana. No la seguí. Era incapaz de moverme. Salió hacia el patio exterior, la luna estaba en su punto más alto ahora, y el fuerte estaba inundado con la luz de la luna. Ella se mantuvo de pie inmóvil durante un momento entre los restos de los animales marinos que la tormenta había despedazado, y en la luz cambiante cuando una débil nube cruzó la luna todos volvieron a la vida y colearon. Luego ella siguió bajando los peldaños que conducían hacia el promontorio. La balaustrada se la había llevado la tormenta, y no había

nada entre ella y el mar; la luz de la luna caía de lleno sobre ella y hacía su ropa resplandecer, pero en contraste con el resplandor más brillante del mar ella era casi invisible. Siguió bajando hacia el promontorio justo hasta el final, donde la lisa superficie de roca como una mesa yacía justo bajo la superficie, porque sólo aparecía en bajamar, y se mantuvo allí, con el agua por las rodillas.

Sólo pude verla ahora, porque su vestido plateado era casi invisible en contraste con el traicionero resplandor del agua. Luego una nube cruzó la luna, y cuando se hubo ido vi que una brumosa luz venía del mar en largas nubes y ya no pude distinguirla a través de este haz incierto. Mi primer impulso fue ir tras ella y ver si estaba a salvo, pero una fuerza interior más fuerte me lo impidió. Supe que no debía hacerlo y que todo le iba bien a ella. Así que me senté en mi silla y esperé.

Y según estaba sentado, empecé a ser consciente de que no estaba solo. No había movimiento alguno o sonido de respiración detrás de mí para revelarme que alguien estaba allí, pero a pesar de todo sentí una presencia, y gradualmente me sobrevino la sensación de miedo y estímulo que se siente ante la presencia de una personalidad muy dinámica —uno de los grandes de la tierra. Esperé y escuché manteniendo mi respiración entre cada inspiración en un esfuerzo por oír el menor movimiento de lo que estaba detrás de mí, pero estaba como hipnotizado para no volver la cabeza.

Entonces una voz se oyó, clara a mis oídos físicos, resonante, calmada y pausada —la voz del Sacerdote de la Luna, ya no una voz incorpórea, sino completamente materializada. Siguió y siguió como el sonido del agua que corre, y en las pausas se oía fuera cómo el agua iba cubriendo las rocas según subía la marea, cubriendo el promontorio. Y a medida que la voz continuaba asomaron a mis ojos las imágenes que la voz iba creando, y supe entonces por qué el Evangelio Místico dice que todas las cosas fueron hechas por la Palabra, porque la Palabra se movía como el espíritu de Dios sobre el rostro de las aguas. Vi el mar del espacio y el tiempo, índigo oscuro en la Noche de los Dioses, como lo había visto al principio. Y sobre la oscuridad del mar vi la luz plateada y la luz dorada yendo y viniendo en largos, ondulantes y pulsados haces. La voz continuaba y escuché. Y algo comprendí porque explicaba lo que había sucedido; pero algo no comprendí entonces, porque explicaba lo que estaba por venir.

"El tres veces grande Hermes grabó en la Tabla Esmaragdina: "Como es arriba, así es abajo". Sobre la tierra vemos el reflejo de los principios celestiales en las acciones de los hombres y mujeres.

"Todos los dioses son un sólo dios, y todas las diosas, una sola diosa, y hay un iniciador."

"Al principio era el espacio y la oscuridad y la quietud, más viejos que el tiempo y olvidados de los dioses. El mar del espacio infinito era la fuente de todo ser; la vida emanaba de él como una marea en el sordo mar. Todo volverá a él cuando la noche de los dioses lo atraiga. Este es el Gran Mar, Marah, el Amargo, la Gran Madre. Y a causa de la inercia del espacio el movimiento se alzó como una marea por eso ella es llamada por los sabios el principio pasivo en la Naturaleza, y es imaginada como agua cósmica, o espacio que fluye."

"Ella es llamada con muchos nombres por muchos hombres; pero para todos ella es la Gran Diosa —espacio, tierra y agua. Como espacio es llamada Ea, madre de los dioses que hicieron a los dioses; Ella es más vieja que el tiempo, ella es la matriz de la materia, fundamento primero de toda existencia, indiferenciada pura.

Ella es también Binah, la Madre Suprema, que recibe a Chokmah, el Padre Supremo. Ella es la que da forma a la energía informe por medio de la cual puede construir. También es la portadora de la muerte, porque lo que se ha formado debe



morir, cuando ya está ajado, para que pueda nacer de nuevo a la vida plena. Todo lo que nace debe morir, pero lo que muere renacerá. Además ella es llamada Marah, la Amarga, Nuestra Señora de los Sufrimientos, porque es la portadora de la muerte. Así mismo es llamada Ge, por que ella es la más antigua tierra, la primera formada de lo informe. Todas estas son ella, y ellas se ven en ella, y cualquier cosa que es de su naturaleza la contesta y ella tiene dominio sobre todo. Sus mareas son las mareas de lo que existe, sus caminos son los caminos de todo lo que existe, y quienquiera que conozca a una de las dos conoce a la otra.

"Cualquier cosa que emana de la nada, ella lo da, cualquier cosa que se hunde en la nada ella lo recibe. Ella es el Gran Mar de donde la vida emana, al que todos volveremos al final del eón.

"Aquí dentro, nos bañamos en sueño, hundiéndonos de nuevo en las profundidades originales, volviendo a las cosas olvidadas antes de que el tiempo existiese, y el alma se renueva, tocando a la Gran Madre. Quien no pueda volver al origen no tiene raíces en la vida, y se marchitará como la hierba. Estos son los muertos vivientes, que son huérfanos de la Gran Madre."

Todo esto significaba poco para mí en aquel momento, exceptuando que seguían sonando en mis oídos las palabras de la Tabla Esmaragdina: —"Como es arriba, así es abajo"—, pero más tarde, poco a poco, las cosas que fueron dichas volvieron a mí según la vida me las fue explicando. Porque incluso en aquella muerta ciudad —amurallada con convecciones y pavimentada con polvo y cenizas— éramos huérfanos de la Gran Madre; y yo tenía que morir antes de que pudiese resucitar, y la Gran Diosa era incluso para mí la Amarga. Como muchos otros hombres antes de yo, iba a beber lo que la civilización toma por las aguas del Olvido. Pero esto aún estaba por venir, y no lo conocía.

Oí la voz del Sacerdote de la Luna, llamándome por mi nombre: "Hijo mío, me voy ahora, pero volveré de nuevo. La tarea aún no ha terminado."

La voz calló y permanecí en silencio, esperando el regreso de Morgan, pero aunque la voz no habló más, sabía que no estaba solo, ya que aquel Sacerdote de la Luna me trajo compañía en mi vigilia. Dormitando allí en mi asiento entre el sueño y duermevela, la comprensión de muchas cosas vino a mí. Supe que Morgan había representado conmigo un rito que era también un experimento, pero no podía adivinar su propósito, ver a qué conducía o cómo iba a continuar.

Porque no podía concebir que hubiéramos ido tan lejos para parar ahora derrepente. El rito que habíamos oficiado, estaba convencido, era el prelude de algo, pero no podía discernir de qué. Además había acerca de esto una extraña sensación de finalidad como si fuera también un final; y esto no lo podía explicar tampoco, aunque no pasó mucho tiempo antes de que lo averiguase.

Así que dormité en mi asiento y esperé que Morgan volviera a mí, y hacia el amanecer me dormí. Pero ella nunca volvió. Nunca la volví a ver.

## **CAPITULO DOCE**

Alrededor de las ocho la señora Treth entró en mi habitación. Vi por sus ojos que había estado llorando, pero no sospeché nada. Ella me dijo que Morgan quería que me fuese a casa ahora, y que ella me escribiría. No había nada más que hacer excepto irme. La Señora Treth me dio el desayuno, cogí mi coche y me fui. Noté que el pequeño deportivo negro de Morgan no estaba en el garaje.

Girando en una curva cerrada uno normalmente no aparta los ojos de la carretera, pero me arriesgué, y miré hacia la cueva donde había estado velando, y quedé sorprendido al ver que una masa de roca había caído, dejando una blanca

cicatriz en la gris y curtida superficie; y supe que Morgan había disparado la carga y que la entrada de la cueva estaba cerrada para siempre. Pero todavía no sospechaba nada.

Según pasaba la granja, Treth salió e insistió en estrecharme la mano solemnemente. Como faltaban pocos días para Navidad pensé que lo hacía con vistas a un posible regalo.

Luego conduje hacia casa. Se sorprendieron al verme de vuelta tan temprano, pero estaban contentos, ya que Scottie había caído con la gripe. Me senté en mi mesa para abordar el correo de la mañana, y su secretaria, disculpándose desconcertada, puso una carta ante mí que había sido abierta por error, al no llevar el membrete de "Personal" (en persona): Era de Morgan.

"Cuando recibas esto", escribía ella, "me habré ido. No importa a dónde. No me volverás a ver nunca. Debes hacerte a la idea. Lo siento, porque estoy muy encariñada contigo."

"La labor que tenía que hacer ya ha sido hecha; y me gustaría que sepas que gracias a tu ayuda lo hice."

"Corrí un gran riesgo contigo, Wilfred, pero sí he hecho mi labor correctamente, no te sentirás abatido. He dispuesto que mi estrella de zafiros le sea entregada a tu prometida como regalo de boda cuando te cases."

"Toda mi propiedad está ahora en custodia, de la cual tú y Treth sois los dos únicos consignatarios. Le encontrarás muy sagaz y de fiar absolutamente. A mi muerte tiene que ser dividida a partes iguales entre vosotros. Hasta entonces como podéis legalmente suponer mi muerte tenéis que pagar al banco de acuerdo con la renta de mi patrimonio, guardando una décima parte para vosotros. La granja se la he cedido a los Treth y el fuerte a la Hacienda Pública. Todos mis manuscritos y libros son tuyos como regalo, los manuscritos están guardados en maletas en la granja. "He disfrutado de una amistad muy perfecta contigo, Wilfred, amigo mío, no he conocido nunca otro hombre que se entregue tan sin reservas. El apelativo de amigo no es uno que yo use a la ligera, pero a tí te lo doy".

"No me podía entregar a tí, porque no estaba en mi poder. Recuerda la antigua Atlántida y cómo ellas las entrenaron allí.

"Adiós, hasta que nos encontremos otra vez, la cual no será a este lado de las Puertas de la Muerte."

No importaba cuánto trabajo había que hacer en la oficina, salí con el coche y volví derecho al fuerte.

O mejor dicho partí para volver al lugar de donde había venido. Pensé que el cielo parecía un poco extraño según salía de la ciudad, y cuando crucé el puente hacia los pantanos o las marismas una ventisca de nieve sobrevino y cuajó en el parabrisas, y antes de que supiera donde estaba, me topé de lleno de frente con la ventisca.

Apenas podía ver el final del radiador, y estaba conduciendo por un dique de diez pies de altura. No obstante había una especie de bordillo de hierba a cada lado, y cuando sentía que los neumáticos se iban hacia el borde, enderezaba la dirección para sacarlo. Los Treth no parecieron sorprendidos al verme de vuelta. Quise que Treth saliera conmigo enseguida hacia el fuerte, pero no quiso. La señora Treth vino hacia mí por la nieve y me hizo entrar en la cocina y sentarme delante del fuego hasta que me tranquilizase.

Me dijeron que lo ocurrido había sido tan sorprendente para ellos como lo había sido para mí. Morgan siempre había dicho que este era el modo en que se iría

cuando su hora llegase; pero ellos nunca habían sospechado que el momento había llegado hasta que encontraron una nota encima de la mesa de la cocina cuando llegaron por la mañana. Le pregunté a Treth si él pensaba que ella había ido más allá del promontorio o si se había encerrado en la cueva. Me contestó que no tenía idea. Quise que subiera y viese si el cable y la batería estaban afuera en el sendero del acantilado, pero se negó. Si Morgan estuviera en esa cueva, no podría estar viva posiblemente, y en cualquier caso todas sus disposiciones habían sido hechas muy cuidadosamente para impedir cualquier alboroto o investigación sobre su muerte, y él por su parte tenía intención de respetar sus deseos, y esperaba que yo hiciera lo mismo.

Entonces un impulso repentino me hizo recordar que el coche de Morgan no estaba en el garaje, y les pregunté si la habían oído marcharse por la noche. Pero dijeron que no, el coche había sido sacado unos días antes. Ella lo hizo lo decía en su nota, para que si les formulaban algunas preguntas, pudieran aclararlas. Y ella había dejado una segunda nota, para mostrar en caso de que alguien les plantease problemas, en la cual decía que había salido temprano, y que todas sus cartas debían ser enviadas a su piso de Londres.

"Ella está muerta para usted, señor," dijo Treth. "Mejor déjelo estar"

"¿Cómo lo sabe?"

"Porque esto es lo que hemos estado esperando. Era lo que ella siempre proyectó. Yo y mi mujer éramos jóvenes cuando vinimos con ella, y hemos envejecido, pero ella no. Siempre nos dijo que se iría de esta forma cuando la labor que tenía que hacer estuviese hecha. De cualquier modo, haría usted mejor en dejarlo estar, señor, porque si ella está viva, nunca nos perdonaría que nos hubiésemos entrometido."

Me pregunté si yacería herida en la cueva, pero él movió la cabeza. "No", dijo, "coloqué ese proyectil para ella, y soy un picapedrero con experiencia. Ella no yace allí herida. Yace allí enterrada. Pero para mí es más como si ella se hubiera ido más allá del punto, porque siempre tuvo atracción por el mar".

"O nos dio a todos esquinazo y se fue en el coche", comenté.

"Yo lo dejaría estar si fuera usted, señor," dijo Treth.

Después de un rato más de persuasión di la vuelta al coche y volví a Dickford. Si Morgan estaba viva y había decidido no tener nada más que ver conmigo, era como si estuviera muerta en realidad para mí. Pero de algún modo, no tenía la sensación de que estuviese viva.

Siempre creí que ella nunca volvería cuando salió caminando hacia el punto. Pero entonces ¿quién disparó la carga? ¿Y por qué aquellos extraños arreglos financieros de la custodia? Treth y yo no hemos sido nunca solicitados a dar cuenta de nuestro papel como consignatarios, así que si Morgan murió esa noche, o si ella continúa andando por los caminos de los hombres con toda su belleza y extraño poder lo mismo da. Aprendí mucho sobre la muerte cuando perdí a Morgan. Por mi parte, pronto entendería desde dónde y hacia donde va el alma en su evolución eonial. "Mirad, nos levantamos con el amanecer del tiempo desde el gris y brumoso mar, y con el atardecer nos hundimos en el océano del oeste. Y las vidas de los hombres están ensartadas como perlas en el hilo de su espíritu". Aquellas palabras del Sacerdote de la Luna volvían a presentarse en mi memoria según conducía de vuelta a través de las marismas. La nieve había cesado por el momento, pero parecía que iba a caer más, y un rugiente vendaval hizo lo más que pudo para arrastrarme fuera del dique.

No sé cuánto de la carta de Morgan habría leído la secretaria de Scottie antes de

descubrir que no concernía a la compañía, pero parecía muy sorprendida de verme volver tan pronto. Entonces me trajo una gran taza de té fuerte, de lo cual me alegré. También descubrí que ella había abordado la correspondencia bajo su propia iniciativa, y tenía todas las cartas preparadas para que yo las firmara, lo que también me pareció bien, ya que firmarlas era más o menos lo máximo que me sentía capaz de hacer.

Había una cosa sorprendente para mí y era que no me hubiera dado un ataque de asma entonces y allí mismo. No me dejarían ver a Scottie por miedo a que me contagiara, pero colegí que él debía estar bastante mal. Gracias a Dios que toda la contabilidad trimestral había sido hecha la semana anterior, y teníamos unos pocos días de respiro durante las vacaciones.

El día de Navidad me dirigí a la granja para llevarles un pavo a los Treth. Fue un paseo bastante lúgubre, y desee no haberlo emprendido, porque durante todo el tiempo tuve que estar recordándome que no debía ir al fuerte y ver a Morgan.

Treth vino hacia mí cuando paré el motor en la granja, y me preguntó si le llevaría al fuerte ya que había habido un viento del diablo y estaba un poco intranquilo por ver cómo estaban las cosas allá fuera. Aunque no lo admitió, pude ver que le asustaba ir hasta allí solo. Creo que lo mismo estaba en la mente de los dos según recorríamos el conocido camino. ¿Estaba Morgan durmiendo su último sueño en la cueva, o se había adentrado en el mar caminando desde el promontorio?

Y si así había sido, ¿estarían el bacalao y el congrio ocupados en destruir su extraña belleza o se habría ella ido a vivir con los dioses del mar, como asegura la tradición que la sacerdotisa hizo?

Tan pronto como giramos en la curva cerrada vimos que todos los montones de piedra estaban caídos, y la torre también. Después de todo no estaban sostenidos por nada excepto su propio peso, y había estado soplando un fuerte vendaval allí. El fuerte parecía en perfectas condiciones por el lado que daba a tierra, pero cuando intentamos abrir las grandes puertas no pudimos de ninguna forma, así que pensamos que algo debía estar caído al otro lado que las bloqueaba. Treth se arrastró casi en el aire por el filo de las rocas, el espectáculo era horripilante, y en seguida le oí empujar tablones al otro lado de la puerta, y en pocos minutos consiguió abrirla lo justo para que pudiese introducirme a través de ella, y viera lo que había sucedido.

La pared del fondo se había venido abajo como yo había profetizado, su apuntalamiento había sido arrancado y no reparado, las olas habían barrido todo. El patio estaba encharcado hasta la altura de la rodilla con algas y fuco. Todo lo que yo había hecho a modo de ornamentación había desaparecido como si nunca hubiese existido, y el fuerte estaba prácticamente como cuando lo vi por primera vez. Entré en la sala grande para ver lo que quedaba de mis cuadros, pero el lugar era un naufragio —todo el yeso caído de las paredes; el techo abajo; las ventanas fuera, todos los muebles hechos añicos en un extremo, y nada intacto excepto mis dos delfines, todavía en su sitio en la chimenea, vigilando el naufragio bastante imperturbables.

Treth y yo nos miramos el uno al otro, y sin cruzar palabra subimos al dormitorio de Morgan, pero según abrimos la puerta retrocedimos, porque el suelo había cedido, y el muro del final había caído, y el agua azul estaba bajo nuestros pies.

Treth esperó en el patio mientras yo salí hacia el promontorio; la balaustrada había desaparecido, ni una pizca de ella quedaba; sólo aquí y allá el hueco de algún soporte mostraba que algo había existido. Continué por las crestas de las tablas, un inseguro trepar sin la balaustrada, y llegué hasta el último extremo donde el

rompiente de las olas rugía, golpeaba y llenaba de espuma como jabón todas las rocas. Cuando mis oídos se acostumbraron al ruido ensordecedor pude ir el estridente chillido de las gaviotas sobre mí, y recordé la vieja leyenda que cuenta que las almas de los marineros ahogados se convierten en aves marinas, y me pregunté si Morgan estaba allí, transformada de mujer en pájaro del mar, pero para siempre perdida para mí.

Pensé en el pobre necio, sacrificado para la construcción del templo, que había ido a su muerte con una sonrisa en su rostro, y al pobre y viejo padre que había amado incluso esta parodia de humanidad.

Luego pensé en Morgan como la había visto por última vez, desapareciendo entre el resplandor y la niebla, y le hablé al mar y le dije que me podía tener a mí también si me quería. Esperé un poco, pero nada sucedió, di la vuelta y volví. Treth se había ido del patio, permanecí un momento o dos y miré alrededor. El lugar parecía tan vacío como un ataúd sin usar. Entonces supe que Morgan se había ido de este mundo y que su experimento había tenido éxito.

Cuando volví al coche encontré a Treth ocupado cargando los delfines en él.

"Creo que a ella le hubiera gustado que usted los tuviera", dijo.

Condujimos en silencio, ninguno hizo comentario alguno sobre lo que habíamos visto, pero creo que ambos pensábamos lo mismo. De algún extraño modo la visita al fuerte había apaciguado nuestras almas. Habíamos aceptado la situación. Ya no estábamos por más tiempo en el medio, sino que habíamos empezado a dejarlo tras nosotros. Le entregué el pavo a la señora Treth, tome una taza de té con ellos, y me marché para casa.

Y entonces cuando iba por las marismas en el atardecer invernal me sobrevino una visión repentina y cegándome como la visión de Pablo camino de Damasco, vi al Sacerdote de la Luna de pie ante mí en el camino. Demasiado aturdido para parar, fui derecho hacia el lugar donde él había aparecido. Estaba demasiado destrozado, demasiado absorto en mi dolor por Morgan, para preguntarme lo que su aparición significaba.

Cuando volví a Dickford las campanas estaban llamando para el servicio de Navidad. Paré el coche en una calle estrecha detrás del pórtico norte y escuché el órgano tocar los himnos Navideños; y no sé por qué, pero mi mente volvió a mi vigilia en la cueva cuando había oído a la vaca pariendo afuera en los pantanos y comprendido que era Hathor. Y pensé en una curiosa y pequeña estatuilla que había visto de Isis mamando de Horus; y que la Gran Profundidad de donde la vida emana también se llama Marah, la Amarga; y que Nuestra Señora es llamada Estrella del Mar, Stella Maris; y recordé que el Sacerdote de la Luna decía que todos los dioses son un sólo dios, y todas las diosas una sola diosa, y me pregunté lo que quería decir. Esto fue lo último que yo iba a ver durante algún tiempo sobre el lado oscuro de la Luna. Todo lo relacionado con Morgan y la magia del mar se cerró como si nunca hubiera existido.

Si hay alguna cosa peor que cualquier otra, son las Navidades cuando no te sientes alegre. No estando oficialmente de luto, no tenía derecho a ninguna manifestación pública de dolor, así que tuve que embotellarlo todo en mi interior lo mejor que pude. Sally, creo que, lo adivinó, pero no podía hablar de esto con ella porque había mucho que no podía contarle. Scottie estaba enfermo, y de todos modos él no era nada compasivo. Así que me fui a la taberna de George y le dije al camarero que había sufrido un desengaño amoroso y le pregunté si tenía en la bodega algo que me consolara. Me desperté allí a la mañana siguiente, y Sally me recogió, diciendo que las Navidades frecuentemente solían afectar a su hombre de esa manera.

Aquella noche mi hermana daba una fiesta para las Chicas Amables, e insistió en que yo debería echarle una mano. Intenté zafarme de esto e irme a la cama, porque estaba más muerto que vivo, pero ella siguió insistiéndome, y al final cambié de opinión y accedí.

Besé al maldito grupo bajo el muérdago hasta que a mi hermana le dio el histerismo en el estudio y llamó al cura. Entonces eché brandy y champán en la sobria limonada y me evaporé. Cuando el cura llegó, las chicas se habían tomado la limonada. Encontré trocitos de muérdago por toda la casa a la mañana siguiente. Apuesto a que hubo fiesta: Debió de haberlas encontrado auténticamente amables por una vez.

Me alegraba volver al servicio activo a la mañana siguiente. Había tenido bastante de vacaciones y de algazara Navideña, y creo que también mi hermana. Sally estaba indispuesta también, había estado pasando la Navidad en casa de un hijo casado y le había sentado mal. En la madrugada le sobrevino un ataque al corazón al que yo había tenido que atender con lo que había sobrado de la limonada. Cuando salí hacia el banco, vi que llevaban botellas de oxígeno a casa de Scottie. Así que en conjunto había habido Navidades.

Me recibió en la oficina la secretaria de Scottie. Le pregunté su nombre, se llamaba Molly Coke. Su nombre me despertó recuerdos, y le pregunté si tenía algo que ver con mi viejo maestro de escuela, y me contestó que ella era su hija. Entonces recordé que ella era una niñita pálida con ojos oscuros que solía jugar en el patio mientras nosotros estábamos en clase. Mi viejo maestro probablemente había muerto ya que su esposa se había vuelto a casar; el divorcio no entraba dentro de lo posible. Le pregunté quién era su padrastro y me asombré al saber que era Muckley, el carnicero más inferior de la ciudad. Establecido en el recodo del río donde estaba el barrio bajo local. Era triste que una chica tan fina y educada como la secretaria de Scottie tuviera que soportar el ambiente del barrio bajo.

Fuimos bajando los días siguientes, yo cogiendo los hilos del negocio lo mejor que podía con la ayuda de Molly Coke, porque le había estado dejando todo a Scottie últimamente. Teníamos media docena de variados empleados y empleadillos, pero ninguno valía la pena de mencionar excepto Molly.

Tuve que encargarme de las subastas semanales en el mercado de carne, y no hay cosa que odie más, y tuve problemas con Muckley acerca de un lote dudoso de cerdos que él metió, y del que tuve que dar cuenta al inspector de sanidad. El y sus amigos granjeros intentaron tomarme por mentiroso aduciendo su superior conocimiento en materia de cerdos, pero ejercí mis derechos como subastador autorizado y anduve con pies de plomo. Quizá yo no sepa mucho sobre cerdos pero conozco bien a Muckley, y debía haber algo extraño con respecto a esos cerdos para que él no se arriesgase a hacerlos salchichas. Yo estaba en lo cierto, porque todo el lote estaba tuberculoso.

Las cosas estaban empezando a irme bien un poco, y estaba recobrando el sueño, cuando el siguiente golpe me asestó. Bajé una mañana, y me pregunté por qué no había oído a Sally dando vueltas por la casa, subí a su habitación y me la encontré muerta en la cama. Pobrecilla. Supongo que fue lo mejor; ella había estado sufriendo mucho últimamente, y cansándose mucho, y nada le había inducido a tener una ayuda.

Yo le debía mucho a Sally, había sido una auténtica buena persona. Mi hermana se había enfadado conmigo al verme tan preocupado por la pérdida de una criada. Dijo que era indigno. Pronto me encontraría otra. Le dije que qué tal una de sus Chicas Amables. Yo las había tomado bastante simpatía, y ella estaba siempre intentando conseguirles buenos y agradables trabajos. Eso la tranquilizó. Ella no

tenía nada más que hacer sobre el asunto después de esto, que era lo que yo pretendía. Así que le pedí a Molly Coke que viera si me lo podía arreglar. Pero no era tan simple como parecía, aparentemente el servicio era difícil de encontrar. Me dijo que me las tendría que arreglar con la señora que limpiaba la oficina hasta que ella tuviera tiempo de buscarme a alguien. Así que ella me mandó una horrible cruz, una mujer desaliñada y con mal genio. Siempre había pensado que las oficinas tenían un aspecto bastante sucio, y ahora sabía porqué. Las deficiencias de la señora Leake no importaban mucho cuando me encontraba bien y trabajando, así que comía en casa, pero era otra cosa muy diferente cuando me daba uno de mis ataques de asma. La comida de Benger, en la que yo confiaba en estas ocasiones, es sin ninguna duda infalible, y la señora Leake no lo era.

"Yo creí que quería caldo", dijo ella enfurruñada cuando me quejé. "Sí", dije yo, "pero no un orinal".

Ella debió de haber repetido mi comentario, que admito no fue de buen gusto, porque Molly apareció para ver qué era lo que estaba mal, y se llevó aquel asqueroso recipiente y me hizo algo decente. Luego cogió su libreta y tomó la correspondencia, y continuamos así hasta que me encontré mejor, la señora Leake haciendo la limpieza, y Molly haciéndome la comida. Le di la llave de Sally, que no le habría confiado a la señora Leake, porque aunque parecía bastante honrada, estaba bastante seguro de que su esposo no lo era. Trabajaba para Muckley como obrero para todo y hacía todo el trabajo sucio que allí había, que por cierto era bastante en aquel lugar, créanme.

Estaba empezando a recuperarme de la fase aguda de la pérdida de Morgan. El tiempo lo cura todo, y hace su trabajo tanto si queremos como si no; pero no había nada, ni en el tiempo ni en la eternidad, que pudiese llenar el vacío que había dejado en mi vida ni hacer que mi existencia en Dickford fuera más tolerable.

Estaba en mis habitaciones después del almuerzo cuando mi hermana me envió a la doncella con un mensaje que decía que había alguien en casa que quería verme. Fui para allá, sin sospechar nada, y encontré a mi hermana agasajando a Muckley. Obviamente ella estaba encantada por algo, y yo me preguntaba qué era lo que estaba en marcha. De cualquier modo ella se explicó pronto. "El señor Muckley ha venido a hablarnos sobre su hija."

"Hijastra", corregí.

"El dice que la has seducido, Wilfred."

"¡Buen Dios!", exclamé. Era lo único en que podía pensar. Me quedé completamente desconcertado.

"¿Lo niegas?"

"Claro que sí. No hay una palabra de verdad en todo ello".

"La has tenido en tus habitaciones mucho tiempo," dijo mi hermana, por lo cual pude haberla echado, porque era lo último que ella debía haber dicho en estas circunstancias.

"Ella sólo tomaba mis cartas mientras yo estaba tumbado."

"Parece que has tenido mucha correspondencia últimamente, sobretodo por la noche." ella comentó.

De hecho, Molly había estado viniendo a hacerme la cena, y generalmente me había dejado todo preparado para acostarme. Como la señora Leake estaba allí también, yo había pensado que todo estaba bien, pero mi hermana estaba presentándole a Muckley la situación sin darse la más mínima cuenta de lo que

estaba haciendo, y no había modo de pararla, a no ser que la golpeará y la dejara sin sentido.

Mencioné a la señora Leake.

"Justo", dijo Muckley. "Es lo que la señora Leake nos ha estado diciendo lo que nos ha puesto a mi mujer y a mí sobre su pista".

Hubo un golpe en la puerta, y entró Molly, con su libreta en la mano.

"Siento haber tardado tanto", me dijo ella, "pero había alguien al teléfono para el señor Scott".

Deduje que mi hermana la había hecho llamar en mi nombre.

"Señorita Coke", dije, "su padrastro ha estado quejándose de mi comportamiento con respecto a usted. ¿Tiene usted alguna queja que hacer?"

"Ninguna", contestó.

"Ellas nunca tienen," dijo Muckley. "Es lo mismo, incluso si no hay ninguna consecuencia desagradable más, yo y mi mujer tenemos que sobrevivir a los comentarios. ¿Qué hay de eso, señor Maxwell?"

"Sí", dijo mi hermana. "¿Qué vas a hacer al respecto, Wilfred?"

Sabía lo que venía ahora, incluso si ella no lo hacía, y nada me habría venido mejor que conseguir que Muckley hiciera sus peticiones enfrente de testigos.

"¿Va a casarse con ella?", Muckley pregunto.

"Sí", contesté.

Era lo último que esperaban. Un suspiro llenó la habitación, e hizo eco desde el hall, donde los criados estaban escuchando.

Era también lo último que Muckley quería. El nunca pensó ni por un momento que yo había tenido algo que ver con Molly, estoy perfectamente seguro, y no le hubiera importado de haber sido así.

La reacción de mi hermana fue demasiado cómica para describirla con palabras. "Tu no puedes hacer eso, Wilfred", dijo ella, de un modo bastante agrio.

"¿Por qué no?".

Me miró como si pudiera matarme con su mirada. Siempre espero que ella lo hará algún día. "¿Esperas que yo comparta mi casa con 'ella'? dijo ella, con un teatral movimiento de su mano hacia Molly, quien permanecía inmóvil como una estatua al lado de la puerta.

"Por supuesto que no", dije yo. "No soñaría con pedirle a mi esposa que compartiera su casa con nadie. Tendrás que irte."

Nunca había visto a nadie tan enloquecido como mi hermana. Siempre me ha sorprendido que hubiese aguantado sus tonterías durante tanto tiempo y nunca hubiera utilizado el poder del dinero sobre ella antes.

Lo que la pobre Molly estaba sintiendo sobre esta discusión, no lo sé, porque su cara era como una máscara. Me era imposible echar a Muckley, ya que era un pedazo de bruto, dos veces mi tamaño, así que pensé que ya que mi hermana le había dejado entrar, que fuera ella quien se librara de él. No ofrezco ni un ápice de caballerosidad cuando se trata de ella.

Crucé la habitación y puse mi mano sobre el hombro de Molly. "Vamos", dije, y abrí la puerta y la llevé por delante de mí hasta el pasillo que daba a las oficinas.



Se sentó en su mesa, yo en la mía, y nos miramos el uno al otro. "El daño está hecho", dije.

"Sí," dijo ella. "El no puede hacer nada en vista de esto. Pero yo posiblemente no pueda pararlo. Las sirvientas oyeron todo, y a estas horas lo sabrá toda la ciudad."

Puse la cabeza entre mis manos. Estaba absolutamente angustiado. Sentí que no sólo había complicado las cosas para la chica, sino que además le había fallado a Scottie.

Tenía que haber tenido más sentido común y no haberla dejado subir a mis habitaciones para nada. Me preguntaba de qué manera iba yo a hacer frente a Scottie recuperándose de su enfermedad para encontrarse con este lío. Porque sabía por el modo en que Molly había tomado las riendas en su mano que debía de haber confiado en ella tremendamente.

Entonces oí un gemido sofocado y alcé la vista. Molly estaba llorando. Me levanté y me senté a su lado poniendo mi brazo alrededor de ella. Fue todo lo que pude hacer; estaba tan mal como ella. Entonces el reloj del ayuntamiento dio las tres, y me puse en pie apresuradamente, porque tenía una subasta en la Sala de Sesiones a las tres. Me había levantado deprisa y ahora no podía respirar, sólo pude apoyarme en la mesa de Molly e intenté sobreponerme. Molly me miró, luego cogió el teléfono y llamó a otros subastadores, y les preguntó si ellos podían arreglárselas para llevar la subasta en mi lugar. No pude discutir porque no podía hablar.

"Lo mismo da que nos cuelguen por robar una oveja que un cordero," dijo Molly, cuando lo peor del ataque había pasado, me cogió del brazo y me llevó lentamente a mis habitaciones y me metió en la cama.

### **CAPITULO TRECE**

Me levanté a la mañana siguiente sintiéndome todavía en muy mal estado. Eran cerca de las once; se me habían pegado las sábanas, al no tener a Sally para llamarme, y la señora Leake muy sabiamente no había aparecido. Me puse algo de ropa y me marché despacio a la taberna de George y almorcé. Pensé que podría coger a Molly en la oficina ya que ella siempre se quedaba hasta más tarde que los otros, pero cuando llegué se había marchado con el resto.

Quería hablar con ella y ver cómo le iba, porque pensé que quizá las cosas en su casa podían ser un poco desagradables. Era sábado, así que ella no volvería a la oficina después del almuerzo, pero yo sabía que Muckley estaría en las carreras locales de galgos, así que me fui a hablar con Molly y su madre, y a decirles lo apenado que estaba por todo y ver si podía haber algo que yo pudiera hacer para enderezar las cosas.

La Sra. Muckley me abrió la puerta, mirándome, pensé, muy sorprendida de verme. Me pidió que entrase y me hizo pasar a la sala de estar detrás de la tienda. Rompí el hielo pidiéndole que aceptara mi seguridad de que Molly y yo nos habíamos comportado correctamente. Ella dijo que estaba bastante satisfecha con respecto a este punto, pero que habíamos sido insólitamente tontos y teníamos sólo que darnos las gracias a nosotros mismos por lo que había pasado.

"Bien ahora", dije yo, "le dije a su esposo que quería casarme con su hija si ella lo deseaba".

"Molly no tomó sus palabras en serio, señor Maxwell, y ella sería la última chica de este mundo en pedirle que las mantuviera si usted no lo dijo en serio".

"Bueno, ¿tiene su hija otras perspectivas? ¿Cómo está ella situada económicamente? ¿Cómo en ese caso están ustedes dos situadas desde que estoy

yo trastocando las cosas?.

"Yo tengo cáncer, y no voy a durar mucho más. Después de eso, Molly se quedará sin hogar. Ella no puede vivir con el sueldo que el señor le paga".

"¡Dios mío! ¿Por qué?, ¡ella lleva el negocio!"

"Sí, ella podría tener muchos mejores puestos que ese. El "Arqui" le ofreció mucho más, pero ella no lo cogerá".

"¿Por qué no?".

La señora Muckley no contestó.

"Por supuesto que me encargaré de que ella tenga dinero para vivir", dije, "pero ella me decía ayer que quería marcharse. Yo me casaré si ella quiere, pero yo no pensaría que soy un partido. ¿No tiene ella a nadie en su vida? Tenemos muchachos muy buenos en la oficina".

"Nunca ha habido nadie en su vida excepto usted, señor Maxwell".

"¡Dios mío!", dije yo, en un estado de completa consternación, y entonces Molly en persona entró y pareció como si hubiera retrocedido al verme.

"No tengo nada más que decir", dijo la señora Muckley. "Ambos deben dejar las cosas claras entre los dos", y se levantó y abandonó la habitación con su lento, doloroso, y encorvado caminar y me dejó solo con Molly. Molly se soltó el abrigo y se sentó en la silla que su madre había dejado vacía y me miró interrogativamente.

Le pregunté cuantos años tenía. Me dijo que 24. Yo le dije que 36. Le expliqué que podía perfectamente casarme si quería. "Pero", dije, "hay ciertas cosas que debes saber antes de tomar una decisión", y empecé a hablarle de Morgan. Sabía que iba a ser difícil, pero no tenía idea de que fuera a serlo tanto como lo fue; y me embrollé, e hice a Morgan parecer como un ser ruin e intentando mantener el elemento sobrenatural apartado del tema, pensé que Molly no lo entendería. Entonces todo empezó a volver a mí hablando de ello, y olvidé quien me estaba escuchando, y le conté a Molly todo el maldito asunto; y todo lo que había encerrado dentro de mí salió, y terminé completamente destrozado. Fue una extraña manera de hacer una proposición de matrimonio.

Luego un tremendo alboroto se organizó fuera, ya que Muckley volvió a casa inesperadamente y la Sra. Muckley intentó apartarle del cuarto de estar. Yo cogí uno de mis berrinches y salí y le dije exactamente lo que pensaba de él en un lenguaje de lo más indigno, él se puso en actitud de lucha y me incitó a pegarle.

"Claro que no pienso pegarle", dije, "no soy tan idiota como para intentarlo. Pero le puedo estropear el negocio, y además, lo haré, si tengo algún problema con usted", y le dije clara, concisa y concluyentemente, exactamente dónde sus establecimientos de la parte de atrás contravenían las leyes de la construcción, y que costaría ponerlos en regla con requerimientos si alguien pasaba alguna información al respecto. Se calló y desapareció, y nunca he vuelto a tener ningún problema con él desde ese día hasta ahora. Yo quizá no sea un bulldog de raza, pero tengo buena mano en las peleas de gatos.

Luego volví triunfante a la sala sintiéndome indudablemente contento conmigo mismo, porque no era ninguna tontería echar de su propia casa sin cenar a un animal del tamaño de Muckley. Luego besé a la Sra. Muckley, y fui oficialmente aceptado como futuro yerno, y nos sentamos todos a cenar, y les conté alguna de mis historias, incluida aquélla sobre las Amables Chicas y la limonada. Les encantó.

Volví caminando bajo la helada luz de las estrellas y pensé que lo mejor que podía hacer era ir derecho a la cama cerrar los ojos a los establos Augeos (rey de

Elida) —sucios, hasta por la mañana y luego trasladarme a vivir a la taberna de George hasta que Molly estuviera preparada para casarse conmigo. Pero cuando subí las escaleras, encontré que todo había sido ordenado, y que el fuego estaba encendido, y con cisco apilado, y supe porqué había sido que Molly estuviera fuera cuando llamé. Consideré que no era Molly quien se iba a llevar la mejor parte con el futuro matrimonio.

A la mañana siguiente cuando llegué a la oficina, Molly estaba en su mesa como siempre, preparada para tomar la correspondencia. Me acerqué y la acaricié en la espalda (Yo era demasiado tímido para besarla a sangre fría) y le di mi sello para que tuviera algo que mostrar de nuestro compromiso. Me dio las gracias, se lo puso en su dedo, y abordamos la correspondencia.

Volví a cenar con Molly y la Sra. Muckley esa noche. Tan pronto como vi a la Sra. Muckley vi que había ocurrido un cambio en ella. No podía definir qué era, pero me parecía como si se hubiera relajado y dejara las cosas pasar, ahora que sabía que Molly sería atendida. Sentí con certeza que iba a durar poco.

Como había previsto, la sra. Muckley empeoró rápidamente y murió quince días más tarde. Molly y yo estábamos con ella cuando se fue. Dijo que moría feliz, dejando a Molly a mi cuidado. Di una oportunidad a la ciudad de verme con chistera y frac llevando a Molly, a Muckley y a una enmohecida tía en el primer carruaje en el funeral. Todos habían estado perfectamente dispuestos a creer el escándalo, pero nunca habían dado crédito a los rumores sobre nuestro compromiso. Según pasábamos por nuestra casa me di cuenta que las persianas de la habitación de mi hermana estaban bajadas, al igual que las del resto de la casa, que habían sido dispuestas así siguiendo mis órdenes. Pensé que esto era un signo de afabilidad, pero después supe que ella había tenido un dolor de cabeza terrible, fruto del disgusto cuando supo que había ido al funeral como un miembro más de la familia.

Llevé a Molly a ver a mi madre, y mi madre la confundió con una de las Chicas Amables, y le preguntó si había sido confirmada y si deseaba entrar a servir. No obstante, ella estuvo bastante agradable con ella, y no lo hubiera estado si hubiera sabido que ella era su futura nuera.

Luego me marché y vi al sacerdote. Era de alto rango, y le disgustaba la idea de una boda en Lent. Le pregunté si esperaba que viviéramos en pecado hasta después de Pascua. Así que desistió, y dijo que no le importaría tanto si era una ceremonia tranquila.

Tuvimos una divertida mezcla de invitados. A mi madre no la esperábamos, ya que no había salido de casa durante años. A mi hermana la invitamos, pero ni dijo si vendría o no. Le pedimos a Dios que no viniera, y al final no lo hizo. Yo invité a los Treth y Molly a su enmohecida tía y a un par de amigas. El camarero de la taberna de George apareció en la iglesia y nos lo llevamos con nosotros después al lunch en la residencia de enfermeras. Scottie salió arrastrando, con temblores de la cama para ser el padrino aún a riesgo de su vida, y se fue derecho a la cama después de la ceremonia. Estaba tremendamente contento con la boda, para mi mayor asombro, porque ello significaba que tendría que adiestrar a una nueva secretaria.

Me llevé a Molly de luna de miel al Gran Hotel de Dickmouth durante el fin de semana, que era todo el tiempo del que podíamos disponer en el trabajo en ausencia de Scottie, y me dio un ataque de asma casi tan pronto como puse el pie allí. ¡Vaya luna de miel!. Me traje a Molly de vuelta tan pronto como me encontré bien para moverme, quizás un poco pronto, si tengo que decir la verdad.

Según llegamos a la plaza vi a nuestro oficial mayor en la esquina haciéndome señales, así que paré el motor para oír lo que tenía que decirme. Me contó que mi

hermana estaba simplemente levantando un infierno. Dijo que creía que había perdido el juicio. Les llevé a Molly y a él a su casa a esperar allí hasta que el alboroto acabara. Luego volví a ver qué pasaba con mi hermana.

Tan pronto como oyó la llave de la puerta, salió y se desató en improperios. Me llamó ladrón y mentiroso; a Molly la llamó vulgar prostituta y dijo que me contagiaría una enfermedad venérea. Y no me halló nunca de mejor humor después de un ataque de asma, así que le di a Ethel una bofetada (con el dorso de la mano) en la boca al estilo Muckley y se cayó al suelo. Al día siguiente el abogado, un caballero al que yo no suelo acudir y al que mi hermana y mi madre siempre iban, me envió recado para que fuera a verle. Parecía que mi hermana había dejado que los criados subieran de la cocina para ver la función, así que había testigos de la agresión. Ethel tenía un labio cortado.

Entonces él me preguntó qué disposiciones pensaba tomar con respecto a mi hermana ahora que yo me había casado. Dije que ninguna. Todo podía seguir como estaba hasta la muerte de mi madre, y que entonces le daría a Ethel una asignación para que viviera en cualquier parte excepto en Dickford. El me dijo que ella no aceptaría aquello. Continué diciendo que ella podía tomarlo o dejarlo, y si me daba problemas no tendría ni eso. El me ofreció un documento para firmar en el cual le dejaba la casa a ella, todos los muebles y la mitad de mi participación en el negocio. Junto a este documento en su mesa había una citación. Le dije que se fuera el infierno.

Al día siguiente se me entregó una citación por agresión. Los criados testificaron con sumo gusto. De acuerdo con su declaración, yo había tirado a mi hermana al suelo y le había dado patadas. La única dificultad estuvo en que no se pusieron de acuerdo sobre en qué lugar le había dado patadas. Como tampoco pudo mi hermana enseñar ninguna marca de este tipo. Así que los jueces descontaron las patadas, aunque dijeron, y con absoluta corrección, que yo sin duda había golpeado a mi hermana en la mandíbula. Así que se me obligaba a hacer las paces.

Con la excepción de unos pocos de mis amigos, la ciudad tomó partido a favor de Ethel. Además de esto, Muckley sediciosamente hizo extender una historia sobre matrimonio forzado. Así que nos fuimos Molly y yo a Coventry.

Molly y yo empezamos nuestra vida de casados. No había mucho que hacer para una chica activa como Molly en mis dependencias de soltero, especialmente porque ella tenía una criada para ayudarla. Claro que las condiciones de vida eran mejores para ella de lo que había sido hasta ahora. Yo no la golpeaba como Muckley lo hacía; ni la hacía levantar a menudo por la noche como su madre. Creo que lo que hacía que soportara esa situación era continuar en su trabajo. Yo había esperado que hubiera niños pero la perspectiva en esa dirección no parecía muy brillante. Creo que Molly era más feliz cuando yo estaba con mis ataques de asma. Algunas veces cogía mi mano entre las suyas y me miraba con expresión extraña en su cara. Yo era tremendamente tímido, y Molly muy reservada, por lo tanto el progreso era lento.

Sabía por mi experiencia con Morgan lo que la relación entre hombre y mujer podía ser. Había algo que debía aparecer en el matrimonio que nos faltaba a Molly y a mí. Era algo extraño ya que aunque yo pensase mucho en Molly, ella me dejaba absolutamente insensible sexualmente.

Nuestras primeras Navidades se acercaban, y yo las temía. Era el aniversario de la muerte de Morgan y las campanas navideñas y los villancicos estaban todos asociados con esa época en mi mente. Tenía que hacer algo alegre para Molly. Estábamos completamente desconectados de la ciudad. No me importaba esto pero acercándose Navidad a uno le apetecen estas cosas, ver a alguien, intercambiar paz

y buena voluntad, y estábamos fuera de todo esto.

Fui a la oficina y saqué los zafiros de la caja fuerte y se los di a Molly como regalo de Navidad. No quería verla abrir el paquete así que me acerqué a la ventana y miré hacia fuera. Podía sentir por el sonido del río lo que la marea estaba haciendo en la bahía; era el último flujo y justo de vuelta, y recordé cómo las algas estarían lentamente oscilando sobre las rocas del punto y fluyendo al otro lado según la marea salía al canal. Entonces oí la voz de Molly. "¿Has leído la carta?", dijo ella.

"No".

Ella se acercó y la puso en mi mano. Continué mirando a la ventana. "Léela", dijo ella. "Tienes que hacerlo, Wilfred". Miré la carta. No había duda en la letra. Empecé a leer.

*A la que estos zafiros han sido entregados.*

*El alma de un hombre recibí en mis manos; ahora ha pasado a las tuyas. Para conseguir una cosa sacrifiqué a este hombre. Si he hecho mi trabajo correctamente, el peso de la humanidad quizá sea un poco más ligero; y el camino no será tan difícil para aquéllos que vengan después. Pero eso no alivia a este hombre. Si tú puedes convertirte en sacerdotisa del gran principio espiritual que está detrás de la feminidad, podrás ayudarlo. Medita sobre la luna. Ella despertará tu feminidad y te prestará poder. Puede que la Gran Diosa te bendiga y ayude".*

"¿Tú la entiendes?", dijo Molly.

"En cierto modo."

Llevé a Molly aquella tarde a oír los villancicos en la pequeña y vieja iglesia de Harber. Era nuestra primera Navidad y teníamos que hacer algo al respecto. Según conducía por el camino a través de los pantanos podíamos oír los tañidos de las campanas muriendo gradualmente y las campanas de Starber haciéndose cada vez más claras. Bell Knowle se alzaba a nuestra izquierda con un poco de bruma sobre su cuna, y un rayo de luz yacía a su nivel.

Molly rompió su silencio. "Nunca harás nada que merezca la pena si te quedas en Dickford", dijo ella.

"No puedo dejarlo sin más. Es nuestro pan." Condujimos en silencio otra vez después de esto. Más allá a la derecha, entre nosotros y el mar, estaba la descarnada rampa de tierra de la nueva carretera de la costa que el ayuntamiento del condado estaba construyendo. Debo decir que me duele esa abierta cicatriz que cruza los pantanos, rompiendo su antigua paz.

Visitamos a los Treth y les dimos su pavo de Navidad. Estaban sorprendidos, no lo esperaban, y se habían procurado un faisán. Les dije que tenían que pensar en ello como una institución. Treth movió su cabeza. "No estaremos aquí el próximo año, al menos eso espero", dijo. El lugar era demasiado aislado para ellos. Habían decidido volver a su antiguo hogar en Truro, donde todos sus parientes estaban. Habían estado pensando en venir y verme tan pronto como las vacaciones terminaran, y querían poner la granja en nuestros libros.

Volviendo a Starber al atardecer, Molly me dijo: "¿Por qué no compras la granja de los Treth y vamos a vivir allí? Podrás llegar a Dickford muy fácilmente desde allí cuando la carretera nueva esté abierta. No me importaría. Puedo ser feliz en cualquier parte. Pero tu serías más feliz en la granja."

"¿Cómo sabes que lo sería, Molly?"

"He estado hablando a la luna, y me lo ha dicho".

Lo que Molly le había estado diciendo a la luna, o lo que la luna le había estado diciendo a Molly, yo no lo sé, ni una participación se me había confiado; pero si era la mitad de lo que la luna me dijo cuando nos encontramos por primera vez, debía haber sido iluminador.

Le debía tanto a Molly, había tan poco que pudiera hacer para recompensarla, que en raras ocasiones cuando ella me pedía algo sentía que no podía negarme, aunque debo decir que me atemorizaba la idea de la granja. Pero la compré y Molly se preocupó del cambio.

Debo decir que sentí una sensación de descanso tan pronto como llegué a la granja; fue como si un peso hubiera desaparecido de mis hombros, y el asma se alivió inmediatamente. Los dos riscos de Bell Head entre los cuales la granja yacía nos protegían de los vientos predominantes y nos dejaban al amparo del sol y del sur. Treth había ya plantado una cantidad de álamos plateados que crecían con vigor como la maleza en el terreno arenoso y pronto nos resguardarían del sol estival: Y había setos de cipreses de crecimiento rápido dividiendo el jardín en parcelas para evitar el viento del invierno. El día era uno de esos días de primavera cuando el primer toque de calor sale del sol, y en conjunto el efecto era muy placentero. Hice que Molly dejase de deshacer las maletas y diera un paseo conmigo hasta las bancales de vides para ver cómo les había ido a las pequeñas viñas a través del invierno, y si habían cumplido con su reputación de audaces.

Las pequeñas viñas estaban todas arropadas entre esteras, sin incluso asomar sus pequeñas naricillas, así que no pudimos ver cómo estaban; pero las grises, aromáticas hierbas están casi igual en invierno que en verano, y las cogimos e hicimos crujir en nuestras manos las hojas de una y otra, y probamos su sabor, aromático, dulce, y con esencia de limón.

Luego nos sentamos en un sitio en el ángulo debajo del acantilado y le conté a Molly cómo, en los días cuando nuestro clima de la isla era más cálido de lo que es ahora, los bancales en desniveles soleados se usaban para plantar viñas; y le mostré cómo se podía distinguir aquellos bancales de las bajadas que estaban desnudas y eran utilizadas para alejar a los lobos. A ella le encantaba. No sé lo que le interesaba especialmente de arqueología, pero le encantaba oírme despertar y hablar.

Entonces empecé a contarle lo que la tierra había sido en épocas remotas, y tracé la línea del dique original por el resplandor del agua. Y ella también, como Morgan había hecho, hizo una observación sobre la línea recta y fina del embarcadero entre los tortuosos canales de agua, y le hablé de la cueva de Bell Knowle, y los sacerdotes, y los sacrificios marinos, y sobre todo el antiguo culto. Y todo mi antiguo entusiasmo volvió, y le conté a Molly que Morgan me había dejado una habitación entera de libros y papeles que debíamos abordar tan pronto como nos hubiéramos instalado. Le dije cómo había visto la cueva de Bell Knowle en una visión y cómo Morgan la había visto en su cristal; y le mostré el pliegue en el plano de la colina que pensaba escondía la cueva donde había encontrado mi prematuro fin. Le expliqué cómo la sacerdotisa del mar se me había mostrado no como una mujer, sino como todas las mujeres a la vez. Una especie de representación impersonal del principio femenino que los hombres idealizaron con la diosa.

Molly me miró de modo extraño. "Eso fue lo que ella decía en la carta. Dijo que debía pensar en mí misma así, la representación impersonal del principio femenino."

Luego oímos el toque del almuerzo desde la granja lejana, y comenzamos a bajar, y Molly patinó por la suelta superficie escarpada y la cogí por debajo del brazo para que se mantuviera firme y nos resbalamos juntos.

Más tarde, por la noche, hice una primera intentona con los papeles de Morgan. Durante casi un año habían yacido en uno de los áticos que los Treth no usaban, y nunca había sido capaz de atreverme a tocarlos. Pero ahora estaba ansioso de tenerlos, porque ya no eran recordatorios de una pérdida irreparable, sino comunicaciones de un amigo. Y entre ellos encontré letras de las canciones que ella me había cantado. Le enseñé todas ellas a Molly, y le hablé de la extraña ceremonia que Morgan había efectuado antes de que se fuera y muriera, y le conté lo que podía recordar de la melodía que ella solía utilizar para su canto. Era una melodía extraña, en una escala limitada de notas, subiendo y bajando en cuarto de tono. Solo unas cortas frases musicales monótonas, repetidas una y otra vez en diferentes tonos.

Nos sentamos a charlar hasta casi la una de la mañana. Empecé a hablarle a Molly de la antigua Atlántida, y el modo cómo ellos enseñaban a las sacerdotisas allí, y cómo no prestaban atención a sus inclinaciones, sino que se emparejaban cómo y creían mejor. Y cuál había sido la actitud de Morgan sobre el asunto, que ella no consideraba la personalidad como lo importante, la energía.'

Fue Molly en persona quien expresó lo siguiente: "Creo que he sido demasiado bien criada", dijo. "No fue hasta que no leí "su" carta que tuve alguna idea de lo que se podía hacer por un hombre excepto amarlo y cuidarlo". "Es un gran inconveniente", añadió con un suspiro, "estar tan bien criada".

Empecé a entender que esa iniciativa emocional debería corresponderle a la mujer, y que una mujer casta es la que no tiene iniciativa emocional. Esto es, claro, su protección cuando ella no quiere atenciones, pero la mujer que es permanentemente casta es la que nunca empieza en las apuestas del matrimonio.

Hay esa clase de mujer que se puede dejar en un banco en el parque mientras uno se va a tomar un refresco, y encontrarla allí esperándonos cuando volvemos. Ahora, ¿qué utilidad tiene esta mujer para nadie?

No podía ver cómo iba a poner yo todo esto en la mente de Molly, y aún si era necesario hacerlo; pero ella debía de tener un atisbo de esto, porque me dijo: "¿Qué efecto tendrá en mí, Wilfred, si yo medito sobre la luna?" Le dije que no sabía pero que lo intentara y lo sabría.

Me había recuperado de ese terrible sentido de pérdida y frustración y vacío que simplemente me había dejado inerte cuando perdí a Morgan, aunque todavía echaba de menos lo que ella había representado en mi vida. Pero aunque las cosas iban bastante decentemente entre Molly y yo, nunca habían sido como eran entre Morgan y yo. Frecuentemente solía hablar a Molly de aquellos días, habían merecido la pena vivirlos, incluso no habiendo durado mucho. No estaba en lo más mínimo celosa de Morgan, lo cual era bastante maravilloso, y solía animarme a hablar porque decía que le daba ideas. Una vez que yo empezaba, no necesitaba mucha animación. Vi que Molly estaba absorbiéndolo todo, pero no sabía qué iba a hacer con ello.

## **CAPITULO CATORCE**

Volvimos a estar a finales de Junio, y Molly y yo nos levantamos pronto el día de San Juan y subimos a la cima de Bell Head para ver salir el sol sobre Bell Knowle. La llevé al punto por primera vez, y le mostré la lisa tabula de roca donde las fosforescencias del mar se encendían, sólo visible a través del agua poco profunda según el nivel de luz venía de la bajada. Entonces descubrimos que dos de las casamatas estaban todavía llenas de cedro y enebro, y dije que lo llevaría en una carreta de vuelta a la granja y lo quemaríamos. Así que cuando el frío de la tarde vino del mar hicimos un pequeño fuego de Azrael en la sala de estar, y nos

sentamos juntos a contemplarlo, y Molly me dijo lo que ella había estado haciendo todas estas semanas mientras yo había estado tan ocupado atendiéndola.

Había estado comunicándose con la Luna, como Morgan le había enseñado, y había conseguido bastante, pero había encontrado como yo, que era demasiado abstracto para ser de algún uso práctico. Le conté el truco de las imágenes mágicas, y cómo ellas le capacitaban a uno para aprenderlas fuertemente, y aunque quizá no fueran esenciales eran insólitamente útiles. Ella preguntó si no eran alucinaciones. Le contesté que sí, que probablemente lo eran, pero no había nada en su contra en tanto en cuanto cumplieran su cometido.

Entonces por primera vez desde la muerte de Morgan, cogí un lápiz y empecé a dibujar. Dibujé al Sacerdote de la Luna para ella tal y como lo recordaba en mi cuadro, sentado en su trono marino en los profundos palacios del mar; y sus ojos volvieron a la vida, incluso en blanco y negro, al igual que lo habían hecho antes. Pero de alguna manera no pude hacer las onduladas olas que le servían de arco como un cielo, en vez de esto aparecían allí sobre cada una de sus manos los dos grandes pilares de la polaridad que son el pórtico de entrada al templo de Salomón—Los pilares Negro y Plateado— y sobre sus capiteles las esferas terrenal y celestial.

El Fuego de Azrael se quemaba poco a poco en el hogar y se apartaba la llama formando cuevas como en tiempos de Morgan Le Fay, la pálida ceniza del enebro brillaba dorada en el centro. Su olor a incienso se esparcía por la habitación, y pensé en el fuerte, y me encontré escuchando sin darme cuenta el sonido del mar sobre las rocas, como siempre sin descanso allí fuera en el punto. Pero en su lugar vino a mí a través de las ventanas abiertas otra voz que no había oído antes—el golpeteo y susurro del ligero rompiente de las olas sobre los cantos mientras la marea se cerraba alrededor del istmo de tierra donde estaba la granja.

Todo era diferente aquí que en el fuerte, y aún así estaba tomando vida propia. Había más tierra y menos mar aquí que allí fuera en el punto, al igual que había más tierra en Molly que en Morgan; aún así era tierra cósmica, y recordé que la Gran Diosa reinaba en todo: la luna, la tierra y el mar. Molly nunca sería una sacerdotisa del mar, como Morgan, pero se estaba despertando en ella algo del principio femenino primordial, y estaba empezando a contestar a la necesidad que en mí existía.

Molly en su desinteresada, incansable y valerosa entrega era la madre eterna, y el eterno niño que había dentro de mí fue apareciendo. Era un comienzo, pero no era suficiente.

Nunca le habría sido fiel a ella sin lucha si no consistía todo más que en eso. Pero había algo más que eso, y aunque ninguno de los dos sabíamos bien lo que era, sentíamos nuestro camino hacia ello.

Pero parecía haber un gran abismo fijo entre nosotros y las realidades que buscábamos, y a menos que lo cruzáramos sentía que estábamos condenados a perecer; y creo que Molly lo sentía también, porque ella hablaba de estas cosas con una especie de desesperación. Y nos sentábamos y charlábamos al atardecer mientras el fuego se extinguía. Era necesario que algo nos hiciera cruzar ese abismo, pero qué era no lo sabíamos, y permanecíamos en silencio en la oscuridad de nuestro entorno, sentados y mirando el fuego.

Fuera el mar seguía su labor entre los cantos, porque la marea era alta esa noche. Podíamos oír el suave romper y el susurrar de las olas deshechas acercándose más y más. Nunca habían sonado tan cerca antes; parecía como si estuvieran justo al borde de la pared del jardín. Estaba a punto de levantarme e ir a ver qué estaba sucediendo cuando oí las campanas en el agua, y supe que no era



una marea terrenal lo que estábamos oyendo.

Un largo rayo de luz de luna entró por la ventana, sin cortinas por la benignidad de la noche, y la combinación de la luz de la luna y una luz de fuego era muy extraña, y deslumbraba la vista. La luz de la luna cayó sobre el fuego y lo hizo parecer un ópalo entre la ceniza gris; el humo ondulante y sus sombras tomaron la apariencia de retorcidas criaturas que se alzaban de las brasas, y rememoré los cuentos medievales de las salamandras.

El olor de los maderos de incienso seguía llegando a nosotros en ráfagas, y me daba la sensación de que el fuego estaba fumando; mientras tanto el sonido del mar llenaba la habitación y zumbaba como una concha. Algo misterioso se preparaba, Molly lo sabía tan bien como yo.

Entonces de repente vimos que donde la luz de la luna caía sobre el fuego una forma se concretizaba; el humo ya no se alzaba en lentas espirales arremolinadas, sino que colgaba en pliegues como ropajes. Le observé elevarse en el centro de la chimenea como si el fuego fumara; y entonces del suave gris informe vimos una cabeza y unos hombros emerger, y el Sacerdote de la Luna se presentó ante nosotros como tantas veces me lo había imaginado en mi mente, con su cabeza rapada y un rostro ascético de halcón. Sus ojos eran oscuros, brillantes y muy vivos. La luz de la luna y el humo eran amorfos, pero esos ojos no.

Entonces empezó a hablar como había hablado en el rito allí en el fuerte. Si le oíamos con nuestro oído interior y le veíamos con nuestra vista interior, o si eran nuestros ojos y oídos de carne los que le comprendían, no lo sé; era más como despertar de un sueño que cualquier otra cosa, y aún así era tan claro como un diamante.

Vi que era a Molly a quien hablaba, y que yo era un mero espectador; y recordé que en tiempos muy remotos, cuando la Gran Isis era adorada, eran las mujeres las que eran dinámicas, y no fue hasta que la corrupción sobrevino al mundo pagano que los sacerdotes recibieron todo el poder.

Y según permanecía allí, escuchando la voz desde las sombras y observando a Molly escuchar, pensé en la Casa de las Vírgenes, en la perdida Atlántida, y cómo los ancianos sacerdotes debían de haber hablado así a las jóvenes sentadas a sus pies bajo los árboles de incienso en los cerrados patios de los estanques de loto, contándoles lo que se esperaba de ellas, y cómo debía ser hecho, y por qué; y más tarde del viaje con el manto por el camino subterráneo hasta el gran templo; la joven tomada silenciosamente de al lado de sus dormidas compañeras, yendo y viniendo sin despertarlas; y me pregunto cuál era el modo más sagrado de tratar con el sexo —ese, o el de las monjas.

Oí la voz del Sacerdote de la Luna seguir y seguir, hablando a su joven sacerdotisa, y me parecía que me estaba hundiendo en el mismo estado en que me encontré cuando viajé en la Barca de la Muerte a través de las aguas del Averno, y me pregunté si, a mi regreso, vería a Molly resplandecer toda en oro como había visto a Morgan.

El hablar rítmico del sacerdote hizo vibrar algo dentro de mí; me preguntaba lo que Molly estaba sacando de ello mientras yacía en su silla baja mirando con extasiada atención a la figura en sombras que estaba frente a ella, iluminada con su propia luz, con oscuros y brillantes ojos entre las sombras; porque esto es algo de lo cual se comprendía muy poco o mucho de acuerdo con el conocimiento que de ello se poseía.

"E incluso así como la Reina del Hades es la hija de la Gran Madre, así desde el Gran Mar se alza la dorada Afrodita, dadora de amor. Y ella también es Isis de otra

manera."

"El equilibrio se fija en la inercia hasta que el espacio exterior trastorna el balance y el Padre de Todo fluye pródigamente hasta el último para satisfacer el hambre de espacio. Extrañas y profundas son estas verdades; verdaderamente son las llaves de las vidas de los hombres y mujeres, desconocidas para aquellos que no adoran a la Gran Diosa."

"La dorada Afrodita no viene como la virgen, la víctima, sino como la que Despierta, la Deseada. Desde el espacio exterior ella llama, y el Padre de Todo comienza a cortejarla. Ella le despierta el deseo y los mundos se crean. Lo, ella es la que Despierta. ¡Qué poderosa es ella, la Dorada Afrodita, la que despierta la virilidad!."

La voz calló, y recordé las palabras de la Tabla Esmaradigna: "Como es arriba, así es abajo", y pensé que la creación y la procreación reflejan la una a la otra.

Luego la voz empezó otra vez:

"Pero todas estas cosas son una sola. Todas las diosas una diosa, y la llamamos Isis, la Mujer, en cuya naturaleza todas las cosas naturales se encuentran; virgen y deseada por turno; dadora de vida y portadora de muerte. Ella es la causa de la creación, porque ella despierta el deseo del Padre de Todo y por ella él crea. Así mismo los sabios llaman a todas las mujeres Isis."

"En el rostro de cada mujer dejad al hombre buscar los rasgos de la Gran Diosa, observando sus fases a través del flujo y reflujo de las mareas a las cuales el alma contesta; escuchando su llamada."

"Oh hijas de Isis, adorad a la Diosa, y en su nombre dad la llamada que despierta y regocija. Así seréis benditas de la Diosa y viviréis con plenitud de vida."

Le estaba hablando a Molly como si él estuviera otra vez en los patios del Templo del Sol y ella fuera una virgen preparándose para la prueba que le haría una sacerdotisa de la Luna.

"Ahora este es el rito de la adoración a Isis. Dejad que la sacerdotisa muestre públicamente a la Diosa a su adorador. Dejadla que asuma la corona del Averno. Dejadla alzarse gloriosa y dorada desde el mar del origen y llamar al que la ama para que venga dentro de ella. Dejadla hacer estas cosas en el nombre de la Diosa y ella estará incluso como la Diosa dentro de él, porque la Diosa hablará a través de ella. Todopoderosa será en el Interior como la coronada Perséfone, y toda gloria en el Exterior como la dorada Afrodita. Así ella será una sacerdotisa a los ojos del adorador de la Diosa, quien por su fe y dedicación encontrará a la Diosa en ella. Porque el rito de Isis es vida. Por el rito la Diosa se acerca a sus fieles; su poder entra en ellos y son substancia del sacramento."

Calló y permaneció mirando a Molly, como preguntando cuánto había ella entendido, y cuánto podría hacer ó haría; ella yacía recostada en su silla extasiada y desamparada y sólo sus ojos le contestaron.

Luego la luz de la luna palideció y un cambio de viento silenció el mar y nos quedamos solos en la oscuridad, Molly y yo, porque el Sacerdote de la Luna se había ido; y en la oscuridad nos sentamos juntos en silencio durante un buen rato.

De ese silencio, comunicación sin forma, volvimos sabiendo muchas cosas. Y tomé a Molly en mis brazos como no lo había hecho nunca, y algo de repente fluyó entre nosotros como una cálida llama; en un sólo aura para que nuestras vidas se mezclaran e intercambiaran y se estimularan la una a la otra y luego volviera a nosotros, y recordé el flujo e intercambio de energía que había tenido lugar en el rito que Morgan y yo habíamos efectuado. Permanecemos así de pié frente al fuego,

ahora reducido a un rescoldo rojo oscuro; ninguno de los dos veía al otro; estábamos casi inconscientes el uno del otro; entonces de repente sentí que Molly se estaba dejando fluir hacia mí tan sin reservas en su entrega, y supe que era lo mismo que Morgan había invocado deliberadamente por medio de su extraño conocimiento, y que estaba utilizando a la ignorante e inocente Molly porque las condiciones de su alma eran buenas para ello, al ser ella una mujer y enamorada además.

Nuestras convenciones han estereotipado tanto la polaridad entre hombre y mujer que es casi inamovible y nadie sabe cómo cambiarla. Pero lo que nosotros queremos en la parte del matrimonio que está detrás del velo es la mujer dinámica, que viene en nombre de la Gran Diosa, consciente de su sacerdocio y orgullosa de su poder, y esta seguridad en sí misma es lo que a la mujer casta le falta.

Estas son cosas de vital importancia, y las hemos olvidado, y creo que era para recuperarlas para lo que Morgan le Fay y el Sacerdote de la Luna estaban trabajando. Pero no era suficiente que Morgan le Fay las hiciera, porque ella no era, creo, de nuestra evolución o época, sino alguien enviado a nosotros de otro lugar; era necesario que aquellos de nuestra edad y raza las hicieran, y alguien tenía que romper el hielo para los que vinieran detrás. Alguien tenía que encontrar en el matrimonio no una función animal ni un remedio para el pecado, sino un sacramento divino instituido para prolongar el poder, y en este sacramento la mujer debe tener su antiguo lugar como sacerdotisa del rito, llamando al relámpago del cielo; la iniciadora, no la iniciada.

Y en ese punto yo, siendo un hombre, tenía que aprender a recibir, lo cual no es fácil para un hombre, porque no admite su necesidad. Molly y yo tuvimos que invertir la polaridad convencional en nuestra relación íntima, antes de que nuestro matrimonio como tal nos iluminara. Ella tuvo que llegar a ser la sacerdotisa de la Diosa, y yo, el fiel arrodillado, tenía que recibir el sacramento de sus manos. Esto lo puede hacer un hombre con presteza cuando tiene respeto por una mujer y al mismo tiempo está apasionadamente enamorado de ella, porque entonces para él el matrimonio con ella automáticamente se convierte en un sacramento.

Cuando el cuerpo de una mujer se convierte en altar de adoración de la Diosa que es todo belleza y vida magnética, y el hombre se vierte fuera de sí mismo en adoración y sacrificio, sin guardar ni una parte de orgullo sino entregando lo más profundo de él por amor, viendo en su compañera a la sacerdotisa prestando culto con él en la adoración, entonces la Diosa entra en el templo, con rosas en sus manos y palomas volando a su alrededor, llamada por la fe de sus adoradores. Es porque no tenemos fe que no vemos a la Diosa detrás de cada mujer y por eso la invocamos; y es porque no se dan cuenta de la santidad de la Gran Isis por lo que las mujeres no tienen respeto por los dones que nos entregan.

Porque si el matrimonio es un sacramento como la Iglesia preconiza, es así por virtud de ser el signo visible y externo de una gracia interna y espiritual, pero esa gracia no es la gracia del Crucificado, sino de la Gran Isis, dadora de vida en la tierra. Blasfemamos cuando al matrimonio lo denominamos remedio para el pecado; es un rito de evocación y el poder evocado es la Vida. Es el rito de la adoración de la Belleza que, junto con la Sabiduría y la Fuerza, forman Tres Santos Pilares que soportan el Cielo. Porque hay un misticismo de la Naturaleza y sus poderes elementales, al igual que hay un misticismo del espíritu; y éstas no son dos cosas, sino dos aspectos de una sola cosa, porque Dios se hace manifiesto en la Naturaleza, y la Naturaleza es la expresión misma de Dios, la cual es para nuestro uso y Su Gloria.

Día a día, según el poder de la luna hacía su labor en ella, observé a Molly que se transformaba de una pequeña, tranquila, segura, fiel y muy dulce mujercita, a

una edición de bolsillo de Morgan, con la misma vitalidad y magnetismo, y la misma graciosa flexibilidad y el tono de voz musical, porque parece ser que estas cosas son las cosas que el poder de la luna entrega a las mujeres.

En aquellos días no éramos dos en la granja, sino tres, porque Molly y yo constantemente sentíamos el ir y venir de alguien que venía a nosotros de otra esfera. Y al atardecer, cuando la luz de la luna caía sobre el humo de la leña, veíamos, o creíamos que veíamos, la figura llena de sombras que formulábamos; la construíamos en nuestra imaginación en las sombras como cuando se ven rostros en el fuego, como Morgan me había enseñado, y a nuestros ojos tomaba vida y hablaba, porque no estábamos imaginando una fantasía, sino la sombra de la realidad, y la realidad bajaba y le insuflaba alma. De este modo pienso, siempre se han manifestado los dioses a sus fieles.

Y noche tras noche, llamado por fe o fantasía, el Sacerdote de la Luna venía a nosotros como llegó a Morgan Le Fay cuando era una mujer envejecida y miserable —llevándola el pan y el vino que la dio una extraña vida y vitalidad. Porque ésta era la labor que él se había propuesto hacer, y éstos eran los secretos que él se había traído de la perdida Atlántida en aquellas épocas olvidadas cuando él llegó a las Islas del Mar con los barcos del Rey del Mar —el secreto de la generación y la regeneración por el vino de la vida, que es el vino de la luna, el Soma.

El nos habló de la antigua Atlántida y sus pérdidas y olvidadas artes, y el conocimiento que, pervertido por el mal, fue destruido por un cataclismo para que la tierra pudiera ser purificada. Nos contó cómo, prediciendo la llegada del desastre, había viajado a las Islas del Mar, trayendo consigo sus libros, y que éste fue el origen de la leyenda del Grial, aunque según era costumbre, un disfraz cristiano se le había dado a la vieja tradición.

Pero los corazones de los hombres se pervertieron una vez más, el conocimiento fue retirado a fin de que la tragedia de la Atlántida no se repitiese; pero ahora quizá el conocimiento volvería de nuevo si se podía encontrar un camino; y él lo había encontrado en parte a través de Morgan y había comenzado su labor y la había llevado tan lejos como había podido.

Pero Morgan, como yo siempre había sabido, era un ser extraño, mujer y hombre a la vez en el fondo, como son los más altos iniciados; y por esta razón ella no podía entregarse al casamiento; y aunque ella cogió el Grial del Monte Salvatch y lo trajo a la playa, no podía andar por los senderos de los hombres, sino que permaneció siendo una sacerdotisa del mar por siempre, viniendo desde el confín del agua hasta el último flujo de la bajamar, manteniendo su Grial y esperando. Hasta que al final su llamada fue escuchada, y alguien bajó, y ella depositó el Grial en sus manos y volvió al mar otra vez. Recordé como Morgan siempre había cubierto su rostro con un velo, como la Gran Diosa a quien ella adoraba, siempre que tenía ocasión de ir tierra adentro, y sólo revelaba sus rasgos afuera en la bajamar rodeada por el mar, a una milla de la costa.

Noche tras noche, según el humo de la madera se alzaba del Fuego de Azrael, construíamos la forma del Sacerdote de la Luna entre las sombras cambiantes hasta que se hacía realidad para nosotros como lo éramos uno para el otro; y aunque sabíamos que su figura era de la misma materia de la que los sueños se hacen, aparecía a través de ella un contacto de mente a mente, y eso era lo que contaba, y nadie que lo experimentara podía decir que él era una alucinación.

Pero el Sacerdote de la Luna no podía atravesar más el abismo para acercarse más a nosotros de lo que nosotros habíamos sido capaces de cruzarlo para acercarnos a él. Teníamos que encontrar un recurso por medio del cual pudiéramos encontrarnos a mitad de camino en el abismo del aire, y ese recurso era el arte de

las imágenes mágicas por medio de las cuales hacíamos visibles su figura en nuestra visión interior en nuestros dominios internos y él se proyectaba dentro de la vida por el poder de su mente; y así sentíamos el contacto de mente a mente donde no había ningún ser, y oíamos palabras donde nadie hablaba, porque venía a través del abismo en alas de la fantasía.

Luego un día Molly me dijo que el Sacerdote de la Luna estaba convirtiendo en realidad a una diosa para ella mediante su visualización, y que la Diosa era la Gran Isis en la que toda la feminidad se concentra. Me senté y dejé a Molly sola y la observé, porque era su turno ahora.

Y como ella había confiado en el Sacerdote de la Luna, aunque no entendía su psicología, como había confiado en la Gran Isis, aunque no entendía su metafísica; fue esta confianza lo que hizo que la Diosa se hiciera realidad para ella y logró traerla, cosa que mi iluminado misticismo nunca podría haber hecho.

A Molly le gustaba pensar en sí misma como la sacerdotisa de la Gran Isis, y pronto me di cuenta que yo pensaba en ella como la sacerdotisa de la Gran Isis también, porque sus sentimientos me afectaban más de lo que yo creía. Y empecé a comprender lo que Morgan me había dicho sobre mi creencia en ella como sacerdotisa al hacerse ella a sí misma sacerdotisa. Molly estaba obrando como una sacerdotisa y alcanzando poder.

Según pasaban los días ella comenzó a estar más y más segura de sí misma al observar mis reacciones, y empezó a sentir que ella como sacerdotisa tenía el deber de invocar a la Diosa, y finalmente se atrevió a hacerlo.

Había aquella noche una niebla que envolvía todo alrededor del estrecho istmo de tierra donde estaba la granja entre las marismas y la orilla del mar. Excepto por la enorme mole de Bell Knowle que estaba entre sombras, la tierra había desaparecido y la escarpada pendiente que bajaba al mar se había desvanecido como la perdida Atlántida. Todo lo que quedaba era un eco vacío verberando y reverberando cuando la melancólica llamada en dos tonos del buque faro de Starber golpeaba la roca hueca.

Estábamos aislados de la tierra y sólo el mar permanecía abierto a nosotros un casual cambio de dirección del viento abrió largas sendas en el mar sobre las cuales la luna brillaba entre la niebla, porque la luna estaba baja y cerca de su puesta. Era extraño ver en el mar una senda abierta así, con el agua plateada a la luz de la luna y la niebla alzándose como dos muros a cada lado, pareciendo los acantilados de un fiordo fantasma. Era por un sendero marino como este por el que los antiguos dioses debieron viajar, viniendo de la luna y el cual está detrás de ella —el tiempo y el espacio casi en sus orígenes cuando la tierra y la luna eran ambas etéreas, no solidificadas aún en densa materia y aún no separadas la una de la otra.

La marea estaba subiendo. Había empezado a notar que con la pleamar siempre parecía despertar, al contrario que Morgan, que concentraba su poder cuando la marea estaba en su último flujo. Pero es que ella era una sacerdotisa del mar, y Molly era una sacerdotisa del maíz, el hogar y el jardín, que es otro aspecto de la Gran Diosa a quien las dos servían de diferente forma.

Con la marea subiendo esa noche Molly empezó a inquietarse, y estaba constantemente mirando por la ventana a través de la niebla, y abriendo la ventana y dejando que la niebla entrase en la habitación hasta que empecé a protestar, porque estaba jadeando.

Entonces ella salió al porche y cerró la puerta para que la niebla no me molestase.

Se había ido hacia tanto rato que empecé a preocuparme y salí a buscarla. No estaba en el porche, ni en el estrecho jardín delantero, delimitado por una baja valla suelta de la vasta marisma, sentí un pánico repentino no fuera a ser que ella hubiera contestado a la llamada de los dioses del mar como Morgan había hecho, y crucé corriendo la verja y bajé a la playa a través de la niebla, llamándola frenéticamente. Entonces oí su voz contestando en la niebla, y la tremenda sensación de alivio que sentí me enseñó algo que necesitaba saber.

La encontré allí abajo en la media luz gris donde las olas estaban rompiendo, y puso su cálida manita entre las mías y su contacto me hizo feliz; la rodeé con mi brazo y quise hacerle volver a casa para estar seguro de ella. Porque no iba a correr más riesgos con los dioses del mar. Morgan no había sido mía en ningún sentido, y no tenía derecho a protestar cuando la llamaron, pero Molly era mía, y no podía soportar más de los dioses del mar ni de nadie. Estaba dispuesto a luchar por Molly, a desafiar al cielo si era necesario.

Pero Molly no estaba corriendo ningún riesgo. Permaneció estrechada a mí y me hizo quedarme allí donde el agua estaba rompiendo, con asma o sin ella, porque ella tenía algo a la expectativa que era más importante que mi estado de salud temporal, y al igual que Morgan, su corazón podía endurecerse a veces. Vi que sobre la línea de algas secas que marcaban la marea más alta ella había preparado un pequeño Fuego de Azrael, piramidal, de acuerdo con la tradición, y estaba esperando que el agua se aproximase para encenderlo. Vi también que ella estaba vestida con una túnica plateada, y que los zafiros de Morgan brillaban sobre su pecho y su muñeca.

Pronto una primera ola rompió superficialmente y extendió su espuma hasta el borde de las algas, y Molly encendió el Fuego de Azrael y vimos como salía la llama, la seca y resinosa leña rápidamente se convirtió en una pirámide de fuego después de su letargo de un año en el fuerte. Las algas se quemaron también, esparciendo un extraño olor a yodo que parecía condensar en ella la vieja esencia de todas las playas, y pensé en lejanos marineros con zarcillos de oro en las orejas y barbas rizadas, que habían conducido sus barcos de alta proa a Ishtar's Beere.

Luego el frío cambio de viento que hay en toda niebla abrió un sendero en el mar que conducía hasta la luna, y vimos una lenta elevación del mar volviéndolo todo negro y en sombras a medida que la marea iba abriendo un canal. Incluso según lo observábamos, el mar sintió la llamada de la luna, y el agua relució plateada a medida que la marea al volver rompía el ritmo de las olas, y vimos cómo el agua había entrado en la tierra bastante trecho para volver luego a la gran profundidad del mar.

Las olas habían respetado el fuego de Molly, sólo lo rozaron y lo hicieron sisear antes de volver de nuevo y hundirse lentamente, dejando un cinturón de arena mojada y algas frescas que marcaban su camino.

Molly levantó sus brazos a la manera de los cuernos de la luna e invocó a la Gran Diosa como yo había visto a Morgan hacer. La luna bajaba por el oeste hacia su ocaso, y a los pies de Molly el Fuego de Azrael estaba encendido, y más allá el plateado sendero que se extendía sobre el mar hacia la perdida Atlantis. Y me parecía que a su llamada venían los dioses del pasado y sus sacerdotes y fieles, porque ella estaba despertando el viejo culto una vez más. Pude verlos acercarse en larga procesión sobre el mar, como un ejército con estandartes, invocado por ella desde la Gran Profundidad Atlántica donde su tierra se hundió. Les vi venir como habían venido antaño, recorriendo el camino procesional hacia el templo en la cima de la montaña sagrada, porque una sacerdotisa de auténtico linaje les convocaba al culto.

Pasaron a nuestro lado, dividiéndose en dos filas, y continuaron por la marisma donde Bell Knowle alzaba su brumosa cabeza coronada por la noche y las estrellas. Y Bell Knowle los recibió; entraron a las grandes cámaras de las cuevas donde el culto se elevaba, y Molly y yo nos quedamos solos con la luna y el mar para ofrecer nuestro culto más sublime oficiado allí fuera en el silencio y la oscuridad, cerca de la naturaleza.

La luna se hundió más; el mar cortó su disco y la neblina que de él salía se arremolinó sobre ella en una aureola dorada. Luego algo pareció tomar forma en la oscuridad y venir por el mar hacia nosotros a través de la bruma, moviéndose por el plateado sendero sobre el agua; y Ello era inmenso, de tal manera que su cabeza tocaba las estrellas, estaba todo velado y envuelto, como amortajado. Sólo vimos los plateados pies sobre el mar, y eran como luz de luna sobre el agua.

Y así llegó Ella, Ella del Mar, al punto donde el mar se une con la tierra, y nosotros esperamos Su venida. Ella se detuvo en el borde donde rompe la espuma, Sus pies en el agua y Su cabeza entre las estrellas, coronada por ellas. No había ningún rostro que ver, porque Ella siempre está velada, pero nos sobrevino un grande y exaltado temor que se dice que sólo lo producen los dioses y nadie más.

Este temor hormigueante me apretaba el corazón, la garganta y los ojos como una garra. Y mis manos empezaron a quemar y a picar por la fuerza de mis latidos, y de detrás de mis ojos parecía salir como un rayo de luz. Y empecé a transpirar con ese fuerte sudor que produce el calor de los dioses, y que Morgan me había contado que siempre anunciaba su paso; mi aliento se entrecortó, pero no por el asma, me puse rígido y temblé como cualquier ser en un ataque de fiebre. Miré a Molly, y vi que estaba de puntillas intentando alcanzar a su Diosa flotando entre la tierra y el aire como una figurilla helada de danza, inmóvil, tensa y sin esfuerzo.

Entonces la Gran Isis lentamente se volvió, y Se envolvió más en Su velo; y bajó de nuevo por el sendero del mar hacia el oeste, la niebla se cerró tras Ella.

De ese modo supimos que la Gran Isis había contestado a la invocación de Su sacerdotisa; y que el fuego del altar estaba encendido en el santuario que Molly había preparado, adornado y tendido con tanta fidelidad —el santuario vacío de un hogar sin amor al que yo la había traído en mi dolor, soledad y enfermedad, y al que ella había venido guiada por el amor más sublime, aquél que no busca su propia felicidad sino que se realiza buscando el bien de quien ama. Tuvimos quizá en esto la acción de un poder mágico; porque en la magia, como Morgan decía, no hay poder a menos que haya sacrificio.

Luego volvimos a casa; y la tierra a nuestros pies relucía y se dejaba sentir cálida como la carne de un ser vivo. La neblina se fue con la marea, cuando una brisa se levantó desde tierra y la barrió hacia el mar. Y esa brisa refrescó y giró en derredor, y según subimos por la escarpada playa oímos el romper de las olas sobre los guijarros. Las estrellas aparecieron en el cielo índigo de la noche. El mar a nuestra espalda cantó como un coro, las olas en cada bahía golpeaban contra el estrecho istmo de tierra donde nuestra casa se alzaba como los dos cuerpos de un coro llamándose y respondiéndose en una catedral. La altura piramidal de Bell Knowle se erguía oscura hacia las estrellas, como un centinela guardando las marismas, y la alta mole de Bell Head extendida hacia el mar.

## **CAPITULO QUINCE**

Afortunadamente para todos, al día siguiente era sábado. La Gran Diosa, conforme a la tradición, había venido el día sagrado para ella —el viernes— por eso llamada después Freya, la Venus del Norte. El día estaba vivo y soleado después de la niebla, y la bahía estaba llena de olitas saltarinas, muy azules. Pensé según

deambulábamos por la arena desnuda por la marea, qué magnífico sería este lugar para criar hijos, si alguna vez teníamos alguno. No quería expresar mis pensamientos en voz alta por miedo a herir los sentimientos de Molly, pero tenía la sensación, por el modo como ella miraba el mar, que ella estaba pensando lo mismo.

Subimos lentamente, porque yo estaba casi sin aliento, hacia los bancales de las vides, y nos sentamos allí al sol en el sitio bajo del antepecho de la pendiente que bajaba, porque el sol me sentaba mejor que cualquier otra cosa cuando el asma me molestaba. Las pequeñas vides hacía tiempo que se habían despojado de sus envolturas invernales, y sus pequeños y divertidos brotes lanudos se habían convertido en bonitas hojas amarillas saliendo de sus largos tallos con costurones diagonales.

Miramos hacia la vacía tierra de las marismas. Estaba casi por encima de las mareas primaverales, y sólo los diques impedían que el mar fluyera por ellas cuando había un vendaval en tierra.

Pero hoy no había vendaval, sólo una suave brisa, y escuchamos como susurraba el heno sin cortar cuando la brisa pasaba. El lugar estaba lleno de alondras, y sus cantos venían a nosotros mientras permanecíamos sentados en el antepecho del acantilado. Le conté a Molly como de pequeño había visto las huellas de los antiguos embarcaderos, dejados atrás por el mar al retroceder.

Luego bajamos y comimos en el jardín, los setos de cipreses, que crecían como la calabaza de Jonás en el suelo arenoso, eran ya tan grandes como para guarecernos de la brisa del mar que incluso en los días más calurosos sopla cruzando el istmo de tierra. Estábamos contentos por ello, porque toda la tarde la granja se caldeó con el calor tremolante que danzaba al ras, hasta que más entrada la tarde la sombra de la pendiente cayó atravesándola cuando el sol se hundió en el mar.

Llevé a Molly al fuerte para ver la puesta de sol, y hacía una noche muy buena. El mar era como una sábana del más pálido oro; allá en el horizonte yacían masas de nubes púrpuras que parecían una cadena montañosa, y detrás de ellas había un cielo color rosa. Según se hundía el sol, extraños rayos de color verde como restos del resplandor salían de debajo de la línea del mar y el mar se volvía de color violeta púrpura.

Volvimos cuando terminó el atardecer y según subíamos a la cima de la pendiente, todo el terreno se extendió ante nosotros, vimos una maravillosa segunda puesta de sol como amanecer en el cielo por el este, reflejo del sol por debajo del mar. Luego bajamos por el escarpado camino a lo largo del acantilado en punto muerto con el coche y volvimos a casa.

Nos fuimos a la cama, Molly a sus habitaciones y yo a las mías, porque mi asma impedía que compartiéramos una cama. Arriba el dulce y suave olor del enebro, cedro y sándalo era muy apreciable. Mi habitación daba al mar en uno de los extremos de la casa, y según iba la luna hacia su ocaso, su luz se esparcía sobre mi cama. Yo estaba tumbado y observaba a la luna cruzar lentamente por mi ventana y pensé en otras puestas de luna que había presenciado en el fuerte; y en el sendero plateado que guiaba a los dioses del mar.

Entonces la puerta se abrió silenciosamente y Molly entró. No hablé, aunque ella podía verme despierto en la cama allí sentado a la luz de la luna. Se puso de pie a los pies de mi cama con la ventana detrás de ella y la luz de la luna entrando por ella. Parecía como una estatua antigua, de una Venus en pequeño, y extendió sus brazos hacia mí en la extraña y erguida actitud de los dioses antiguos, como Hathor cuando es un halcón, y vi que alrededor de su cuello y sus muñecas estaban los



zafiros de Morgan. Luego empezó a cantar. Utilizaba la melodía de Morgan, pero la canción no era la que Morgan me había cantado.

*Soy la estrella que se alza del mar,  
el mar crepuscular.*

*Todas las mareas son mías, y me contestan —  
Mareas de las almas de los hombres, los sueños y el  
destino,*

*Isis Velada, Ea, Binah, Ge.*

*Lo, yo recibo los dones que me traes. —*

*Vida y más vida— ¡en el más completo éxtasis!*

*Soy la Luna, la Luna que te atrae—*

*Soy la tierra que espera que tú la llames.*

*¡Ven a mí, Gran Pan, ven a mí!*

*¡Ven a mí, Gran Pan, ven a mí!*

La pequeña habitación se desdibujó bajo la magia del canto, abriéndose a una vasta e iluminada llanura del desnudo y negro basalto, estéril y volcánico, y pensé en la perdida Atlántida después del cataclismo, y en las montañas de la luna. En el centro de la llanura había un templo de la luna de negras columnas abiertas dispuesto en círculo como un fino y gracioso Stonehenge de pilares Dóricos. Proyectadas contra la llanura estaban las suaves líneas de Molly como una figurilla de Tanagra con su camisa en las sombras, y supe que ella estaba ejerciendo su antiguo derecho y me estaba llamando como su compañero que era en nombre de la luna, de un modo más verdadero para la naturaleza que el modo convencional lleno de deber y modestia pero tan poco natural. Y supe porqué Morgan había dicho que en los planos íntimos la mujer era positiva y tenía que tomar la iniciativa, porque el Plano Astral está regido por la luna y la mujer es su sacerdotisa; y cuando la mujer ejerce su antiguo derecho, representando a la luna, el poder de la luna está en ella y puede fertilizar al hombre con su fuerza magnética llena de vida. Y mi poder de respuesta se despertó en mí desde lo más profundo de mi ser.

La oscura llanura con su templo de pilares se hizo más y más clara como si la estuviera viendo a la salida de la luna; el bajo techo de mi habitación de la granja había desaparecido, no obstante como una figurita plateada a la luz de la luna —Isis Sin Velo, bajó del cielo a mí, porque ella era una con la Diosa.

Habíamos pasado a otra dimensión —la dimensión de las cosas de la mente, y lo que había entre nosotros había tomado una significación que ya no era personal sino parte de la Vida misma— de la Vida continuando en su eterno devenir. Molly no era para mí sólo una mujer, sino lo que en esencia es la mujer. Y porque no la veía a ella sino lo que estaba detrás de ella, la vida entró con tal ímpetu que fuimos arrastrados como hojas por el viento. Las barreras de personalidad se derrumbaron, y nos hicimos uno con la vida cósmica —no uno con el otro, porque esto, creo, nunca puede ser, y perdemos el rumbo cuando lo buscamos— sino uno sólo con una entidad mayor.

Y a través de todo el éxtasis de la experiencia, como una orquesta muda acompañando a un gran coro, vino el sonido de una voz tan clara como una campana, y supe que el Sacerdote de la Luna estaba presidiendo el rito como hacía en el antigua Atlántida cuando las vírgenes del Sol entraban en el gran templo. Era un rito ordenado que corresponde a la continuación de la Gran Naturaleza misma.

"Sabed ahora el misterio de las mareas del flujo y reflujo. La Isis de la Naturaleza espera la venida de Su Señor el Sol. Ella le llama; Ella le atrae desde el lugar de los muertos, los dominios de Amenti, donde todas las cosas se olvidan, y El viene a Ella en Su barca llamada Millones de Años, y la tierra reverdece con el nuevo grano que brota. Porque el deseo de Osiris contesta a la llamada de Isis, y siempre será así en los corazones de los hombres, porque así los dioses los han hecho. Quién niegue esto es detestado por los dioses."

"Pero en los cielos nuestra Señora Isis es la Luna y los poderes de la luna están en ella. Ella es también la sacerdotisa de la estrella plateada que se alza desde el mar crepuscular. Suyas con las mareas magnéticas de la luna, que gobiernan los corazones de los hombres. En el Interior Ella es todopoderosa. Es la reina de los dominios del sueño. Todas las labores invisibles son Suyas, y Ella gobierna todas las cosas desde antes de que nazcan. Igual que a través de Osiris Su compañero la tierra reverdece, así la mente del hombre crea a través de Su poder. Este secreto concierne a la naturaleza interna de la Diosa que es dinámica."

A medida que el sonido de la voz seguía me parecía encontrarme dentro del círculo de finos pilares negros que formaba el templo de la luna en medio de aquella llanura quemada y estéril, y en ella la luz de la luna se concentraba, dejando lo demás en la oscuridad; y se hizo el silencio durante un rato, y oí las grandes mareas de los cielos subir y bajar en su ritmo de musicales colores. Cada una tenía su tiempo, su nota y su periodicidad. Eran como notas de un órgano, y eran como rayos de luz dando vueltas. Uno podía imaginarlos como fuerzas, o uno podía personificarlos como ángeles y ver las grandes formas ir de aquí para allá con sus fuertes alas, cantando según se iban, y captar sus Rostros medio vistos.

Estábamos solos ahora Molly y yo, en el abierto templo en la vacía llanura, con la luna sólo sobre nosotros y la tierra girando debajo, porque todos los sacramentos terminan en silencio. Incluso el Sacerdote de la Luna se retiró y nos dejó solos con la Luna y la Tierra y el Espacio.

Y entonces oímos a lo lejos el sonido de la marea subiendo, el suave rayo plateado que forma el agua al romperse sobre los guijarros; y supimos que las aguas se estaban extendiendo sobre la tierra al final del eón. Y la voz del Sacerdote de la Luna volvió otra vez a medida que el mar estaba más cerca.

"Está consumado. Aquellos que han recibido el Toque de Isis han recibido con él la entrada por las puertas de la vida interior. Para ellos las mareas de la luna fluirán y refluirán y fluirán de nuevo y nunca cesarán en su ritmo cósmico."

Entonces el templo de la luna y la ancha llanura se desvanecieron, y a través de la ventana abierta oímos el romper del agua de la marea sobre los guijarros según la luna iba hacia su ocaso.

Estábamos de vuelta a nuestra habitación de techo bajo de la granja, pero todavía la voz del Sacerdote de la Luna continuó.

"El gran sol, moviéndose por las casas celestiales, ha dejado la Casa de Piscis y ha pasado a la de Acuario. En la era que viene la humanidad será santa, y en la perfección del ser humano encontraremos lo verdaderamente humano. La Naturaleza humana, los hombres, subirán a Dios y Dios bajará a ellos, y éste será el día en que Dios esté con nosotros; porque Dios se manifiesta en la Naturaleza, y la Naturaleza es la expresión misma de Dios."